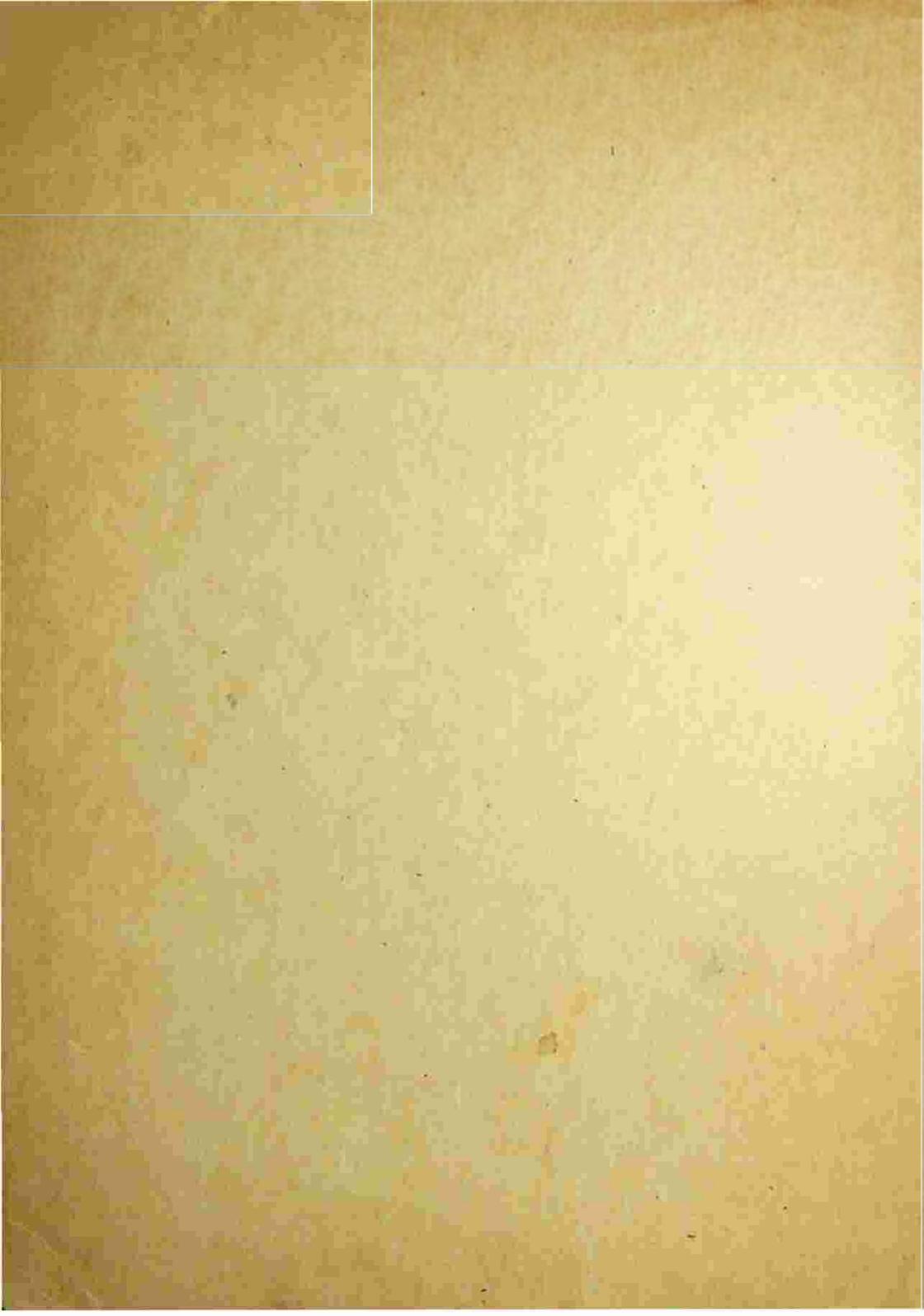


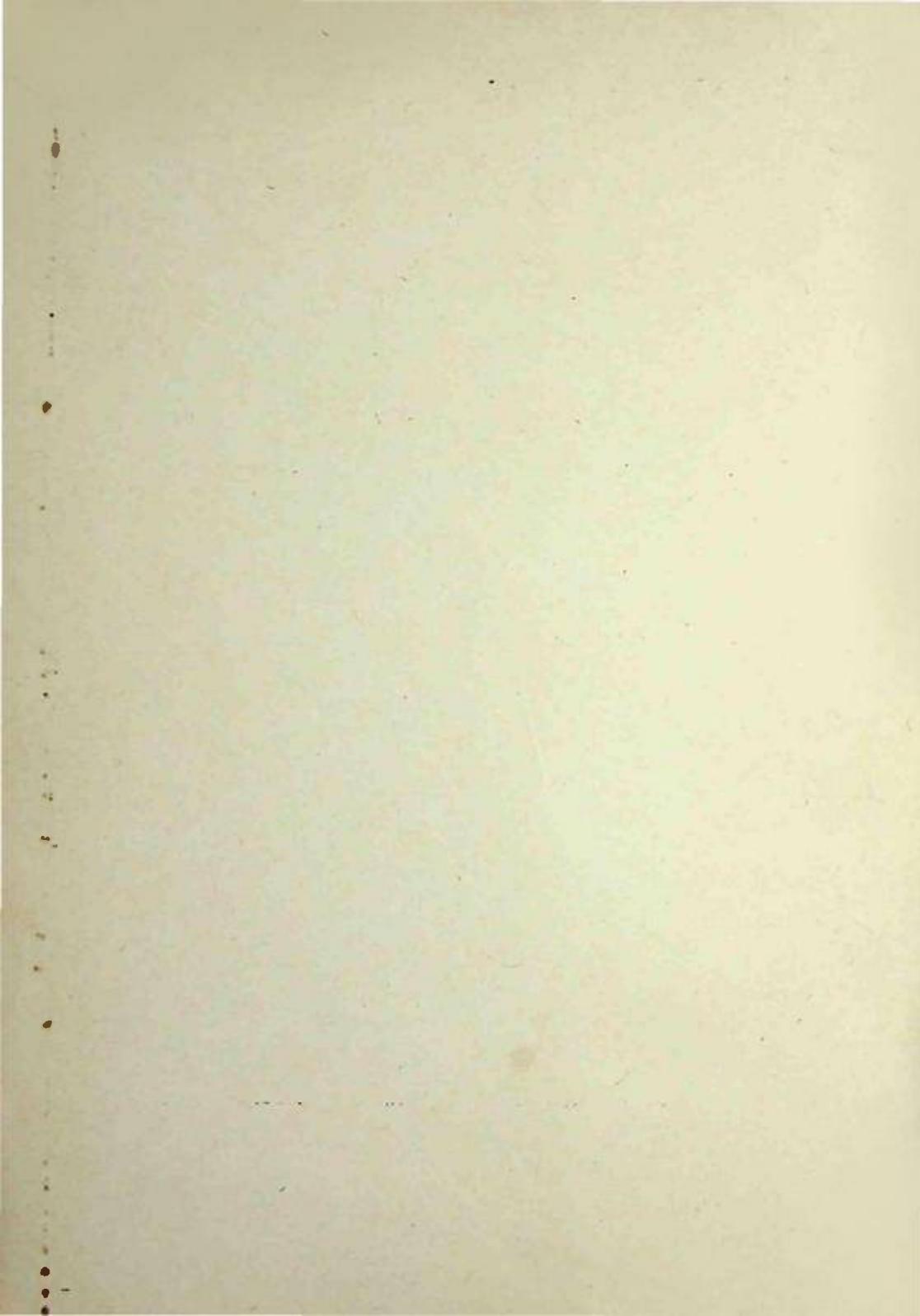
C a r l o s M e d i n a c e l i

PAGINAS DE VIDA

Colección de la Cultura Boliviana



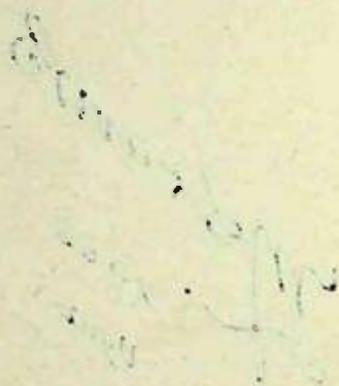




Mr. 1956  
Vyuzni

Colección de la Cultura Boliviana

Dirigida por  
Armando Alba



Copyright by Editorial "Potosí".  
Printed and made in Potosí, Bolivia.  
Casa Nacional de Moneda

Colección Tercera: Escritores Modernos. N° 2.



Vol. IV.

(N° general)



# PAGINAS DE VIDA

*"El libro es una"  
"necesidad en la "  
"vida; como lo es"  
"la respiración"*

*Ann.*  

---





*Carlos Medinaceli en 1930.*

(Ajustes al lápiz de René Meilles)



*Carlos Medinaceli*

P A G I N A S  
D E  
V I D A

PROLOGO DE ARMANDO ALBA

---

Editorial "POTOSI"

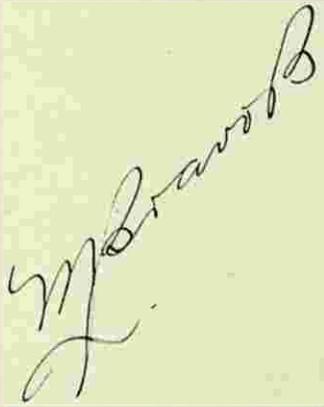
1955

---

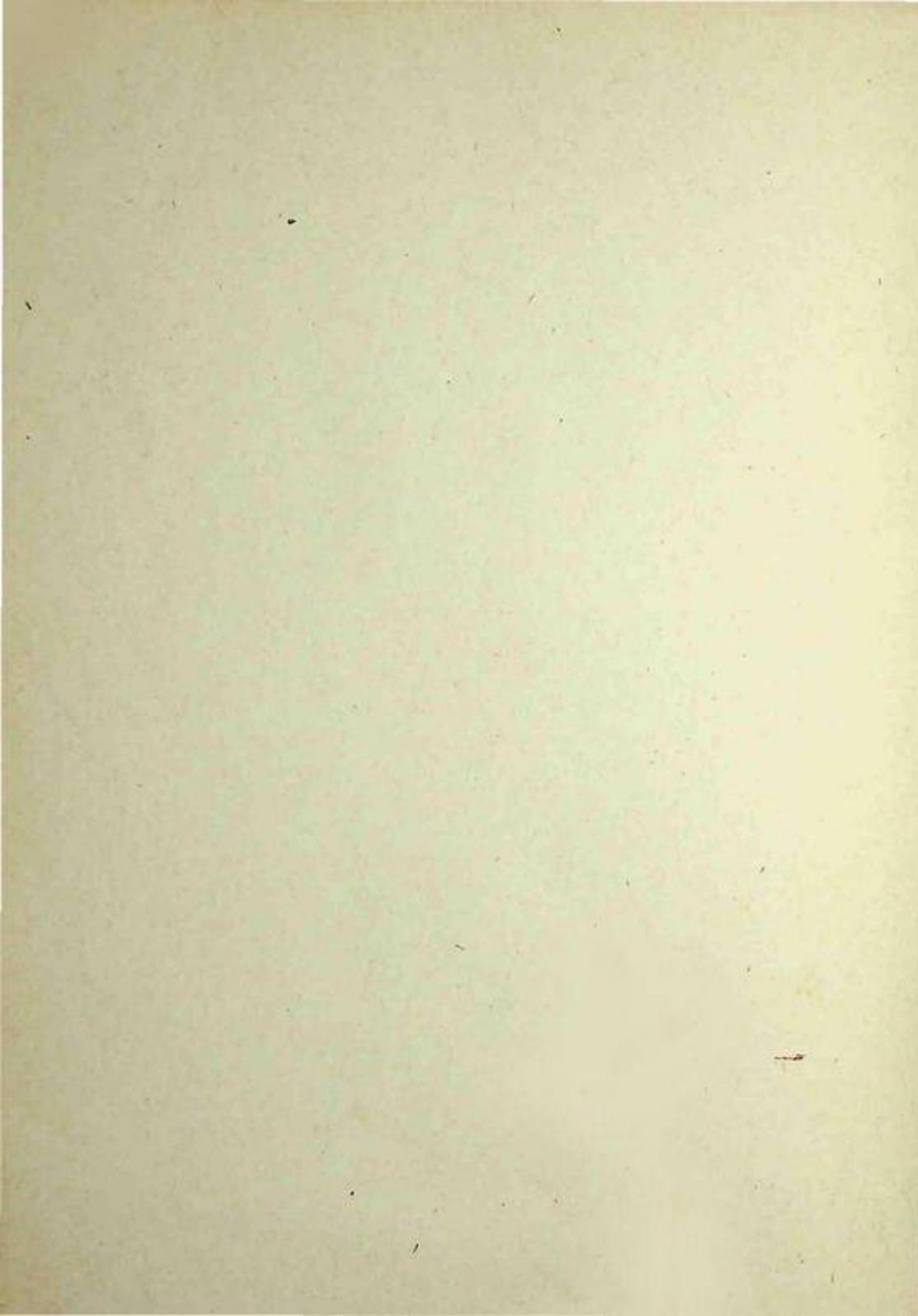
Reservados todos los derechos  
de edición de acuerdo a ley.

---

P R O L O G O



M. Brant



## GOZO Y PERIPECIA DE CARLOS MEDINACELI

*A insistentes pedidos míos hechos a Laura Medinaceli, su hermano Carlos — amigo entrañable desde la adolescencia — rompiendo su voluntario aislamiento llegó a mi domicilio en la ciudad de La Paz, una tarde de los finales días de octubre de 1948. La visita se prolongó hasta avanzada hora de la noche y quedará fija en el recuerdo por ser la última que me hizo el sobresaliente escritor. En el curso del diálogo tejimos con hilo de memorias uno a modo de balance de nuestras actividades literarias de los diez años recientemente transcurridos y hablamos sobre experiencias de vida en una confidencia cálida, afectuosa. Ahí fue cuando Medinaceli me dijo que el motivo mayor de su presencia en mi casa era de solicitarme un prólogo para su libro PAGINAS DE VIDA, recopilación de trabajos que publicó en la prensa nacional, preferentemente en Potosí, y que seleccionados constituían el complemento de su obra "Estudios Críticos", editada tiempo atrás, en Sucre. "Tú has conocido los detalles y la historia de cómo nacieron estas cuartillas — concluyó el autor — y nadie más autorizado por consiguiente para escribir las páginas preliminares, en las que estoy seguro has de referirte a nuestra generación literaria, generación heroica y sacrificada*

*en su lucha para crear cultura superior".* (1)

Acepté el privilegio con que me distinguía el celebrado hombre de letras, y cuando se despedía le acompañé hasta la calle, donde nos abrazamos efusivamente. Le vi alejarse, a la débil luz del alumbrado público, como una sombra imprecisa. La vida le había envejecido con premura y su paso, poco firme, denunciaba un organismo en extenuación, a la deriva. Invadió a mi ánimo profunda tristeza, aunque estaba muy ajeno al pensamiento de que esa era la postrera ocasión que le encontraba en mi camino.

Poco tiempo después viajé a España. Días anteriores a la partida envié un recado a Medinaceli, rogándole disculpar la no atención de su cordial requerimiento. En la capital española, en el mes de mayo siguiente, recibí noticia de su muerte. Mi pesar y congoja fueron intensos, como cuando se pierde para siempre a un hermano de verdad.

A mi regreso a esta ciudad, he leído una carta de Waldo y Emilio Medinaceli, avisando la remisión de los originales del libro para cumplir la voluntad del novelista y crítico desaparecido. Mi respuesta inmediata ha sido anunciar que escribiré un prólogo llano, sin galas literarias, desnudo en la verdad, y que editaré el tomo en la COLECCION DE LA CULTURA BOLIVIANA, en justiciero homenaje a la memoria del escritor nacional cuya obra se acunó y llegó a sazón en las desoladas y pardas tierras de Potosí.

*Ha sido la de Medinaceli una existencia sin ruidosas borrascas, flúida y amable en la juventud como con-*

---

(1) Hasta entonces Medinaceli no había conocido mi trabajo "Enumeración del suceso potosino y "Gesta Bárbara", que publicó la Revista de la Universidad "Tomás Frías", en 1941. En aquellas páginas me referí extensamente a "nuestra generación".

viene a un intelectual puro; dolorida e inerte en los posteriores años como las de muchos de nuestros exquisitos y malogrados poetas. Sin embargo, por los matices delicados de su espíritu y las sorprendidas y acres reacciones de su ánimo; por sus constantes fugas de la realidad y su pasmo ante lo doméstico cotidiano; por sus embestidas rotundas de sociólogo sutil y sus simples retracciones psíquicas de ciudadano ingenuo y despreocupado; por su fino sentido de humanista y por su gracejo, a veces, de inconfundible sabor local, pertenecía a esas vidas contradictorias, tímidas al parecer, sentimentales, ricas en cerebración y capacitadas para orientar el complejo mundo de los fenómenos vitales de la comunidad. "Naturalezas problemáticas" como solía decir, repitiendo la frase de Goethe, harto difíciles de descubrir su intimidad escondida y sus perfiles dominantes, con sólo definiciones generales o juicios apriorísticos. Nuevo caso del escritor de "tierra adentro" realizándose con derroche de sabiduría en un medio deformante, mendaz, avasallador. Conflicto doloroso, oculto drama el suyo, sentido desde la juventud, a espaldas de la miopía opinión pública, que nunca pudo percibir en el fondo de ese espíritu preclaro, ensombrecido en los tráfigos de la vida, a un corazón de inequívoca bondad, entregado a los demás, al pueblo, que amó con amor franciscano, humilde y puro.

Conocí a Medinaceli por los años 1915 a 16, cuando en compañía de su madre y hermanos menores se trasladó desde Sucre a Potosí a continuar estudios en el Colegio "Pichincha". Constituímos espontáneamente un "grupo" de amigos, no más de ocho estudiantillos unidos por la curiosidad de transitar en el deleitoso campo literario; posiblemente también, por subconsciente reacción contra el medio egoísta, utilitario por tradición, "práctico" para vi-

*vir su vida instintiva, sin aspiraciones ni ideales concretos. Medinaceli oficiaba de hermano mayor del conjunto, merced a su temperamento lúcido, a su mayor conocimiento bibliográfico, a su inalterable ductilidad en el trato común, que le salvaba de arrebatos estridentes. Pertinaz lector, se perfilaba ya en él, el erudito que habría de ser, corridos los años. Las mieles de su ingenio sirvieron de aglutinante a la amistad de aquel mocerío lírico que por dos lustros o más, publicó periódicos, preparó revistas de arte, escribió libros, dictó conferencias, actuó en representaciones teatrales, auspició conciertos de música, patrocinó muestras de pintura e intervino en la conducción de los asuntos de la vida vecinal, llegando cuando era menester, hasta la cátedra y el jerárquico cargo administrativo. La plaza mayor de la villa fue nuestro Agora y en las calles frías y ruinosas que dejó la Colonia, libramos denodada batalla por el Espíritu, arremetiendo a sandios y memos, a "filisteos" y mercaderes de los templos de Minerva y Apolo. Juventud sin dinero y, felizmente, sin suspicacias ni taras, optimista y fervorosa, festejó con cariño el tono romántico de las primeras poesías de Medinaceli, nacidas bajo la influencia del cenáculo de Claudio Peñaranda en "la ciudad blanca", y los iniciales cuentos costumbristas de regocijante ironía que escribiera en sus visitas a su añorada Cotagaita, la del apóstol Santiago, tierra de clima plácido, de buen vino y de figuras ahidalgadas.*

*Cumplido el ciclo de educación secundaria, tres o cuatro de nosotros y Medinaceli, nos ahuyentamos con santo horror de las pesadas lecciones de "Procedimientos" de la Facultad Libre de Derecho. No volvimos nunca. Hasta ese momento nuestro vivir se había deslizado agradable, fácil y en un escenario irreal, creado por nuestro*

numen fantasioso. Pasaron muy breves y veloces días para que el *struggle for life* cual huracán marino nos "embancara" como a barcos sin experta conducción, en las blandas arenas de la burocracia. Wálter Dalence, Medinaceli y yo convertimos cierta oficina prefectural en lo que pintorescamente llamábamos "el monte Parnaso". Carlos trabajó de oficial auxiliar de minas, sobrellevando su desamor a los expedientes y legajos judiciales y su invencible repulsa a los trajines abogadiles. El destino comenzó a agriar el vino de su talante y a desorientarle en su camino. Meses y meses, abrumado, se dedicó a examinar memoriales e instancias de litigantes sin escrúpulos que exponían, con o sin razones, su derecho a poseer minas; se quedaba meditando en la infinita miseria humana que trascendía de esos legajos con escudo nacional y timbres manchados de resellos, donde la sed de riqueza, la avaricia y el egoísmo habían estampado sinuosos alegatos falsos, crueles en su perversa intención, abominables por el odio irreprimido que los inspirara. Cuántas ocasiones, al atardecer, cumplida la labor del día, con nostalgia en sus palabras, lamentábase de no poder dedicar "todo su tiempo" a leer páginas gratas, libros deliciosos, nombres de autores preferidos: Montaigne, el viejo ensayista, Nietzsche, loco y abismático, Bergson, el novedoso, y el apasionado y candente Unamuno; las novelas de Stendhal, del benedictino Flaubert, de Dostoyewski, hondo; y versos de ese poeta transparente y grácil que se llamaba Ricardo Jaimés Freyre, o Herrera y Reissig, el soberano de la "torre de los panoramas", el brillante artifice de los "parques abandonados", el de la inimitable "berceuse blanca" dedicada a la Juliette montevideana, ida por siempre.

Pero esas condiciones de trabajo oficinesco no podían proseguir indefinidamente. Ni convenía al inveterado sis-

tema excluyente de los mandones enseñoreados en la administración. Dalence, por compromisos antelados, tuvo que ahondar los pies en el pantano politiquiente, yo disparé en el blanco de una ocupación de cajero-contador en casa comercial y Medinaceli, ufano, aceptó el profesorado de Filosofía y Literatura del Liceo de Señoritas, fundado poco ha, bajo la dirección del noble empeño de nuestra compañera en achaques literarios doña María Gutiérrez. Ahora, Carlos, se sentía redivivo. Hablar a las alumnas de cosas del mundo de las letras, comentar con ellas los libros y autores de renombre, inquirir en sus almas adormecidas en grave pecado de ignorancia, qué misión más bella, qué eufórica tarea diaria, por cierto! Ahí quedó por muchos años. Casi toda su vida. Resultó ser un buen profesor, un gran profesor cultivado excepcionalmente en su ramo; socrático por vocación, amplio de ideas, ni palarudo ni canijo. Cabía en él toda la gama de virtudes mentales y morales de auténtico maestro: desde la estoica benevolencia de un Fray Luis de León salmantino hasta el gruñido áspero de inconformidad de un Simón Rodríguez caraqueño. Su severidad fue comprensiva, no despótica; su entusiasmo, contagioso y paciente. Sus ojos se humedecieron emocionados el día en que le proporcioné un ejemplar de la agotada edición de "Elementos de Literatura Preceptiva" que redactó en 1891, para alumnos del Instituto Nacional de Chile, don Gabriel Reni-Moreno; tal su amor hacia los buenos libros y su indomeñable preferencia por el genial "papelista".

Enseñó en las aulas de Potosí, Tarija, Sucre y La Paz. Los últimos años vivió de pequeño montepío o jubilación. Cierta vez, Vicente Terán, indignado y vehemente, me relató el vía crucis de Medinaceli en la Normal de Sucre, donde algunos de sus colegas amargarón la ya amargada

vida del escritor, rotos los resortes de su voluntad. Y es que en nuestras pequeñas ciudades capitalinas — no existe ninguna grande urbe de verdad — perviven los modos provincianos, con sus chismes de cocina, sus rancios prejuicios, sus odios dilacerantes. En La Paz, haciendo vida recoleta, tuvo días más tranquilos. De Potosí guardaba un recuerdo menos cruento que de ninguna otra región, porque algunos elementos se cuidaron de no hincarle sus colmillos envenenados, temerosos de que el “grupo” saliese al palenque armado de energía ejemplarizadora. En lo que se refiere a su estancia en Tarija, encontró más de un buen amigo, pero sus días se hicieron incoloros. Guardo cartas íntimas de aquel período que destilan tristezas, desasosegado presentimiento de lo que ocurriría al concluir la “guerra estúpida” del Chaco. “Estoy haciéndome bilioso — me decía — ante el interminable desfile de uniformes verde-oliva de los movilizados que llegan o que salen”. Y otra vez, con su buido y desembozado humorismo, en fingida revelación, escribía: “La guerra cruel no es de bolivianos y paraguayos. No vayas a creer eso. La guerra brutal, aquí, es la de los gonococos contra los anofeles”. Y, finalmente, sentenciaba: “Este pleito va a concluir en un desastre para nosotros, al paso de la desaprensión e irresponsabilidad generales”. Corrían los últimos días del año 1932.

El bachiller flamante que no obtase para abogado en la ciudad, viajase a Sucre para médico o a Oruro para ingeniero de minas — únicas profesiones “liberales” a escoger sin tomar en cuenta el sacerdocio — se obligaba fatalmente a desembocar en funcionario público, de hortería en el comercio o de maestro sin título, si no quería quedar como vago consuetudinario. Medinaceli no fue abandonado de la buena estrella cuando se inició de profesor de se-

cundaria. Era su propio terreno y en él su espíritu se expandió en su enorme anchura. Cosecha de veinte años de experiencias es su obra "La Educación del Gusto Estético" que publicó la "Revista de la Universidad de San Francisco Xavier", en su número 25, tomo IX, correspondiente a 1941. Estudio poco leído hasta por los mismos docentes, es sin lugar a dudas, contribución muy seria a la pedagogía de Bolivia. La exposición fundamental, los detalles del plan de enseñanza con abundante y completa bibliografía y los comentarios de fondo sociológico que contiene, muestran al catedrático en el alto nivel que ocupan el novelista y el crítico literario.

Las actividades politiqueras en nuestra patria han sido como el viento. Han sacudido y movido todo. Sueltas por las calles, como el viento, en su recorrido levantaron hasta los escombros, cuando no penetraban por los resquicios de puertas y ventanas para llegar a los tranquilos remansos del hogar. Han sido implacables y en torno suyo se han agitado los intereses, buenos o malos. Trátase de superar ese estadio de pasión, incontrolada pasión; llegará día en que se alcance el plano en que sea doctrina viva y razón vertical, es decir, sabia y honrada política. Medina-celi, periodista, escritor y maestro por antonomasia, fue tentado a las urnas eleccionarias. Con su característica indiferencia — juzgaba él la política sin asignarle mayor importancia y es conocida la desaprensión o menosprecio del "intelectual puro" para con el político y aun con el diplomático, — se despertó un día con una credencial de Senador de la República entre las manos. Como su pariente mayor en letras el novelista Baroja — a quien alguna vez le hicieron candidato a diputado a Cortes — se quedó perplejo. Concurrió a la Cámara alta y se inundó de fas-



*Uno de los últimos retratos de Carlos Medinaceli*



tidio. No estaba llamado a soportar esas andanzas complacidas.<sup>(1)</sup> Volvió a sus libros y a sus papeles, a releer los originales de su novela inédita, a producir nuevos ensayos acerca de la realidad nacional y exposiciones críticas sobre el proceso de la cultura contemporánea, que publicaron complacidos los mejores diarios de La Paz. Las gentes cultas e inteligentes veían a Medinaceli en sus artículos, pero el hombre vivía inadvertido, hosco y con su salud en irremediable declinación. Sombra apenas, desgraciadamente.

Después acaeció lo esperado, lo que la Fatalidad dispone, entre sarcástica y patética, como final escena de la vida de numerosos grandes hombres. En el Hospital General de Miraflores de La Paz, se extinguió Carlos Medinaceli, en larga y desesperante agonía de meses. Sus hermanos estaban transidos de dolor. Como a viejo servidor de la enseñanza correspondíale una capilla ardiente en el salón de actos públicos del Ministerio de Educación, cuyas puertas se mantuvieron hermíticamente cerradas, esta vez, contra todo lo estatuido y acostumbrado. Se llamó inútilmente la atención de los principales funcionarios del Senado Nacional para ver de que se erija la capilla en el hall del Legislativo. A punto de ser depositado el cadáver en domicilio particular o en la morgue, con buen juicio don

---

(1) Lo que no quiere decir que Medinaceli no hubiese tenido "ideas" políticas. Mariano Baptista Gumucio, ha publicado un interesante comentario "Presencia de Carlos Medinaceli en la Revolución Boliviana", en el folleto "Cultura Política" No 2, de La Paz. Con habilidad demuestra que muchas ideas de Medinaceli "han cobrado vigencia" en esta etapa de la vida boliviana. En realidad no hizo sino exponer con talento unos puntos de vista seriamente madurados en el seno del "grupo", que no sólo vivía para el afán literario o artístico, sino que se preocupó muchísimo de los problemas colectivos. En cada uno, como en el admirable amigo Carlos, nació y creció un firme sentimiento "nacionalista", una denodada pasión por todo lo boliviano, un altísimo anhelo de que la patria tenga industrias propias e ideas propias, dentro y por encima del partidarismo político y de la habitual demagogia.

Luis Nardín Rivas, Alcalde Municipal, rindió el último homenaje al escritor en la "casa del pueblo".<sup>(1)</sup>

No es de dudar que ese mismo día o al siguiente, el entierro de "Don Nadie" que en vida poseyó chalet elegante y automóvil norteamericano, hubiese estado dignamente "honrado con la asistencia de conocidos funcionarios del Gobierno" y de "lo más calificado de la sociedad", como consignan las gacetas bolivianas, tradicionalmente, desde el pasado siglo.

Desde los veinte años de edad, en que empezó a escribir sus cuentos "Sebastiana", "Sin perro, sin mujer y sin abrigo" y otros, Medinaceli estaba predestinado a ser un auténtico novelista y un singular crítico. Buscaba los mejores caminos que le condujesen a la meta de sus anhelos de literato. Si en sus poesías — no muchas — ostentaba delicadeza sin sensiblerías y brillantez "reissigniana" de acentos eglógicos, insurgía ya a través de sus novelines "Rufinito Sambayo y Cía." y "Adela",<sup>(2)</sup> el escritor costumbrista lleno de vigor, de estilo atrayente y movido, poseedor de rica paleta para pintar arquetipos y ambientes de nuestra tierra. Dióse con admirable tesón a escudriñar en la técnica novelística hasta conocerla en todos sus secretos. Ninguna novela de fama en la Literatura Universal desconocía. Después de la lectura de las obras célebres de Balzac y Dickens, Tolstoy y Dreiser, Camilo Castello-Branco y Romain Rolland, Knut Hamsun

(1) El diario "La Razón" comentó en forma airada el hecho, en una de sus secciones permanentes, y Gamaliel Churata, Jefe de Redacción de "Ultima Hora", único integrante del antiguo "grupo" que concurrió al sepelio — los demás estábamos ausentes — escribió una nota funeral sentida, aludiendo al torpe incidente, nota que acaba de ser reproducida como pórtico de la segunda edición de la novela "La Chascañahui".

(2) Publicóse una primera parte de "Rufinito Sambayo y Cía." en el N° 4 de la revista "GESTA BARBARA", correspondiente a agosto de 1919. En cuanto a "Adela" es una inédita breve historia de amor.

y Graca Aranha, Heminway y Eustasio Rivera, Ramón Pírez de Ayala y Proust, Rómulo Gallegos y Güiraldes y Eca de Queiroz y Barbusse y Larreta y mil más, el comentario que hacíamos en fraternal rueda se prolongaba sin término. "Aun no se ha escrito en nuestro país la novela minera" repetía como interrogándose si no estaría llamado a producirla; o bien: "he comenzado tres capítulos de un nuevo ensayo de novela y el tema no da para más; no sé qué hacerme con los personajes que se han quedado parados".

Había que volver los ojos a Cotagaita, laboratorio de observaciones psicológicas de primera mano y ámbito pintoresco que frecuentó gran parte de su juventud. Comenzó el bosquejo, los lineamientos generales de su "Claudina, la Chascañahui", estereotipando figuras que arrancó del medio con la maestría vivaz de un artista experimentado y con el dominio de un verdadero novelador que conoce de antemano el camino a seguir para el tránsito de cada una de sus criaturas literarias. Refundida, año tras año, decenas de veces, la nervazón de su argumento adquirió mayor donosura, fuerza y colorido.<sup>(1)</sup> Sus personajes tenían específica existencia, vida natural sin falsificaciones; obedían en su sino al determinismo de la sangre y de la tierra. Quedaba, ahora, la tarea del artífice, cumplida la del creador: darle mayor soltura y exactitud a los diálogos, "castigar" el idioma, alquitararlo sin que pierda su original esencia y sabor, redondear algunas escenas sin "extremar la nota" que convierte las novelas en insoportables

---

(1) Unas primeras páginas de "Claudina, la Chascañahui" se publicaron en la interesante y bien presentada revista ilustrada VANGUARDIA, N° 7, de noviembre de 1929, que dirigió en Potosí el modesto y talentoso escritor Luis Zárate Araujo, esforzado intelectual que es, hoy por hoy, el único ponderable cultor del teatro en Potosí, con una varia producción de obras en español y en quechua. La Editorial POTOSÍ justipreciando los méritos del escritor, editará en el curso de este año, sus obras más sobresalientes.

novelones, conservar equilibrado el "sentido de la medida" en la descripción del contorno para que las acciones no se deformen ni se empequeñezcan, y la obra podría nacer a la luz pública y a la perennidad como la mejor escrita en su género en Bolivia, en nuestro tiempo. Y así ha sido.

Ni impersonal ni autobiográfica, la "Chascañahui", es la más recia y acabada novela que retrata la vida provinciana en nuestra patria. En sus capítulos no se ha aludido a lo "típico ni a la problemática del indio", temas semigastados en las novelas de "tesis social", esponjadas de truculencia sombría y que en algunos casos se han convertido en vocingleros partos del politiquerío exaltado con arrestos de declamación izquierdizante. Claudina, mejor nacida que sus hermanas de carne, de hueso y de nombre, de las "Tierras del Potosí" de Jaime Mendoza y de "La Misquisimi" de Adolfo Costa du Rels,<sup>(1)</sup> representa a cierta clase social — si así puede designarse — en nuestra nación, que ofrece al observador imparcial el sorprendente caso de ser clase la más vigorosa físicamente, de espíritu sano, de sentido de responsabilidad y de mejores condiciones de iniciativa y empresa para modelar la pa-

(1) No se me ocurrió preguntar a Medinaceli, por qué bautizó a la "Chascañahui" con el nombre de Claudina, imitando a las Claudinas de Mendoza y Costa du Rels. Don Enrique Vargas Sivila, publicó con el rubro de "La traición del inconsciente" un original e interesante estudio en el que hace el cotejo de los tres trabajos y sus similitudes o coincidencias. (Revista de la Universidad de San Francisco Xavier, tomo XVI, Nos. 37-38 de enero-julio de 1951). No deja de tener razón el articulista y científico. Quedan sólo dos caminos: una traición del inconsciente o un deliberado propósito en Medinaceli, de competir con Mendoza y Costa du Rels para animar una Claudina más real, más cuidada en su perfil psicológico, más impresionante como creación de un carácter, en suma, una mejor interpretación literaria. Réstame, al respecto, hacer una aclaración: si en algunos escritos periodísticos Medinaceli fue zahiriente, nunca hizo papel de rencoroso. Estoy seguro que no alimentó jamás antipatía o desafección a Costa du Rels. Por lo contrario: me relataba Carlos, que niño aún viajó a Uyuni en compañía de sus padres. Allí conoció de vista al renombrado escritor bilingüe, joven entonces, que había viajado de Sucre para trabajar en el Banco Nacional y en Pulacayo. Costa du Rels era para Medinaceli en aquellos días el modelo perfecto que querría ser cuando adulto. Una especie de Brummel maravilloso por su impecable elegancia, por sus innumerables y llamativas corbatas, por su aire desenvuelto. "Nadie me impresionó tanto en niño como Costa du Rels en Uyuni", concluía Medinaceli.

tria del futuro inmediato. En la "chola" — más que en el varón — parece que el mestizaje ha producido un elemento en el que se reúnen en prodigiosa mixción la gracia, la listeza mental y la fortaleza moral y material de remotas influencias hispánicas con el sentimiento dulce y la grandeza para el dolor y el infortunio del indio. Ni en las categorías superiores que presumen de aristocratismo peninsular ni en las otras inmediatas hechas a talegazos de oro, suele encontrarse igual que en el de la "chola", la hermosa exaltación de una raza en constante proceso de surgimiento, con la plenitud de sus reservas físicas y con el impulso infinito de sus sentimientos puros que la murgigatería ambiente no ha podido desubstanciar. Claudina, esa "chola" linda, provocativa, subyugante, voluntariosa, un poco cínica, sentimental y alegre a veces, que maneja a "su" hombre con severidad maternal y defiende aleonada su vida y la de su hogar formado a zarpazos, surco húmedo, fresco y fecundo como hecho en la buena tierra, es un símbolo justo, una legítima representación, sin hipérboles, que Medinaceli ha modelado con amor e inteligencia en metal puro de su noble ingenio para que perdure en el promisor territorio de las letras patrias.<sup>(1)</sup>

(Y aquí, una acotación: gozo en la adolescencia y en la juventud, mientras se formaba el hombre de letras, despreocupado de todo dolor y con el gusto de un pasar tran-

---

(1) Hácese necesario que nuestros sociólogos estudien seriamente en su valor intrínseco a la "chola" como elemento constructivo de la vida nacional. Sin la ntonía del indio hecho eiervo desde el Incanato, con mejores reacciones espirituales y emoción cívica sincera que el del "señorio" adocenado y superficial de las llamadas "clases superiores", la "chola" ha cumplido inmensamente su papel y su misión en la historia boliviana. Desde los albores de la república hasta los turbios días de la guerra última. Diligente, esforzada, incansable, sufrida, ha salido victoriosa por su férrea voluntad de toda empresa en que ha participado.

quilo sin pesadumbres; peripecia del escritor en los días amargos de la madurez. Mudanza gris. No conozco, y si conozco, no recuerdo otro hecho semejante en psicología e historia literarias: Medinaceli crea su gran novela; sus entes caminan ya por el mundo de las letras, tienen su propio destino y su propia vida; luego, el ananké griego, la tragedia diríamos, coge al autor y le pone en el mismo camino que recorrió uno de sus personajes, una de sus criaturas. Unamuno, metafórica y paradójicamente habría exclamado: la quijotización de Cervantes. — No caben detalles).

Realizar labor periodística en esta ciudad, ha sido en toda época, esforzada y dolorosa siembra intelectual. Dificultades editoriales, poquísimos lectores, insuficiente respaldo económico de los "avisadores" del comercio y de la industria, tarifas muy altas de los servicios informativos del resto de la nación y, sobre todo, del exterior. Medinaceli como los demás amigos del "grupo", trabajó — en los periódicos que fundamos — con generosa asiduidad. En "El Día", allá en 1927 y 28; en "La Palabra" que dirigía el nunca olvidado y leal colega Félix Mendoza y Mendoza; en "El Orden", de vida precaria; en "El Sur", que sostuvimos por cerca de un año con redoblados sacrificios. Propiamente no era un periodista en el estricto significado de lo que es ahora esta profesión, si más bien, un escritor allegado a la redacción de un órgano de prensa. No dejó faltar sus artículos de fondo: trátase del comentario bibliográfico, del estudio de sociología boliviana, del análisis de alguno de nuestros complejos problemas vitales, de la glosa humorística acerca de un libro o una acción pública cualquiera. Especialmente en "El Sur", en 1931, cada artículo suyo equivalía a verdadera enseñanza aleccio-

nadora para nuestro pueblo. Nunca nos pagábamos estipendios y trabajábamos no "por amor al arte" sino por la irresistible necesidad de decir a los demás unas ideas y unas opiniones que bullían en nuestras almas y que juzgábamos dignas de ponerlas al servicio de la patria. Muchos de los trabajos reunidos en *PAGINAS DE VIDA* y los de su libro anterior "*Juicios Criticos*", corresponden a ese ciclo. Nacieron al compás de los días como fruto espontáneo de comunes anhelos y de angustias comunes, que significaron más de un sinsabor y más de una mortificación a Medinaceli, porque no faltaron personas que se sintieron ofendidas e interpretaron con criterio personalísimo conceptos generales o alusiones inspiradas en la más sana intención.

Antes que "crítico" gustábale llamarse "comentariasta" y sus pareceres y opiniones — las más de las veces saturados de excesiva bondad — presentaban en él no al celoso guardián de la perfección literaria y de la buena lógica, sino al humano "partecudor" de espíritus. Sólo es admisible la comparación con Gabriel Reni-Moreno, en lo que ambos tenían de común: fervoroso apasionamiento por las cosas de la inteligencia; su mística hacia el espíritu cultivado, luminoso. Porque sea dicho de paso sin menoscabo de muchos escritores modernos, a Gabriel Reni-Moreno no le ha nacido heredero y Franz Tamayo no tiene continuador de su linaje. Solitarias grandes cumbres como el Illimani, el Sorata o el Potosí. Carlos no estaba hecho a las disciplinas severas, monótonas, del historiógrafo; ni tuvo el genio inmutable, cauteloso, cartujano del gran cruceño. Medinaceli, melancólico como Antonio Machado, en tierras áridas, ático igual que Anatole France, en la vida pastoril de Nor Chichas, prefería antes que sumergirse en la estrellada noche del pasado histórico, aparecer

a las primeras resplandecientes luces de toda aurora. Prefiguraba el porvenir, no reconstruía el ayer. Destinos disímiles. Por eso, Carlos, adoraba en Reni-Moreno. Habría querido ser como el maestro: un estúpido espectador y glosador del humano desfile; no lo que su signo quiso que fuese: escritor actuante en los caprichosos vericuetos de su vida sin bitácora y sin anclas.

Como don José Ortega y Gasset y don Eugenio D'Ors en España, y como don Daniel Sánchez Bustamante en La Paz, Carlos Medinaceli en Potosí, asumió el cimero papel de espíritu vigilante de la comunidad, orientador por su sabiduría y vibrante como una sensible antena para propagar las nuevas modalidades de la Filosofía contemporánea, mostrar el valor de las mejores producciones de la literatura de ambos mundos, reactualizar la obra de pensadores y artistas de la República, perdidos bajo la pesada losa del olvido.

Obra misional prodigada sin reservas merced a su privilegiado talento y a su espíritu llano, de toda llaneza, que apartándose presuroso de la solemnidad, se regodeaba en los jardines siempre floridos del ingenio juguetero, ágil, jocundo con que nos obsequió en las horas lentas de este vivir "terroso".

Después, la quiebra de su vida y la ausencia sin retorno. ¡Pobre gran amigo, señor de las letras! Nuestra unión se aviva en el recuerdo cuando pensamos que acaso un dedo invisible repitió para él, la frase final que escribiera en su novela: "Maleable arcilla en manos del destino".

Armando ALBA

LA LUCHA POR LA CULTURA



*Imbrando*

## CULTURA Y AMBIENTE

HAY UNA LUCHA POR LA CULTURA, como hay una lucha por la vida. La lucha por la cultura debiera ser pacífica, constructiva, armónica. Una lucha cuya arma sea el amor.<sup>(1)</sup>

No ha sucedido así en América. Abundan los casos en que entre los culturizadores y los neófitos se han producido divorcios irreconciliables. El culturizador, en abierta pugna con el ambiente, pretende forzarle a que realice lo que él sueña. Así, don Juan Montalvo: quiso con los latigazos de sus "Catilinarias" despertar al paquidermo teológico que era el Ecuador de su tiempo.

No han faltado, empero, casos de civilizadores constructivos, según los ambientes. Así, don Andrés Bello en Chile. En esa labor silenciosa, fecunda, de la cátedra, Bello creó el porvenir promisor de Chile.

Como Bello en Chile, Sarmiento y Alberdi en la Argentina, José Enrique Varona en Cuba, Hostos en Santo Domingo y Chile, Justo Sierra en Méjico, González Prada en el Perú.

En Bolivia, un hombre antitético al medio y a la época, luchó por operar el milagro de convertirnos de pueblo díscolo y absurdo que éramos, —y somos aún— en disciplinados y laboriosos: Linares. "El Dictador" fracasó. Queda un bello gesto: el ceño adusto, la mirada de acero. René-Moreno, un inactual en su patria, hoy va siendo "descubierto": como el que más labonó por la creación de nuestra cultura;

su obra es metal de primera ley que sólo ahora va comenzando a ser beneficiado.

Pero, ¿cuál es la lucha por la cultura?

Es, siempre, la lucha entre *dos sensibilidades*: pasadista, conservadora de la tradición y misoneísta la una; revolucionaria, transformadora de valores, porvenirista, la otra. Esto observamos "aún" entre nosotros, —en el *colonial ambiente* de Potosí— hay una minoría que aspira a un porvenir renovado, y la masa que presenta una resistencia de piedra a los juveniles ímpetus revolucionarios.

Empero, cuando en virtud de la ineludible ley evolutiva, la minoría de hoy llegue, mañana, a ser mayoría, se habrá creado "otro ambiente" favorable a los ideales por los que la minoría de hoy combate. El ambiente influye sobre el hombre; pero el hombre, a su vez, modifica los ambientes en el sentido de sus necesidades, de su dinámica y de sus ideales.

El deber de la juventud es laborar porque Bolivia despierte a la vida de la cultura.

Potosí, 1922.

- 
- (1) Estos artículos, que hoy me parecen tan ingenuos, tan "simples", y que me veo obligado a reproducirlos aquí por no quebrantar la unidad ideológica o estructura primitiva de este mi libro, fueron escritos en Potosí, allá por el año de 1922, cuando alcancé el linde de los 20 años de edad. Sólo la buena intención los salva. Por el contexto se ve que aquí no tomaba la palabra "cultura" en su sentido propiamente filosófico, en

el sentido que viene dándosele desde Nietzsche y su célebre "transmutación de todos los valores" y ha sido llevado a la Filosofía de la Historia por Spengler en "La Decadencia de Occidente". Es extensa la bibliografía que hoy existe sobre el "problema de la cultura", desde los libros de Nietzsche hasta las actuales doctrinas de Spengler, Keyserling y Max Scheler, (véase "El Saber y la Cultura" de este último). El insigne filósofo Rodolfo Eucken, en su fundamental estudio "Las Grandes Corrientes del Pensamiento Contemporáneo", que es a modo de un Diccionario Filosófico de los términos más usados hoy en Filosofía y precisa el sentido, la historia y la evolución que sufren estos términos en el correr de los tiempos, dice en un acápito de su extenso estudio sobre "Cultura. Historia de la palabra y del concepto": "Kultur", sin ninguna adición, se encuentra por primera vez en Herder; sin duda el nuevo uso aparece aquí en plena fluctuación, pero afirma ya bastante para suministrar una expresión concisa. Al lado de "Kultur" subsiste mucho tiempo aún, hasta en Goethe, "Geisteskultur", (cultura del espíritu), pero "Kultur" sin más, toma poco a poco el ascendiente. Luego el concepto sigue una doble dirección que corresponde a las dos principales corrientes existentes en el idealismo alemán: la corriente artística y la corriente ética. En los poetas y en los humanistas predomina la primera dirección; el arte y la ciencia en su unión con la literatura aparecen aquí como los firmes sostenes de la cultura, como la señal distintiva de un estado de cultura. Por lo contrario, Kant, y aun más Fichte, hacen de la libertad el alma de la cultura y le dan así un carácter eminentemente moral. Kant define la cultura en estos términos: "La cultura es la producción para un ser razonable de la aptitud en general (por consiguiente en su libertad) para realizar los fines que le placen". (Cf: "Las Grandes Corrientes del Pensamiento Contemporáneo" por Rodolfo Eucken. - Madrid. - Daniel Horro, Editor. - 1912. - Cap: "Los Problemas de la Vida Humana". 1. Cultura, pág. 295 y sgts.)

Max Scheler, en "El Saber y la Cultura", escribe: "El que pretende formar su propia educación cultural o la de otro —en cuanto es ello posible desde fuera— ha menester de una clara visión sobre tres ciclos de problemas: 1º ¿Cuál es la esencia de la "cultura"? 2º ¿Cómo se produce la cultura? y 3º ¿Qué especies y formas del saber y del conocer condicionan y determinan el proceso mediante el cual el hombre se convierte en un ser "culto"?"

Y responde: "Si atendemos primero a la cultura, cultura animi, como a un ideal, como a algo cumplido y logrado— no a su proceso— la cultura es, en primer término, una forma, una figura, un ritmo individual, peculiar en cada caso. Dentro de los límites propios a esa peculiar forma, y con arreglo a sus medidas, prodúcense las libres actividades espi-

rituales de una persona, y también —dirigidas y gobernadas por éstas— todas las manifestaciones automáticas de la vida psico-física, (expresión y ademanes, elocución y silencio), es decir, todo el modo de conducirse y manifestarse esta persona. "Cultura es, pues, una categoría del ser, no del saber o del sentir". Luego de otros acápites, dice: "A esta primera determinación de la esencia de la cultura, partiendo de la idea del microcosmos, debe añadirse esta otra: Cultura es humanización, es el proceso que nos hace hombres —visto desde la naturaleza infrahumana—; pero, a la vez, este mismo proceso un intento de progresiva "autodeificación", visto desde la imponente realidad que existe y actúa por encima del hombre y de todas las cosas finitas". (Cf. Max Scheler. *EL SABER Y LA CULTURA*. Revista de Occidente. - Madrid. - 1926.)

Keyserling nos proporciona una definición más clara, una acertada síntesis del asunto que tratamos; "en primer lugar, —se pregunta— ¿qué significa "cultura"? Propiamente entendida, ni más ni menos que la forma de la vida como inmediata expresión del espíritu". (Cf. Conde de Keyserling. *EL MUNDO QUE NACE*. Revista de Occidente. - Madrid. - 1926. Cap. I, "El Camino hacia la cultura del porvenir", pag. 25 y sgts.)

En cambio, en el gran químico alemán, y también filósofo, Guillermo Ostwal, encontramos otra definición, que es diversa del idealismo, ya estético, o ético, de los citados, sino de un sentido "materialista", pero que también satisface por su expresión sintética y, aun más, por su "realismo" y su valor pragmático. — Dice Ostwal: — "Habrà cultura en un pueblo cuanto menos fuerzas espirituales y materiales queden desaprovechadas". Según esto, Bolivia vendría a resultar uno de los pueblos más incultos de la tierra. ¿Cuántas fuerzas, qué cantidad considerable de energías espirituales y, más aún, materiales, son aprovechadas en Bolivia...? Pasemos. El tema es complejo.

Se me ha de excusar, creo, la extensión de estas citas. Dado el abuso que se hace de esta palabra, hoy de moda, era necesario precisar su sentido. Además, era también de rigor puntualizar que, en estos artículos, empleo la palabra "cultura" en el sentido "estético", (según Eucken); es decir, más propiamente, como "cultura literaria".

Nota de 1944.

## UN EJEMPLO: "FIGARO Y SU TIEMPO"

EL PROGRESO — dijimos — se origina de la lucha entre dos sensibilidades: la nueva, renovadora de los valores consagrados, y la vieja, sostenedora de ellos, de los valores ya desubstanciados. El caso de *Figaro*, en la España de 1830, nos ha de servir de ejemplo.

Mariano José de Larra sale adolescente de su país; vive en Francia. Encuentra allí una sociedad ascensionalista, progresista, alentada por aspiraciones superiores. Regresa a España: todo es decadencia.

Del choque entre estas dos experiencias proviene la actitud de "*El Pobrecito Hablador*": esa actitud de "oposición a su ambiente" que caracteriza su personalidad.

Temperamento inquieto el suyo, no se resigna al marasmo reinante. Su sensibilidad de "otro ambiente" se irrita con la grosera temperatura moral de España. Larra *siente* en carne viva todas las imperfecciones que para el resto de sus compatriotas no lo son, o les son familiares. Comienza la lucha. *Figaro* encuentra *todo malo*; política, literatura, educación, industria, comercio, sociedad, teatros, costumbres. Todo acusa la desesperante agonía de España. "Surge entonces — escribe Rodó — la inspiración del satírico provocador que se adelanta a despertar a latigazos la bestia amodorrada que no lo atiende". Larra habla "del monótono y sepulcral silencio de la vida española". "España no está bastante civilizada, bastante moderna, para instituciones más anchas". "España es un país donde no se hace nada".

“Todo es *casi* en España y nada es completamente. Una esperanza *casi* segura de ser libres algún día. Por desgracia muchos hombres *casi* ineptos. Una *casi* ilustración repartida por muchas partes. El *casi*, en fin, en las cosas más pequeñas. Canales no acabados. Teatro empezado. Palacio sin construir. Hospital fragmento. Todo en medio hacer. Hasta en los edificios el *casi*.”

Todo cae bajo el azote de su crítica despiadada, ingeniosa, amarga. Pide “*hombres nuevos para cosas nuevas*”. En tiempos turbulentos, hombres fuertes, sobre todo, en quienes no esté cansada la vida, en quienes haya ilusiones todavía, hombres que se paguen de gloria y en quienes se halle una noble ambición y arrojo constante contra el peligro.

La crítica de Larra abarca todas las esferas de la vida nacional y expone un amplio plan de reformas.

Nadie le comprende. Un gélido vacío le rodea. Caen en el pesimismo. La efervescencia romántica de su tiempo añade al descontento que le produce el ambiente un elemento de exaltación y desorden. Una pasión infortunada le abruma. *Fígaro* concluye trágicamente. Se mata.

El público, incomprensivo, no se explica esa muerte. Si a ese público se le hubiese dicho que “*Fígaro*” se mató por él, por el incomprensivo público, ¡cuánto no se habría asombrado! Era verdad: a nacer Larra en otro ambiente, y actuar “en el gran escenario” que pedía su personalidad de gran escritor, le hubiéramos visto desplegar maravillosamente sus espléndidas dotes de pensador y artista. Larra, para sus contemporáneos, era el escritor “que hacía asomar la risa a todos los labios”.

Larra, que era el corazón lacerado de esa España moribunda, *sentía* por todos: cada una de sus ingeniosas, reideras sátiras, escondía un sollozo. Sus contemporáneos reían.

Pero mejor rieron cuando, en 1898, la minúscula Cuba, de un garrotazo, abatió la crinuda cabeza del “león de Iberia”.

Concluamos: Larra no fue comprendido en su tiempo. Tuvo una sensibilidad superior a la de sus contemporáneos. Por eso vio cosas que ellos no vieron, sintió experiencias que ellos no sintieron, sufrió por todos "la decadencia" de su patria y se inquietó, luchó, se angustió, por los más premiosos, nobles, elevados problemas de la vida y la cultura. Trabajó por "una España nueva".

En 1904 — 64 años después de su muerte — un grupo de escritores, los que hoy constituyen la *élite* de la Generación del 98, realizó una romería a la tumba de Larra. Azorín dijo en aquella reivindicatoria ceremonia: —"Maestro de la presente juventud es Mariano José de Larra".

Larra se había adelantado con medio siglo a su tiempo. ¡Qué caro pagó esa audacia!

## FORMACION DE AMBIENTE

ES FRECUENTE ENTRE NOSOTROS escuchar esta queja: — “Aquí no se hace esto “por falta de ambiente”. Se funda un periódico, se inicia una empresa, se inaugura una institución, y la empresa fracasa. ¿Por qué? Por falta de ambiente. ¿Son razonables estas lamentaciones? ¿El ambiente es, realmente, causa determinante que obstaculiza toda iniciativa? ¿O, al revés, como opina Eugenio D’Ors, el recurso “del ambiente” esconde una inmoralidad, es un recurso al que se apela para escudar detrás de él, la propia incapacidad, la propia inepticia?

D’Ors tiene razón en determinados casos: en un profesional que ignora su oficio y fracasa, en un comerciante inexperto o, como en la mayoría de los casos, en el que quiere invadir el cercado ajeno o se mete a lo que no sabe, ni puede, etc. Mas, en tesis general, “el ambiente” es un poderoso factor “determinante”. Hipólito Taine — el sistematizador filológico de la teoría del ambiente, con miramiento a lo artístico, (“Filosofía del Arte”), y lo que dice del arte es extensivo a los demás órdenes de la cultura o superestructura social, es cierto, Taine afirma: — “Hay una *dirección reinante*” que es la del siglo; los talentos que quisieran crecer en otro sentido, encuentran cerrada la salida; la presión del espíritu público y de las costumbres cercanas los comprime o los desvía imponiéndoles un florecimiento determinado”.

En Indoamérica, el hombre que ha asimilado la riqueza de la cultura occidental, tiene que chocar y vérselas con el

filisteísmo que le rodea y desplegar todas sus energías para desbarbarizar la barbarocracia que lo cerca y abrumba. Como no "hay ambiente" para "la cultura" tiene que pugnar por crearlo o, por lo menos, prepararlo para los que vengan después. El desnivel entre el intelectual y su medio es abismático. De ahí, el divorcio. Y, de ahí, la lucha.

A más de eso, la lucha se empeña entre dos sensibilidades: la vieja que está de acuerdo con lo anquilosado "de su tiempo", y la nueva, que lo rechaza, que suspira "por nuevos tiempos". El hombre de sensibilidad superior a su tiempo, labora por la creación de nuevas formas de vida, esforzándose por derrumbar los valores — ya caducos en otros ambientes más adelantados, pero imperantes aún en su ambiente nacional, en su época.

Mas, de esta lucha, necesariamente tiene que originarse un progreso. Los que poseyendo una sensibilidad más fina preparan, por su inconformidad con el presente, la renovación del porvenir.

"Sólo es capaz de hacer algo mejor — sentencia Nietzsche — el que dice esto no está bueno".

## TRADICION Y RENOVACION

EL AMBIENTE SE VA FORMANDO lentamente a través del tiempo. Para lo que aquí nos interesa — la cultura literaria — ¿qué ambiente se ha formado en Potosí?

Preguntemos a la Historia.

La Colonia. ¿Qué tradición de cultura nos ha dejado?

En la esfera del pensamiento, los conquistadores españoles trajeron poco a Potosí. — En otros aspectos, — que sólo ahora se los está “descubriendo” y “valorizando”, la arquitectura y la pintura, especialmente, se puede hablar, sí, de “una tradición de cultura”, pero en lo intelectual, queda muy poco, o, más propiamente, aquel período no se lo ha estudiado aún, está por explorarlo. — Hay, empero, un monumento, “Los Anales de la Villa Imperial de Potosí” por Bartolomé Arsay Sánchez y Vela que, también, está inexplorado aún, inexplorado. En el siguiente comentario, nos referimos a la importancia de este libro.

Descontando la tradición colonial, de ninguna influencia en el primer siglo de la república, veamos lo que hay en ésta. Por lo pronto, preciso es tener en cuenta que el balbuciente movimiento cultural de los primeros años de la república, tiene por sede principal a Chuquisaca. No es de extrañar que en Potosí no encontremos una huella resaltante de actividad intelectual. Las mismas personalidades de rango cultural de las que hoy se enorgullece Potosí, actuaron más en la capital intelectual de Bolivia, Sucre. Linares, Frías, Campero, se educaron fuera; Cortés, Bustillo, Quijarro, ac-

tuaron — casi siempre — en otros centros más propicios.

En lo que mira a un movimiento propiamente potosino, no contamos con otra tradición respetable sino con la generación que va de 1850 a 1900, más o menos. Figuran en ella don Modesto Omiste, José David Berríos, Daniel Campos, Luis Felipe Manzano, Demetrio Calbimonte, Wenceslao Alba, Pedro B. Calderón, Pedro H. Vargas. Algunos más.<sup>(1)</sup>

Es éste un período de brillo para la cultura de Potosí. Esos hombres intervinieron con rango directivo en la política nacional y constituían un fulgente núcleo de inteligencias. Se publicó, entonces, la "Monografía del Departamento de Potosí", — la primera en su género en el país —; Omiste recogió, afanado y laborioso, en cinco volúmenes compactos y seriados, las dispersas "Tradiciones" potosinas; se dieron a luz numerosos folletos de índole histórica, de crítica costumbriera, de polémica, — todo, signo de vitalidad.

Empero, esa tradición aururosa, se ha empalidecido por la carencia de la misma energía — nuestra ya típica falla nacional de ausencia de "*esprit de suite*" — en los continuadores. ¿Quiénes son los que, como era de rigor, reemplazaron a los Omiste, los Berríos, los Campos?

Esa época de esplendor para la historia cultural de Bolivia y singularmente de Potosí, no ha sido estudiada; es muy imperfectamente conocida. Se precisa valorizarla y erigirla en la categoría de heráldico antecedente para todo movimiento intelectual del presente y del porvenir.

Después de esa "generación", aparece otra, la de 1900, visiblemente inferior a la anterior. Celestino López, Adrián Vila Valda, Benjamín Zambrana, los Subieta, — Florencio, Luis y Samuel — Luis Serrudo Vargas, la representan.

Cuando los que hoy constituimos ya "una nueva generación", irrumpimos súbitamente en 1918 como una horda de bárbaros, — por algo nuestra revista representativa se llamó "Gesta Bárbara", — aparecimos como plantas milagrosamente florecidas en la desolación de un yermo. Nos habíamos formado sin maestros, sin ambiente propicio. Fuimos.

y somos, unos improvisados. A nadie reconocimos como un maestro, porque no lo tuvimos: todo lo hicimos instintivamente. Actualmente, aun solidarizados dentro de una misma orientación y análoga inquietud cultural, vamos solos a la conquista del porvenir.

Nadie sabe si nuestra pequeña nave arribará a un risueño puerto o será destruída por las implacables olas. <sup>(2)</sup>

Potosí, 1922.

- 
- (1) El autor no conocía entonces la personalidad de don Eduardo Subieta, potosino también. Mas, él, no ha actuado en su tierra natal, donde no quedan casi recuerdos suyos, sino en la Argentina, especialmente en Tucumán y Salta, y, posteriormente, en Sucre. Más sugestiva aún es la figura de don Pablo Subieta, tan injustificadamente desconocido, y olvidado, tanto en su ciudad natal, Potosí, como, más aún, en el resto de la república. Fue un tipo oscar-wildeano porque, en verdad, al igual del autor de "Dorian Grey", pudo también don Pablo Subieta, haber dicho "que puso todo su genio en su vida y sólo su talento en su obra". De una inteligencia brillante; de una memoria prodigiosa; se sabe de él que cuando rendía un exámen de competencia a la cátedra de Literatura, los dejó realmente deslumbrados a los del tribunal examinador, como un Menéndez y Pelayo criollo; de un agudísimo ingenio picaresco, con lo cual solía salvar de sus más difíciles situaciones económicas; su anecdotario en este sentido es sabrosísimo; pero bohemio, indisciplinado y cyranesco, en su aventurado vivir, derrochó su talento en alegres tertulias de amigos, por las redacciones de los periódicos, en sus anónimos artículos periodísticos, pero no llegó a cuajar su talento en una serena obra de madurez. De él no quedan sino unos cuantos trabajos que piadosa y diligentemen-

te, recogió su bondadoso amigo, el bueno de don Tomás O'Connor D'Arlach, (este volumen, hoy rarísimo, lleva esta designación, pero yo no lo conozco sino por la data bibliográfica "23 artículos literarios de Pablo Subieta", precedidos de una introducción de Tomás O'Connor D'Arlach. - Tarija 1887.)

Juzgándole por algunos trabajos suyos, como aquella su mentada prosa "El fondo de la copa", se aprecia ahí los quilates de su talento; es un prosista condensado, sustancioso, sin la hojarasca romántica y empalagosa de los escritores de su tiempo, sino, más bien, con ese "fondo" noble de amargura encubierta por una aérea capa de la sonriente amargura que hay, por ejemplo, en ciertos poemas de Baudelaire.

Además, su caso es extraordinariamente interesante, porque viene a resultar "un símbolo" de un fenómeno típicamente potosino, del hombre de talento que encontrando hostil el terreno para las expansiones de la idealidad del arte y las letras, se expatria, va a rendir en tierras extrañas los espléndidos frutos de su ingenio, que su tierra natal no supo, o no pudo, o no quiso utilizar. Voluntariamente exilado don Pablo Subieta por muchos años en Buenos Aires, donde escribió en el periódico "La Tribuna Nacional", fundado y dirigido por el poeta Olegario Andrade, en 1884 regresó a Bolivia y en Tarija publicó el periódico "El Pilcomayo". Sostuvo en dicho diario la candidatura presidencial de don Gregorio Pacheco. Cuando se encontraba engolfado en el agitado vivir del periodismo polémico, falleció en la ciudad del Guadalquivir el mismo año.

Como repito, su figura es muy poco conocida. Sólo René Carrasco Bustillo, el inteligente dramaturgo potosino, en Tarija, le consagró una emocionada "Semblanza"; pero, por falta de datos bibliográficos, insuficiente para quienes deseamos conocerlo a fondo. Abrigo la esperanza de realizar esa tarea de investigación y de reivindicar su memoria del ofuscamiento que hoy la envuelve como una opaca neblina que oculta la cúspide de una bella montaña.

- (2) Sobre la Generación de 1918, más conocida por la de "La Generación de Gesta Bárbara", se ha escrito ya algo, pero meramente periodístico, en la república. Día llegará en que habrá que ocuparse de hacer nuestra historia. Aun no estamos llegando, como Arguedas, a escribir nuestras "Memorias" y hacer "danzar las sombras". Sobre este tema, hay un artículo en el libro "Estudios Críticos" de quien esto escribe. Va con el rubro de "Nuestra Generación y la lucha por la defensa de la personalidad".

## CELESTINO LOPEZ Y SU AMBIENTE

DON CELESTINO LOPEZ MARTINEZ más que nadie requiere unas palabras de justicia, aunque más no sea sino para desagraviarle de las muchas injusticias de que ha sido víctima. Valiendo más que muchos de los de su generación, apenas si es conocido fuera de su tierra, — Potosí. — Indudablemente es “el poeta representativo” de su generación, de su tiempo y del alma de su pueblo. Pero se le ha hecho erueles injusticias, tanto en su propia tierra natal, como en el resto de la república. Se le ha preterido, invalorado, olvidado. Nunca se ha recogido nada suyo en las Antologías; se ha tributado a otros el homenaje que a él le correspondía, como en el asunto del Congreso Universitario.<sup>(1)</sup>

Por muchas imperfecciones “literarias” — desde el punto de vista de la forma, sobre todo — que presente, ofrece, en cambio, la virtud de ser más “poeta” que muchos otros que han adquirido mayor prestigio que él. Don Celestino López es poeta de una sola pieza. No ha cultivado más género que el lírico. El verso es su forma natural de expresión; el numen poético un atributo indesarraigable de su espíritu.

Poseía, virtualmente, en *potencia*, la materia prima para haber llegado a ser un poeta de primer rango. Ambiente, época, rastreras circunstancias domésticas, se lo han impedido. Toda su mala estrella es imputable a esos obstáculos. López nació a la vida literaria en un tiempo en que Potosí había llegado al esplendor de su achatamiento espiritual.

Epoca en que la sociedad, huérfana de ideales, cayó en un anulador estancamiento, perdiendo el sentido de lo que Nietzsche llama "los instintos valoradores de la cultura". Epoca en que reinaban ese marasmo, ese estupor y ese fatalismo que Arguedas ha pintado en su "Historia General de Bolivia", allí donde dice: —"Y fuera de la política, todo yacía inmóvil y como muerto. La agricultura siempre estaba entregada en manos de los indios agobiados; el comercio, en la de los extranjeros angurriosos e indiferentes. La vida social, estancada, no se manifiesta sino por el exhibicionismo aparatoso de las gentes adineradas sometidas a las tiranías de los pisaverdes que habiendo salido del país, vuelven a él para ostentar la abundancia de sus guardarropas y convertir la vida en un escaparate de trapos, del todo ajenos a los deberes de la labor metódica, reproductiva y honrada".

"Examinando con atención — añade — la obra emprendida por las familias de alto coturno de las sociedades bolivianas en el último tercio del siglo XIX, se ve que las más degeneraron y cayeron en los bajos fondos, sin haber realizado ningún esfuerzo para su propia conservación, y mucho menos, por tanto, para el engrandecimiento colectivo. Pasaron preocupadas en nimiedades, agotando en continua malversación de fondos el patrimonio hereditario y permitiendo, por su pereza y falta de iniciativa, que sus riquezas territoriales se deshiciesen en parcelas diminutas o fuesen a parar a manos de menguados mercenarios".

"Esa vida ociosa y perversa alcanzaba en ciertas localidades una monotonía realmente aplastadora, y su pequeñez y rusticidad se manifestaba en la vaciedad de su prensa que ni aún con noticias locales podía alimentar despierta la curiosidad de sus lectores. El caso de Potosí, la ciudad núcleo en tiempo de la colonia, era sintomático:"

"Es tal la escasez de noticias locales, que toda la prensa se alimenta con noticias de otros departamentos. Las novedades se reducen a las siguientes: *no ha llovido...piensa llover*

*...lamentamos tal muerte... felicitamos a fulano en su cumpleaños."*

"Es bastante; la gente no piensa en más. Esa sociedad Potosí — concluye — centro de la antigua aristocracia, ha caído submergida implacablemente en la mestización de sus mejores elementos y ahora predomina el tipo criollo, perezoso, atrabiliario, de gustos primitivos, totalmente desprovisto de toda noción de arte y de belleza. Esos gustos tienen manifestaciones horribles: la vieja piedra de los viejos monumentos coloniales, pulida y tallada con amor por artifices de gusto milenariamente depurado, es nivelada primero con cal y estuco y borrada totalmente después con sucesivas capas de pintura de color subido y llamativo ...". (Cf: -Alcides Arguedas.- Historia General de Bolivia — El proceso de la Nacionalidad. — La Paz. Arnó Hnos. 1922. Páginas 476-77.)

En aquella sociedad, tal como la pinta Arguedas, a la presencia de un valor verídico, se produjo, fatalmente, la clásica contienda entre "la aptitud individual y la resistencia pasiva del medio". Ha desgastado el poeta en esta lucha inapreciables energías. La vocación naciente, sin calor de ambiente, no ha llegado a florecer con todo su espléndido esparcimiento. Su obra fue recibida con la fría indiferencia de aquel medio filisteo para toda idealidad de arte y hasta con la subterránea hostilidad de los que nunca faltan, los envidiosos impotentes que incapaces de crear ninguna obra por cuenta propia, se satisfacen destruyendo la ajena. Todos los que a merced de la mediocridad reinante habíanse alzado con ínfulas de mandarines, temblaron por sus fraudulentos prestigios y en tácita confabulación de hormigas han obstaculizado la marcha desenvuelta de un valor puro. Han llenado de piedras su camino, de amargas su alma.

¿No es significativo el hecho de que nunca fue más acre la animadversión en contra suya sino cuando don Celestino López obtuvo la Flor Natural en los bullados "Juegos Florales" de 1906? ¿Y qué pensar de "los anónimos" a la redac-

ción de "El Tiempo", cuando López, por indiscutibles méritos, presidió el primer "Congreso Universitario", realizado también en Potosí, en 1908?

Innoblemente pospuesto en la vida social y en la política, nunca ha pasado de la más modesta medianía en su vivir; mientras otros de manifiesta inferioridad intelectual, pero de perspicuo sentido acomodaticio, hoy son diputados, prefectos, ministros. Y, por último, cuando ya lo tenían como digno de pertenecer a aquel gremio de aquellos poetas y escritores lisboetas que se apellidaron "Os Vencidos da Vida", lo han arrojado a una provincia.

A una pobre y aplastante capital de provincia como si, irónicamente, se hubiesen propuesto dar al estoicismo de su alma un digno marco en la desolada austeridad de unas sierras siempre agrestes y de unas playas siempre grises.

Esto está haciendo Potosí con el poeta que más férvidamente ha cantado las glorias potosinas.<sup>(2)</sup>

Potosí, 1922

---

(1) Desgraciadamente, no tengo a la vista su libro "Bajo el ala romántica", único suyo que logró ver estampado. Lo publicamos los de la "Generación de Gesta Bárbara" en la "Biblioteca Centenario" que fundamos en 1922. - Como muestra de su modalidad lírica, reproduzco aquí, estas dos poesías que vieron la luz en "Gesta Bárbara", Año V. - Segunda Epoca. - N° 10. - Potosí, Noviembre de 1926:

## TARDES LIRICAS

## XIII

Las seis. El sol agónico destella  
sobre la cima azul, espejo ustorio.  
En el confín el véspero atropella  
el paisaje mirífico, ilusorio.

Dulce melancolía de doncella  
ante el valioso ajuar del desposorio,  
cabe en la tarde emocional que sella  
los labios habladores del jolgorio.

Como si el alma, en vibración sonora  
se quisiera esfumar, irse muy lejos,  
en la luz de los últimos reflejos,

turba el silencio, con amargos dejos,  
la sentida canción de una pastora  
que el dulce encanto de la tarde llora!

## SERENIDAD

Tengo un supremo bien de humano origen;  
de mi vida vulgar y excepcional,  
la inexorable ley, de las que rijen  
así el Bien, como el Mal.

Bendigo su sedante tiranía;  
a su influjo me siento renacer;  
y la conformidad del alma mía,  
fluye de su poder.

No temo al Mal, ni al Bien que me seduce;  
en las sordas tormentas del dolor,  
como el astro mirífico reluce  
la gloria del Amor.

Como todo mortal, voy tras la gloria,  
y tengo la ilusión de idealizar  
mi complejo sentir, con la notoria  
fuerza de imaginar.

Es la serenidad bien obtenida  
a los impulsos de mi propio Ser:  
la comprensión severa de la vida,  
que es Dolor, y es Placer.

Esta es mi confesión, entre las sacras  
imágenes del Bien y la Verdad:  
sobre todas mis taras y mis lacras,  
tengo serenidad.

Durante varios años, don Celestino López vivió en la capital de la provincia Nor Chichas. Era allí juez instructor. Y, aquí, se me ha de permitir una confesión íntima, circunstancial: López, aunque nacido a la vida literaria cuando ya alboreaba el Modernismo, especialmente en Sucre, en la revista "Vida Nueva" - 1915 - pilotada por el apasionado de Rubén Darío, Claudio Peñaranda, el poeta potosino seguía alimentándose con lo ya anacrónico, con el Espronceda de "El Canto a Teresa", Zorrilla y Núñez de Arce, por donde venía a resultar, para decirlo con los términos tan propios que emplean en este caso los críticos franceses, (Gustavo Lanzón), un *atardée* y un *egaré*.

Así se muestra en estas octavillas de un fácil y ya vulgar pesimismo románticoide:

"Murió la fe de mi pecho;  
murió la ambición de gloria,  
quedando sólo la escoria  
como lava de volcán...  
Desde entonces, sin consuelo,  
soy el triste peregrino  
que lucha con su destino,  
pero lucha con afán...

"No existe la noble lucha;  
todo es traición y perfidia:  
que aquí tan sólo se lidia  
esgrimiendo la maldad.  
Aquí se lucha a la sombra,  
no a la claridad del día;  
y a esa negra felonía,  
llaman triunfo de verdad.

"Todo es ficción y mentira;  
tras una ilusión ingrata,  
viene el engaño que mata  
nuestra bella juventud.  
Porque al fin sólo se encuentra  
la perfidia en las mujeres,  
el hastío en los placeres  
y un martirio en la virtud..."

y acentuando su pesimismo, concluye con esta imprecación, que por su enfatismo esproncediano o zorrillesco, más suena a "po-

se" romántica, que a un desengaño realmente sentido y vivido:

"Decepcionado y maldito,  
cansado de este vil mundo,  
llevo con dolor profundo,  
desgarrado el corazón.  
Yo sólo tengo la culpa  
para estar así, maldito:  
ha sido mío el delito:  
será mía la expiación".

Esta poesía, - ¡Madre mía! fue publicada en la "revista quincenal" "El Lábaro", Año I, N° 4, Potosí, Bolivia, Noviembre 27 de 1906. Mas, López, olvidándose de su "desgarrado corazón", gustaba, en otras ocasiones, de elevarse, ufano, al tono pindárico, a la entonación épica. Amante sincero, apasionado de su tierra, no dejaba de entonar loas a los fastos magnos del terruño, odas ditirámicas a "Los Grandes de Potosí". Así vemos en este su poema lírico-épico a la manera del sonoro y propopéyico don Manuel José Quintana:

#### ¡POTOSÍ!

¡Oh, noble Potosí! tierra bendita,  
Perla hermosa del suelo americano:  
Al pronunciar tu nombre soberano,  
Todo mi corazón por ti palpita.  
Y al recibir tu hálito profundo  
Sobre el límpido mármol de mi frente,  
Despierto soñador, y lanzo al mundo  
Las pobres rimas de mi amor ardiente.  
Pobres rimas de dulces vibraciones  
Arrancadas de un alma enardecida,  
Henchidas de fervor y de emociones  
Que vuelan hacia ti, ¡Patria querida!

Luego de varias estrofas, concluye:

"Quince de Mayo", augusta y santa fecha,  
Fecha de iniciación, fecha sublime,  
Fulgor de un astro, vívido y fecundo,  
Que la ominosa esclavitud redime;  
Fecha siempre gloriosa, siempre augusta,  
Que marca el despertar de todo un mundo!

Ibáñez inmortal, junto al cadalso,  
Con la mirada en Dios, la frente, erguida,

Los brazos enlazando a tres valientes  
 Llenos de juventud, llenos de vida!  
 Después... la sangre, la bendita sangre  
 Que hervía en los cerebros tan pujantes  
 De esa legión rebelde de gigantes  
 Que llegaron soberbios  
 Al cadalso, la cima de su gloria,  
 Al cadalso, la luz de su calvario,  
 Llenando de esplendor la Patria historia!

Allí nació el gran pueblo americano  
 Sin amos ni señor, sin soberanos!  
 La sangre derramada  
 Fertilizó la tierra,  
 Y surgieron de allí, cual gladiadores,  
 Dispuestos a la guerra,  
 Sus más fuertes y bravos defensores.  
 Allí, Patria querida,  
 Brotó la chispa que encendió la hoguera,  
 Rayo de luz fulgente  
 "Que al dilatarse por azul esfera",  
 Tocó del Creador la altiva frente:  
 Allí se abrió el floral de la conciencia,  
 Que germinara en el cerebro humano:

¡Comienza de aquel día la existencia  
 Del valeroso pueblo Americano!

Poesía publicada en "Bohemia Literaria" - Revista Mensual de Ciencias y Letras. - Director: Celestino López Martínez. Año I. N° 4. Potosí, 2 de abril de 1908.

Mas, si López era unas veces esproncedianamente pesimista y bolivianamente "lloroso" y otras pindárico lírico, una nota que predomina en él, a más del sagrado, férvido amor a su madre, a la que le profesaba una veneración religiosa, es el amor por los humildes, por los parias de la sociedad, por la suerte mísera del indio, por los niños y los ancianos víctimas del infortunio, huérfanos de cariño y caridad. Y éste, - que es el sentimiento que predomina en su lira franciscana, (don Celestino López, justo y necesario es decirlo, nunca alardeó de pergaminos heráldicos, ni de vanidades de abolengo, sino antes bien hablaba siempre, con sincera y ejemplar dignidad, de su cuna humilde, de su vida pobre y sacrificada), - éste, preciso es repetir, es el aspecto más simpático, más "noble", de su poesía. Así, en su poema "Niños y Viejos". En esta poesía no imita a nadie; manifiesta, desnudamente, sin arrogancias líricas o épicas, la intimidad de su sentir, la sinceridad de su sentimiento:

“Cuando miro, por las calles, tras algunos millonarios,  
A esos niños andrajosos, a esos niños pordioseros,  
Implorando, casi a gritos, un mendrugo de mal pan;  
Pienso que ellos, esos niños, son los tristes proletarios,  
Los que muestran sus dolores, con sus ayes lastimeros,  
Y arrastrados, fatalmente, al cadalso tristes van.

“Esos pobres pequeñuelos, niños parias demacrados,  
Me enternecen con sus muecas suplicantes y grotescas,  
Cuando piden de una dama la limosna de un desdén;  
Me entristecen cuando lloran, al ver sanos y mimados,  
A esos niños cuyos labios son dos rosas, rosas frescas,  
Y contentos llevan rosas y claveles en su sien.

Y, después de otras estrofas, el otro cuadro:

“Cuando miro, por las calles, a esos viejos andrajosos,  
A esos viejos pordioseros que se arrastran muy apenas,  
O soportan sus dolores en su triste postración;  
Cuando escucho sus lamentos, cuando escucho sus sollozos,  
Brotó el llanto de mis ojos y hago mías esas penas  
Que torturan, de esos viejos, el gastado corazón!

“A esos viejos que nos tienden las enjutas, frías manos,  
Con los ojos siempre turbios de miradas impotentes,  
Y nos hablan con palabras impregnadas de dolor;  
A esos viejos que llamamos “los valientes veteranos”,  
Y que llevan los laureles en sus amplias, mustias frentes  
Cual estrellas rutilantes que recuerdan su valor!

“Pienso que ellos, los mendigos, de las voces gemidoras,  
Son los hombres venerables, los soldados del pasado,  
Hojas sueltas de la Historia, las reliquias del lugar;  
Son los bravos guerrilleros de las huestes vencedoras...  
Y nos tienden una mano, con acento lacerado,  
Una mano que en justicia, la debiéramos besar!

“Es entonces que yo pienso que los hombres millonarios  
Son las bestias inhumanas, sin los puros sentimientos  
Que ennoblecen, que subliman todo, todo corazón!  
Y bendigo con el alma a esos viejos solitarios  
Que soportan la miseria, los eternos sufrimientos,  
Los desdenes e injusticias de su triste postración!”

En 1906 se realizaron en Potosí, los "Juegos Florales", los primeros en el país, según entiendo. Celestino López obtuvo la flor natural con su poema inspirado también en un motivo humanitario, el infortunio de un mendigo en una "Noche de Nieve". Fondo y forma, eran siempre románticos. En 1918, como todos los años, fui yo a visitar a mi padre y pasar las vacaciones escolares de fin de año en Cotagaita. Llevé allí, para saborear en la placidez de la campiña, lo que entonces era, para los de mi generación, nuestra Biblia profana, "Los Peregrinos de Piedra" de Julio Herrera y Reissig, en la elegante edición que de esta obra hizo en París Rufino Blanco Fombona, con su revolucionario prólogo. A don Celestino, a quien lo encontraba un poco — o mucho — atrasado de noticias, naturalmente que me empecé en catequizarlo, iniciándolo en el rito de nuestra religión reissigniana. López pronto se entusiasmó con las poesías de "Los Extasis de la Montaña", al mismo tiempo de una virgiliana inspiración vernácula y campesina, pero tan fina, tan selecta, tan nueva, de forma. Además, en Herrera y Reissig, en lo que él llama "eglogánimas" hay, como lo ha señalado tan bien el que mejor ha caracterizado su poesía, el crítico uruguayo Octavio Ramírez, una sutil ironía, un "humorismo misericordioso", como en su bellissimo soneto "El Cura":

"De sus sermones fluyen suspiros de albahaca;  
El único pecado que tiene es un sobrino..."

Herrera y Reissig tiene la particularidad de que es muy fácilmente imitable, se le "pega", insensiblemente, a uno; basta, para ello, "subjeterivar lo objetivo y objetivar lo subjetivo", lo que no ocurre con otros poetas, por ejemplo con Ricardo Jaime Freyre, de "técnica escondida" diríamos; Herrera y Reissig obró, pues, en la "conversión" de don Celestino López, para que abandonando sus patetismos y lacrimosidades esproncedianos, hiciera unas pastoriles "eglogánimas", como se comprueba al revisar la evolución poética de sus primitivas poesías a la serie de sus sonetos posteriores, como los de "Tardes Líricas", uno de los cuales he reproducido, y que ya son, visiblemente, reissignianos, claro que sin la depurada selección del quintaesenciado artista de la palabra que era el gran poeta uruguayo. Pero, al mismo tiempo, ya que estaba en tren de "iniciaciones", le hice conocer también al poeta colombiano Luis Carlos López, en sus poesías que Rubén Darío calificó de "realmente nuevas", "De mi Villorrio". A la sombra de los frondosos molles chicheros, leíamos con don Celestino, aquellas lindas cosas de aquel poeta tan original y de tanto sabor "criollo":

“Primavera que ríe, Primavera que pierde  
 las almas... Los pastores cantan coplas sencillas  
 sobre los tamboriles, porque todo está verde  
 y porque ya se fueron las hojas amarillas.

Al frescor de la tarde, cuando en la lejanía  
 tiembla el tinte cenizo de un retazo de invierno,  
 danzamos con las mozas de la vieja alquería,  
 mozas de carne dura, de corazón muy tierno.

Oye, amada muy mía: me voy tornando obeso  
 como un abad. — El bruto del Alcalde asegura  
 que me tiene rollizo lo sabroso del queso;  
 y ponte muy contenta: soy amigo del cura...”

“Versos Rurales” de “De mi Villorrio” por Luis Carlos López.

En mis juveniles poesías de entonces hay también un eco de la tonalidad pastoril y la sencillez en la expresión del poeta colombiano, como en este “Crepúsculo Campesino”, — escrito en 1918 — y que luego José Eduardo Guerra tuvo la bondad de insertar en su Antología “Poetas Contemporáneos de Bolivia”, — La Paz, 1919:

Esta tarde no sé qué oro de ensueño tiene el ocaso  
 y todo en el valle canta la dulzura de una endecha;  
 estamos alegres todos porque es rubia la cosecha  
 y están floridas las sendas que se abren a nuestro paso.

Llega el eco de un cantar del fondo del caserío.  
 — Algún mozo sandunguero que celebra su amorío  
 cantando una copla vieja con una nueva ernoción...

Luis Carlos López le entusiasmó a don Celestino tanto, o más que Herrera y Reissig, especialmente en esas sus preciosas, tan coloridas, caracterizadoras e irónicas “miniaturas” de la tipología provinciana, el Cura, el Alcalde, lo que el original poeta de Cartagena de Indias llama “Los Hougos de la Riba”:

El barbero del pueblo, que usa gorra de paja,  
 zapatillas de baile, chalecos de piqué,  
 es un apasionado jugador de baraja,  
 que oye misa de hinojos y habla mal de Voltaire...

Entonces escribió don Celestino estos sonetos “costumbristas” de la aldea, nuevos, realmente, en la tan poco irónica poesía boliviana, amables por su “realismo” ingenuo:

LOS TRES AMIGOS

I

— “No es posible negar, sin ser un loco, que nuestro “Titular” es un Galeno, de gran saber y caridad relleno, aunque, por previsión, lo ocupen poco”.

Prosigue el Cura: — “Pero me sofoco cuando se quiere hacer el hombre bueno, él, que no sabe distinguir sereno, hojas de digital de las de coco”.

— “Y yo le estimo mucho cuando asiste con toda decisión, a Guerra o Trigo, que dejan tierras y una esposa triste”.

Dice el causídico, — terror de intonsos — murmurando entre sí: — “por los responsos”: “Eso que dice usted, también yo digo”.

II

— ¿Sabe usted el escándalo del día? — dice el Doctor, sin esperar respuesta: — “Convertirse en ladrón... Lo que me cuesta imaginar tan grande picardía”.

“El hombre de la ley, de la hidalguía, se finge sabio director de orques ta, y sin vergüenza, al terminar la fiesta, se queda con los pesos de la Tía”.

— “Estos abogadillos hacen cosas... — dice el Cura, formal y sentencioso — “Merecen azotera con espinas!...”

— “Con tantos testimonios, tantas glosas, socaban con placer el hondo pozo donde van a parar las esterlinas!...”

III

Abogado y Galeno, frente a frente, apuran varios vasos de cerveza. — “Hablando entre nosotros con llaneza” — truena recio el causídico elocuente:

— Es el Cura un pastor muy inocente;  
sólo tiene un pecado: cuando reza,  
piensa en el capital y a la Alfereza  
la traga con sus ojos sensualmente...!"

— Replica el "Titular". — "Mi buen amigo,  
tiene mucha razón en ser avaro  
y mirar a las hembras con descaro".

"Cuando se tiene pan y mucho trigo,  
no importa mantener un gran serrallo...  
si entre tantas gallinas, falta el gallo!..."

## IV

De esta fiel relación, lector, colijo:  
que el señor Cura, de misión sagrada,  
bien puede apilonar plata ganada  
y con muy grande honor, tener un hijo.

Como el Letrado, que improprios dijo,  
también puede al final de la jornada,  
quedarse con la cosa litigada,  
robando con honor y regocijo.

El buen Galeno, de saber y ciencia,  
el paladín que lucha con la muerte,  
hombre de religión y de conciencia,

cuando no triunfa en la contienda ingrata,  
por mucha habilidad, o mala suerte,  
tranquilamente, con honor, nos mata.

¡Que diferencia de estos sonetos, de una amable ironía, travesunto del vivir pueblerino, que de una parte entroncan con lo más castizo de la tradición española, en la fluidez, agilidad y donaire del verso, como en "La Cena" de Baltazar de Alcázar o la poesía costumbrista de Vital Aza y con la nueva modalidad de Herrera y Reissig y de Luis Carlos López, con el romanticismo gemebundo y patético de la anterior modalidad lírica de don Celestino López. Ellos señalan una evolución en su poética, la mejor, tal vez, por su realismo vernacular; la más espontánea, la más sincera, porque reflejan la realidad de la vida nacional en la modorra aldeana y esa era la vida que vivía en la capital de provincia donde, claro está, alternó muchas veces el poeta con el "Cura", "El Titular" y "El Causidico elocuente".

Los críticos de Celestino López no han reparado en este aspecto "costumbrista" de su poesía, a mi juicio más valiosa, más sentida y vivida, que la de sus Odas patrióticas o sus patéticas querellas románticas.

- (2) La anterior, y muy rápida, y "externa" semblanza, se escribió en 1922. Entonces, el poeta López, vivía olvidado de todos, como soterrado, de Juez Instructor en Cotagaita. Pocos años después, en 1928, moría en Potosí. En su lecho de muerte recomendó a su esposa encargara a quien esto escribe, la publicación de sus obras. La mayoría de ellas, quedaban inéditas. Al tener conocimiento de ese sagrado encargo del poeta y del amigo, hice numerosas gestiones ante la Comuna, para que ella me ayudase en la edición de las obras del poeta más representativo de Potosí, ya que por circunstancias económicas explicable y la dificultad editorial que hay en Potosí, no me era posible, de otra manera, realizar esa tarea. Todas mis gestiones se estrellaron, como contra un muro de piedra, contra la sordidez de los señores concejales de entonces. Yo me ofrecía a cuidar de la edición. Ha dejado tres volúmenes en verso y prosa. Hoy que rije los destinos comunales un Alcalde culto, es de esperar que repare la injusticia de aquellos concejales de antaño, porque honrar al poeta que mejor ha cantado el sentimiento potosino, es honrarse a sí mismo y es honrar al pueblo. Y la única manera de hacerlo, es publicar sus obras.

Esa labor, — repito — le corresponde a la Alcaldía de Potosí. O, más propiamente, ahora, a la Universidad "Tomás Frías", que hoy dispone de fondos y de una buena editorial.

Nota de 1944.

A handwritten signature in dark ink, appearing to read "Tomás Frías", is centered on a light green rectangular background. The signature is written in a cursive, flowing style.

## NUESTRA GENERACION

En 1918, unos cuantos mozos desorbitados y tarambanas, — léase “idealistas”, dada la sensatez burguesa del ambiente — fundamos una sociedad tenebrosa, o sea un “cenáculo literario” que se llamaba “Los Noctámbulos”. Nuestro fin era noble y heroico: asesinar a los filisteos. Ejecutarlos sin forma ni figura de juicio, *manu militari*, a base de chistes y *calambures*, especialmente a los del vulgo municipal y espeso. Y, después, reirnos olímpicamente del gazzá-piro mundo. Teníamos veinte años.

En nuestras noctambuleadas nocharniegas por “el camino carretero”, allá, por el Ingenio Velarde y el templo de San Benito, en una de esas plácidas y gratuitas noches de luna, decidimos...

Decidimos, en fin, lo que deciden siempre los hombres que han tenido la desgracia de nacer con alas, quiero decir, mejor, con plumas: éramos ya plumíferos y mártires. Decidimos, pues, publicar *una revista*. Pero una revista que no fuera como todas las que en Potosí habían sido, que por el contenido no eran más que unos almanaques con versitos de Album y por la edición, peor que un asqueroso alegato jurídico. Lo nuestro tenía que ser algo inusitado, fuera de ambiente, algo bárbaro!

Se planteó, en primer lugar, lo esencial; —¿Cómo iba a llamarse nuestra revista? He aquí el conflicto. Apretatus in-telectus, discurre! Tanto darle vueltas al magín, la cosa no salía. Alguien, picado de aristocratismo, acordándose de su

abuela heráldica, propuso: "La Estirpe". Violentos, interrumpimos: — No, nada de señoritinguismos: tiene que ser algo heroico, porque tenemos que luchar contra la bestia policéfala del mónstruo colectivo, y algo fuerte, catastrófico, algo bárbaro!...

Entonces, uno de los nuestros, el más noctámbulo de todos los noctámbulos, que no sabíamos cómo, pero que providencialmente cayó en Potosí desde Puno del Perú, Juan Cajal,<sup>(1)</sup> discurrió el consorcio feliz: ¡Gesta Bárbara!

En una noche de junio, precisamente cuando nuestro mundo filisteo se encontraba en una función de gala en el teatro llamado "Skating", circuló nuestra elegante revista. Contra lo que esperábamos, fue un éxito.

Pocos días después, en el mismo Skating, dimos una velada. Nos presentamos como diez y ocho mozos, ya bien vestidos, eufóricos, alegres y mataperros. Cada uno se exhibió con lo mejor de su haber: madrigales, sonetos, poemas zarathústricos. Armando Palmero Nava se reveló en el piano con las "Polonesas" de Chopin y sus "Humorescas" de Dvorak y el conspicuo badulaque de Ibieta Bracamonte hizo vibrar el alma criolla del "selecto público", rasgueando en su noctámbula guitarra sus huaiños y kaluyos, y Juan Cajal conmovió, recitando maravillosamente, su poema "Al Dolor". Fue otro éxito.

La sociedad de Potosí tuvo la sensación alborozada de que se encontraba en presencia de una generación brillante y promisor, después de tantos años en que la anterior, que ya caminaba a su ocaso, se había anulado en la inercia vegetativa de la esterilidad intelectual. Potosí esperaba, quería una nueva generación. Fue, justo es consignarlo aquí, generoso, con nosotros. Esperanzada, optimista, nos alentó noble, villaimperialmente.

Todo aquel año, para nosotros, fue arte y vida dionisiaca. Y también para Potosí. Despertamos a una nueva aurora al ambiente.

Desde entonces constituímos "una generación". La ge-

neración de "Gesta Bárbara". Lo que es la virtud de los higiénicos paseos por las franciscanas tierras del Potosí, y la de haber nacido "con alas en el espíritu", que decía Juan Cajal.

Nosotros éramos presuntuosos y tontos como Alcibíades, él fue nuestro Sócrates. Nos parteó el espíritu: nos puso ardor en las venas y encaminó, sin dársela de maestro, — que ya lo era, — sino como camarada bohemio, demasiado bohemio entonces, el lírico rebaño.

Férvidos, lo único que queríamos en este mundo traidor, era hacer versos. Versos tan lindos como las "eglogánimas" y "las eufocardias" de Julio Herrera y Reissig. Nuestro evangelio se llamaba "Los Peregrinos de Piedra". Otros andaban del brazo de Juan Ramón... (Nunca hemos incurrido en la torpeza de levantarle el apellido, tan vulgar: Jiménez!). Y por eso nos enamorábamos con la premeditada intención de que la víctima nos pagase con la más luciferina traición: ese era un artículo de primera necesidad para nuestros desahogos líricos.

Nuestra generación — 1918 — con Cajal, fue bohemia, tarambana y petardista. En literatura dimos por inexistente todo el pasado boliviano: no reconocíamos ningún precedente: éramos los Adanes literarios de Bolivia. Y en aquella época inventamos dos cosas muy útiles: el amor y la literatura. Después hemos sabido, por referencias, que esas cosas despreciables, habían ya estado inventadas. Pero no importa: las inventarían en otra parte: nosotros las inventamos en Potosí, a 4.140 metros de altura sobre el nivel de la vulgaridad.

Nos creíamos llenos de fuerza, capaces de medirnos con Lugones, que por entonces era, para nosotros, el Goliath de la metáfora, y al "Así hablaba Zarathustra", cualquiera de nosotros hubiese opuesto: "Así contesto Yo".

Socialmente ácratas, abominábamos de la política: esa cosa indecente. La mayor desgracia para nosotros era haber nacido en Bolivia, la cola del mundo. Nuestra actitud era

esa: *una actitud de oposición al ambiente.*

Existía en nosotros una nueva sensibilidad. Por eso nos irritábamos de cosas que al resto del gacnápuro mundo le parecían bien. Eramos pesimistas por patriotismo y patriotas por pesimismo. Paradojalmente patriotas, nuestro patriotismo consistía en hablar mal de la patria, en decir la verdad, como otros hablan bien de ella, pero mienten.

Repudiábamos todo lo boliviano contemporáneo: nosotros queríamos vivir en la Bolivia de nuestros sueños. Queríamos modificar el ambiente, refinarlo, modernizarlo. Este patriotismo tiene su raíz en el egoísmo estético: por eso es desencantado y amargo como el de Flaubert.

Cualquiera que hubiese sido nuestra "forma", se le dé o no valor a nuestra generación, se la tome o no en cuenta, lo cierto es que constituimos *una generación*, la de 1918, la generación de *Gesta Bárbara*.

Será una generación sin optimismo, sin credulidad y sin dinero, una generación de "pueblo chico", en fin, pero, es "una generación".

"*No me podrán quitar el dolorido sentir*", dice Garcilaso en una de sus églogas sabrosas de agua y de arboleda. A nosotros tampoco: el dolorido sentir es nuestra insofrenable devoción estética y el sentimiento del paisaje potosino que hemos descubierto.

Nota de 1944.

---

(1) "Juan Cajal", hoy, Gamaliel Churata. Mucho habría que escri-

bir sobre su entonces "genial" personalidad y su labor, verdaderamente evangélica en Potosí. Lo cierto es que el gran corazón y gran espíritu que es Churata, más que el bíblico precursor del Mesías, el Gamaliel hebreo, nos resultó el Divino Maestro, porque de los dispersos galileos que éramos, nos conjunció y nos enseñó a ser revolucionarios como Cristo y nos infundió el ánimo, nos insufló la audacia para asaltar el mosaico templo de la rutina aldeana, derribar, iconoclasticamente, los "ídolos del foro" y "los ídolos de la tribu" y predicar la Buena Nueva de la redención estética. Para lo que si ya no tuvimos fuerzas, ni nos propusimos siquiera, fue para redimir a ninguna Magdalena de las greñudas y blandas que aguantaban nuestros versos en los mechinales de la calle "Quijarro". Estética elevada; amor y té-con-té baratos. Juventud, divino tesoro...

Ya se ha ido... Y sin prometernos, tal vez, un "alba de oro". Mas, en la melancolía del otoño de nuestra Gesta lírica, ¡cuán grato nos es recordar "la alegría de ayer" y gustar, con pura satisfacción, el hesiódico fruto, bien granado, de los pasados "días y trabajos", en la serena dulzura del atardecer...

Nota de 1944.

# DE POTOSÍ A TUPIZA O LOS DOS PAISAJES

*Je ne puis tenir registre de ma vie par mes  
action; fortune les met trop bas; je le tiens  
par mes fantasies.*

Montaigne

SIEMPRE QUE VIAJO DE POTOSÍ por estas mis buenas y familiares tierras del sur, chicheñas, me sobrecoje un sentimiento de panteista confraternización con el paisaje: frente a la diversidad de panoramas van despertándose emociones y sugerencias a cual más deleitables que uno quisiera retener aunque no fuese más que con lo impreciso, lo infiel de la palabra escrita.

Hoy he vuesto a hacer este recorrido en automóvil expreso. Hemos salido de Potosí a las nueve de la mañana. Sopla un viento frío. El vehículo, al zarpar, da unos tremendos barquinazos. El chófer protesta, rabioso, con razón: — ¡Lo peor de todo el camino es la salida de la ciudad!

Pasamos por el camino del Real Ingenio. A nuestra diestra se alza el Cerro Rico que visto de cerca ni parece tan elevado, ni sugestivo: rompe la uniformidad de su bello color rojizo, visto de lejos el gris plata y el azuloso de los desmontes y bocaminas. La mañana es clara. A la izquierda, como muy próximos, se destacan los cerros pardo-rojizos del Ckari-Ckari.

Al tramontar el abra, torno la mirada atrás: a la falda del Cerro se avizora la mole parda de la ciudad en cuyo centro se yerguen los campanarios esbeltos de la Catedral. Al fondo, la hermosa Cordillera de "Los Frailes", donde la atmósfera diamantina de la mañana diafaniza una levedad de azul etéreo, ensoñador, que me recuerda ese fondo, también azul y blanco del Guadarrama, de "La Rendición de Breda" de Velásquez...

Faldeamos por la margen derecha del Cerro; luego vamos descendiendo a una llanura; al noreste se perfilan las serranías de Porco, sonrosadas en los resaltes; azulencas, sombrosas, en las hondonadas; de un azul casi negro en las anfractuosidades más lejanas.

Llegamos a Laja-tambo y marchamos por el camino de Cucho-Ingenio y La Lava. A la izquierda del camino corre la cordillera de Laja, elevada, granítica, pero ya con alguna vegetación de *keuña* que la enverdece. Al fondo, hacia el sur, se divisa el otro panorama de montañas arropadas en tules de un celeste crema desvaído.

Ya estamos en Cucho-Ingenio, en cuya cabecera nos sorprende, encantándonos la vista y el espíritu, un macizo de eucaliptus verdosos y prósperos en pleno invierno y en este paisaje áspero de serranía y puna. Estos fueron, acaso, los primeros eucaliptus que se plantaron en tierra boliviana. Los plantó aquel hombre constructor y creador de buenos caminos y de bellos paisajes, don Aniceto Arce. Las raíces, para sostenerse al borde del camino cortado por la urgencia del ensanche de la trocha para automóviles, han horadado la peña como a una profundidad de diez metros. ¡Qué esfuerzo tan enorme, qué lucha más titánica han tenido que desplegar estas raíces de tan esbeltos árboles contra la tierra dura y el clima hostil, pero han concluído por vencer y son un himno de gracia y de hermosura que pregona la gloria — mejor que estatuas y monumentos — del prócer boliviano que tan amorosamente los enraizó en esta tierra agreste!

Por una ancha vía, en línea recta, — camino construído también por Arce — nos encaminamos a la casa patronal de La Lava. El paisaje se abre en un gigantesco anfiteatro circunscrito por agudas y soberbias montañas. Al noreste, por el lado de Potosí, hay una serranía de una como grácil tonalidad rosada y violeta acuoso; al este se empinan las moles cárdenas de los cerros de Andacaba, ahora encapotados, en las cúspides, de una bruna opaca, mientras hacia el sur, las serranías, menos elevadas, menos hieráticas, contrastan con sus graciosas curvas la majestuosidad severa e imponente, de áspera grandeza, de este escenario de grandes cimas, grave, enérgico, litúrgico.

Vencemos la llanura de La Lava y comenzamos a descender por una angosta cuesta, con dirección al villorrio de Caiza. El viento hostil de la puna va cesando. Sopla ahora un relente tibio. La temperatura comienza a ser agradable. Sin embargo, como nos encontramos en invierno, el arbolado de petiza keuña se muestra parduzco o de un verde-gris. En llegando a Caiza, la quebrada se ensancha; uno que otro eucalipto y algunos molles, de júcunda verdosidad, y lánguidos sauce-llorones de enamarillecidas ramas a la margen del cristalino riache, ponen una nota de sonriente dulcedumbre eglógica sobre el fondo gris de la peñería. El río discurre bullicioso; la atmósfera, diáfana, es riente, carece de esa transparencia metálica del ambiente de la sierra.

El *Buick*, rápido, corta las aguas con una brusca cuchillada. En Jari-palca, el río de Caiza se enriquece con las aguas que bajan de Yura; la quebrada continúa ensanchándose hasta Saro-palca. De rato en rato, los esbeltos indios *toropalqueños*, que llevan sus vendimias a Potosí, cruzan por el camino arreando sus lentas recuas de burros. Contemplamos, admirados, la silueta garbosa, realmente bizarra, como de hombres nacidos para ser unos napoleónicos "granaderos", de estos próceres toropalqueños de blanco calzón corto, chaqueta azul y sombrero blanco también, de angostas alas.

— Ahora tenemos que pasar el vado hondo — observa el chófer — y es necesario vencerlo antes del deshielo.

El vado es profundo y ancho; las aguas, leonadas, golpean furiosas, los guardabarras del carro: pasamos bien. Adelante!

Playa abajo se larga el río que a las tres leguas ya es el caudaloso Tumusla. Dejamos la playa y tomando por una estrecha subida, llegamos a Kara-kara y cinco kilómetros más allá a Quirve, antigua posta para viajeros a caballo, arrieros y trajinantes; famosa por sus ínclitas vinchucas.

De Quirve adelante se presenta la terrible quebrada de Yerva-acero.

— ¿Por qué terrible? Esta es la historia. Cuando se viaja a caballo por esta tremenda quebrada — 35 kilómetros — bajo un bochorno abrumador, con una sed espantosa, porque aquí es imposible conseguir ni una gota de agua para el caminante imprevisor, y una exudación de los mil demonios, entonces se sabe lo que es viajar por los caminos de Bolivia. Pero a los que hemos viajado mucho a caballo, desde niños, por los caminos de la patria, nos queda, en desquite, la honda satisfacción de decir con Gonzalo Zaldumbide que ningún americano realmente conoce y ama a su patria, si no la ha recorrido a caballo, — no en los cómodos vehículos de ahora.

Las colinas de esta quebrada, — para mí de tantos recuerdos de la adolescencia — está cubierta ya de un tupido arbolado de churqui: churqui y churqui. Se llega a la finca de Escara con el sabor del churqui.

En la quebradita de Escara, ascendemos por una pequeña cuesta y, a todo correr, nos dirigimos a Cotagaita, la histórica, aunque hoy tan desmedrada, tan venida a menos, capital de la provincia Nor Chichas. Las colinas del dintorno son bajitas, de graciosa periferia: este ya es otro paisaje, de líneas precisas, medidas; con Spengler, diríamos "euclidiano": no hay aquí la hirsuta grandeza andina, ni la solemnidad austera y "monoteística" del Altiplano. Es, al

contrario, un paisaje de una virgiliana gracia sonriente que invita a la pastoril dulzura de vivir la plácida vida hogareña.

Hacia el atardecer llegamos a la cumbre de una abra baja: al pie de la quebrada se destaca el caserío parduzco de Cotagaita, protegido por un dique de cal y canto y donde el arbolado de molles, en su mayoría, algunos macizos de álamos y uno que otro eucalipto en las chacras ribereñas le dan al pueblo un deleitoso panorama de égloga como el fondo de una viñeta dieciochesca desteñida por el invierno y por el tiempo...

\*

A la mañana siguiente partimos con el alba. El campo que recorreremos es semejante al que venimos contemplando desde Toropalca: quebradas cubiertas de espeso arbolado de churquis y algarrobos, palquis y molles; sembradíos de maíz y alfalfares, ahora yermos, amarillentos. Cruzamos por las típicas "comunidades" de indios, cada una de ellas con su propia vestimenta diferenciadora, sus costumbres y ritos tradicionales, Cazón, Fanari, Totorá, hasta llegar a Almona.

Al trepar por la empinada cuesta de Almona, otra vez vienen a labios del chófer sus indignadas protestas del mal camino. Las curvas son muy violentas, la trocha muy angosta. En fin, algún día se acordarán de esta pobre cuesta las autoridades nacionales. Nosotros, mientras tanto, gracias a Dios y a la pericia del chófer — es un holandés, arraigado en Potosí — vamos ya caminando cuesta abajo, con dirección a los amplios pastales y las tierras férricas de Saló. Estas son ya las tierras de los jocundos alfalfares, ricas en bíblico ganado y en hombres guapos, *agachados*. A ambos lados de las quebradas se extienden amplias llanuras, sembradíos en barbecho. Profusión de bueyes escarban los pajonales; tropas de caballos, mulos y asnos pastan o corretean por los alfalfares; las serranías,

constituídas por una blanca roca arenisca muestran unas caprichosas y fantásticas arquitecturas, pirámides, monolitos, castillos, columnas truncadas, obra toda de las lluvias. Bajamos a la playa frente a la hacienda de Tambillos.

La fisonomía que presenta el paisaje es más sugestiva: al pie de los cerros fronteros cruza ahora la línea del ferrocarril; pintorescas viviendas enjalbegadas y con techo de teja, se asientan a la cabecera de los sembradíos; en las lindes, cimbreantes eucaliptus sacuden su gayo penacho: es éste un paisaje grácil, leve, elegante. En el fondo, corre la serranía tupiceña, muy roja, o, mejor, de un sepia rojizo tan pronunciado, que parece un paisaje recién pintado por un artista de tan brioso colorido como Delacroix o un impresionista como Renoir. En el aire sereno, translúcido, flota un hálito de gracia sonriente.

Al llegar a Tupiza siento una impresión de claridad y de fuerza como si fuera un hombre del Renacimiento. Una mujer que pasa, sin embargo, se lleva en sus ojos negros, anchos y ternurosos, toda la grácil luminosidad, la elegancia de la mañana. Fugitiva emoción de la belleza transeúnte. Hora de plácida euforia que, como todas las cosas belas, pasa fugaz e inasequible en la inexorable y abrumadora corriente del tiempo...

## C R O N I C A   D E L   O T O Ñ O

YA ESTAN LLEGANDO LOS DIAS entopaciados, pensativos y lánguidos del otoño en que la difuminada luz amarillenta profundiza la lejanía de los horizontes, despertando en el espíritu ese propio sentimiento de "melancolía otoñal", alma de la mejor lírica de Holderlin y Verlaine...

Tardes de otoño donde el sol extenuado se desangra en una infinita agonía de oro viejo, de violeta marchito y, por fin, de cárdeno oscuro, y parece complacerse, con mórbido deliquio, en prolongar su agonía hasta más allá del anochecido en que en las alargadas brumas ya enlivedidas, flotan aún unos rayos de luz perlina con chispas de oro como en la "Ronda de Noche" de Rembrandt.

Tardes de otoño llenas de discreta melancolía como el alma de una virgen marchita, cómo sabes ser, exquisito otoño, resignadamente triste y amablemente resignado!...

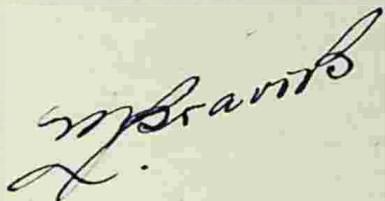
Tú no tienes la estrepitosa euforia floral de la Primavera, ni la fiebre cantarina del Estío y no has llegado aún a la senilidad inverniza y, por eso mismo, porque no eres "un color", sino "un matiz", eres algo tan frágil como un lirio y por eso eres dulce en tu quebranto, sobrio en tus amarguras y conoces el arte del ritmo y la medida. En tu languidecente tristeza de todo lo que se aproxima a su término, en tu delicadeza de fin de aristocracia, nos evocas la fugacidad de la existencia y nos confirmas la inanidad de todos los placeres. Eres flor de decadencia, luz crepuscular de un alma desencantada.

Otoño, melancolía discreta, lágrima contenida que se esconde en una sonrisa, sé nuestro maestro: enséñanos la fina distinción de la urbanidad para la queja, la medida para la risa, el señorío en el dolor. Nosotros también, Otoño, ya nos estamos sintiendo un poco viejos y un poco tristes; no estamos aún en nuestro otoño, pero han rociado ya por el suelo aquellas glaucas hojas que creíamos imperecederas; la vida nos está pareciendo una Loreley que entrega sus mejores encantos a quien menos lo merece y sabemos ya que todo, juventud, amor, belleza, habían sido "verduras de las eras".

Otoño, maestro de melancolía y cordura, trasmítenos tu inefable fineza: enséñanos a despreciar con inteligencia a nuestros enemigos y a no acordarnos de sentir la tristeza del bien ajeno. Enséñanos a no apasionarnos ilusos y veleidosos, porque el amor traiciona, el bien es caduco y el mal irreparable. Porque tú, Otoño; no puedes ser otra cosa que mujer convertida en naturaleza, la "mujer de treinta años" que descubrió Balzac, aquella Clara de Eglemont que conoce ya el arte sutil de "elegir" y sabe perdonar todo, porque ha sufrido tanto...

Otoño, tú nos dices que todas las cosas bellas son fugaces: tienes el íntimo sentimiento de las cosas que se acaban pronto y, por eso, sabes extraer del minuto que pasa, la gota de miel que recata para calmar la ardiente sed de las almas: danos lecciones de discreción y enséñanos a contentarnos con lo poco que somos y el poco bien que aun podemos demandar de la vida y lo poco que ella, en buena cuenta, puede darnos, para que, como recomendaba el clásico, "sin esperanzas locas, sean nuestros deseos cuerdos".

## LAS TIERRAS FERTILES, ABANDONADAS



La tierra que no es labrada,  
llevará abrojos y espinas, aun-  
que sea fértil.

Santa Teresa. — Aviso para  
sus monjas.

FUE EN AQUELLA TIERRA CINTENA donde, como en la Italia de Dante, florece el limonero y las cepas de vid se enroscan a los árboles con estremecimientos de mujer o de serpiente.

Fue hacia el mediodía y en aquel paisaje pintado por un veneciano del color o un Delacroix o Goya, donde a las faldas de los cerros de púrpura verdeguean los viñedos hasta rematar en el Río Grande, con sus cantarinas y leonadas aguas que — cual símbolo del amor de Verona — besando flores y cantando, pasa.

La atmósfera es de fragua. Cada partícula de éter es una ascua de vidrio. Los caminantes, por reportarnos de la caligine, acogímonos a la hospitalidad de una buena señora que nos dio buen vino a la sombra de un parral, al punto salió la heredera, una moza mohina, una de esas mozas morenas que esconde en sus ojos llameantes y parleros la ciencia de todo el bien y todo el mal y que exhalan ese aroma capitoso de la tierra llovida y la flor de madreSelva. Moza morena en quien la naturaleza se ha extremado en realzar sus fines trascendentales. Nacida con tan caudalosa corriente para el amor fecundo como se desprenden

los ríos bullidores de la nieve de las cumbres.

Y, sin embargo... Nadie, en la olvidada campiña, quien salte por encima de la tapia del jardín para robar la fruta del cercado ajeno. Pronto ya no sería más que una mustia doncella.

El naranjo comienza ya a darse en aquellas tierras. Aunque el fruto es pequeño y agrio, se magnifica en el regalo nupcial de los azahares.

Al despedirnos, ya de tarde, y desde la cabalgadura, ¡ti el adiós para siempre al llameante mirar de aquella morena de ojos gitanos, la vi lánguidamente reclinada a la sombra del naranjo florido. ¡De aquel naranjo que para no dar sino un fruto agrio se había prodigado en tanta blancura de azahar! ¡Flor del azahar que nunca ceñiría la frente de una desposada! Y me acordé, con Antonio Machado:

*“Bajo la sombra florida  
me he parado a meditar...  
¡Juventud, nunca vivida,  
quien te volviera a soñar!...”*



Cuenta Eca de Queiroz que “una pastora medio salvaje de las Ardennas, que nunca viera otro espectáculo más grato a su corazón, sino el de las cabras que guardaba, fue traída un día desde sus serranías a París, cuando en el bulevar pasaba, con la bandera tricolor al viento, un regimiento en marcha, la pobre doncella púsose pálida como la cera y sólo pudo murmurar con una beatitud suprema:

— ¡Jesús, cuánto hombre...!”

A nosotros nos pasó al revés, cuando llegamos a la fiesta de Santa Rosa en Sircalaya. Estaba saliendo la concurrencia de la capilla. El alférez, un afincado de la región, y otros más, traían el santo en la peana. A continuación venían las mujeres:

— ¡Jesús, cuanta mujer bonita...!

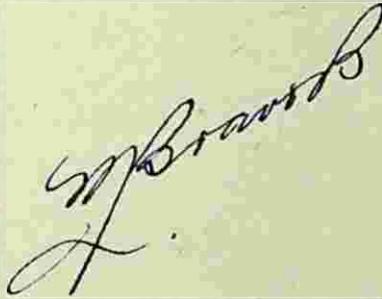
Bailamos festejando a Santa Rosa, todo el día. Los caballeros andantes éramos tres y las damas de nuestros pensamientos pasaban de veinte.

Hacia el atardecer fuimos a gustar brevas y beber vino, a la huerta. Las higueras, cuajadas de frutas. Le pregunté al alférez:

— Y ¿qué hacen ustedes cuando no pueden vender todas las brevas?

— Pues dejamos que se caigan de maduras y se las coman los cerdos.

¡Pobre Bolivia! ¡Las tierras fértiles abandonadas!...

A handwritten signature in black ink, written in a cursive style. The signature appears to be "W. Brand" and is enclosed in a thin black rectangular border.

## LA CIUDAD ESTA TRANQUILA, PERO TRISTE Y AFLIGIDA

"Crónica Potosina" que  
se le olvidó a Omiste.

EL LUNES, A LAS NUEVE EN PUNTO, se ha dirigido el señor Prefecto a su despacho, como siempre, puntual y laborioso. Ha tocado el timbre. Se ha presentado el portero. Le ha saludado respetuosamente. El señor Prefecto le ha preguntado:

— ¿Y cómo está la ciudad?

— La ciudad, señor — le ha contestado el portero — está tranquila, pero triste y afligida.

El señor Prefecto se ha puesto pensativo. Ha frunció el ceño; ha apoyado el codo sobre la mesa y se ha preguntado como el poeta:

— La ciudad está triste... ¿Qué tendrá la ciudad?

A poco rato ha caído el doctor Salas Mallo, agitando su bastón, sereno y sonriente, con aquel aire tan sencillo, aquel agrado, que va diciendo a todo el que lo advierte, — como en la fábula de La Lechera — yo sí que estoy contento... con el Prefecto. Pero lo ha encontrado a su regio amigo triste, pensativo, cogitabundo. Este le ha inquirido:

— ¿Y cómo está Potosí?

— Potosí, me parece... — ha respondido el doctor Salas Mallo — está tranquilo, no más, pero hay cierta tristeza,

decaimiento, en fin... Pero, ¿qué quieres? la situación está mala: la baja del estaño, la carestía de víveres, la captura de omisos, el viaje de Sánchez a Caiza, la huelga de los empleados de Justicia, el atraso en el... y ¿de dónde quiere usted que saque estas cosas? La situación del Tesoro Nacional está, como la princesa de Rubén Darío, triste. El empréstito se ha desvanecido como las nubes cuando las bate el viento. El mismo Partido puede hacer suyos estos versos de la "Sonatina":

*"El jardín puebla el triunfo de los pavos reales;  
parlanchina, la dueña, dice cosas vanales,  
y vestido de rojo, piruetea el bufón.  
La princesa no ríe, la princesa no siente;  
la princesa persigue por el cielo de Oriente,  
la libélula vaga de una vaga ilusión.*

— Sí, amigo don Augusto — agrega el señor Prefecto — yo también voy siguiendo por el cielo del norte... la libélula vaga de una vaga ilusión. La ilusión de poder pagar los sueldos de los empleados al día. Pero esto sólo podría realizarse si el príncipe de Golconda o de China, quiero decir si Patiño o Aramayo, o uno de estos capitalistas dueños de los encantados diamantes de Uncía, Llallagua o Tasna, se animara a aflojar algo de lo mucho que le sobra. Pero nuestros capitalistas, usted vé, señor Soux, son como aquel personaje de Moliere, ¿se acuerda usted...?, aquel a quien su amigo Maitre Jacques, le acusaba de empeñarse en "*trouver une raison de ne leuer rien*" o para decirlo en vulgar romance, "esforzarse en encontrar una razón para no aflojar un centavo". Estos Harpagones se olvidan de la patria, se van a Europa y cuando se les solicita un empréstito, nos amenazan con una revolución. Es terrible, don Augusto. Y, mientras tanto, el pueblo trabaja, el pueblo sufre, el pueblo paga impuestos, compra Carnet de Identidad, presenta su Libreta del Servicio Militar, hace su Declaración de esta-

do; el pueblo escarba la tierra, agujerea los socavones, viaja al Chaco, el pueblo come su pan mojado con sus lágrimas. Y, mientras tanto, nuestros grandes capitalistas, nuestros dichosos millonarios, dueños de las Islas Fragantes, de los diamantes de Golconda y las perlas de Ormuz, o sea del estaño de Uncía, del bismuto de Tasna y de los gomales del Beni, se van, nos dejan, nos olvidan... Y se van como las golondrinas de Bécquer. Esos... esos no volverán! Y, esto, don Augusto, no puede ser... No puede ser! Yo sufro mucho... Yo sufro mucho!...

Don Augusto le ha replicado, muy contristado también:

— Sí, señor Prefecto, todos sufrimos en este valle de lágrimas y de Comités de Fiestas patrias sin fondos y sin quorum!

La primera autoridad se ha puesto en pie y ha comenzado a pasearse por el saloncillo de la Prefectura. Luego se ha detenido delante de don Augusto y con sonriente franqueza en el rostro moreno y regordete, en tono confidencial y hasta íntimo, le ha dicho:

*Oh, quién fuera hipsipila que dejó la crisálida!  
O quién fuera Romero que dejó la Prefectura!...*

El Presidente del Comité de Fiestas Patrias se ha despedido. Se ha salido triste también. Y un sordo desgano ha ido ganándole el ánimo: el pueblo quiere celebrar su festival cívico, pero el Comité no se reúne:

— Tendré que hacerlos traer a lazo como hago con el ganado cerrero en Caiza. Y, en cuanto a fondos...

El señor Prefecto se ha quedado triste, disperso, nostálgico, pensando:

— El pueblo está triste... Quién volara a una tierra donde un Patiño existe, más brillante que el alba, más hermoso que abril!

Al poco rato, Callejo, el portero, minúsculo y vivaracho como un gnomo de la mitología nórdica, se ha presentado todo tembloroso y alarmado:

— Señor Prefecto — le ha dicho — le buscan unas personas pálidas, tristes, sombrías, con una cara de hambre que da miedo!...

— ¿Quiénes son? — ha preguntado el señor Prefecto.

— Son los profesores!

El señor Prefecto se ha puesto pálido, sudoroso, sombrío. Ha sentido en ese momento ese escalofrío de fatalidad y desolación, ese estremecimiento gélido y espectral que nos hiela la sangre cuando, en las tragedias de Sófocles, Orestes degüella a su madre o Edipo se arranca los ojos.

— ¿Qué hago? — se ha preguntado. — Y en este terrible momento, el señor Prefecto ha sufrido, por el magisterio, ese sentimiento de *horror y piedad*, la *catharsis* aristotélica que experimentaban los griegos del tiempo de Pericles, cuando concurrían a la representación del “Prometeo encadenado” o de “Los Siete contra Tebas”. Y como el señor Prefecto es un hombre culto y patriota, que conoce el valor de la educación, ha reflexionado:

— Sí, matar al magisterio de hambre es igual que matar a nuestra madre, como en “Electra” y no velar por la instrucción, es arrancarse los ojos como Edipo.

Estaba por mandarles decir que ese día no era de audiencia, pero con un gesto de profunda amargura y abatimiento, ha dicho:

— Dígales que pasen, pero no todos: solamente los Directores.

En cuanto han ingresado al salón Prefectural como una irrupción de los cuatro asnos del Apocalipsis, han comenzado unos a balbucir palabras, incoherentes y delirantes como si en un violento ataque de esquizofrenia hubiesen perdido las facultades ilativas, otros a gimotear y sollozar como si se les hubiese muerto un pariente y algunas maestritas sentimentales ya no han podido más y se han puesto a

llorar a lágrima viva y pierna suelta.

El más sereno de entre ellos, don Arturo Aranibar, después de un rato, ha podido recobrar el uso de la palabra y ha dicho, interceptando sus palabras con sus hipidos de dolor:

*Señor!... Señor!.. El pájaro perdido  
puede hallar en los bosques el sustento,  
en cualquier árbol fabricar el nido,  
y a cualquier hora atravesar el viento!*

*Y el maestro, el siervo que a la tierra envías,  
armado para entrar a la contienda,  
no sabe al despertar todos los días,  
en qué desierto plantará su tienda!*

— Sí, tienen ustedes razón — le ha contestado el señor Prefecto. — Pero, cálmese, señor Aranibar: se les va a cancelar sus haberes en estos días. Sólo espero el regreso de mi Tesorero, el señor Roberto Sánchez, que ha ido a las bodas de Camacho, a Caiza, para descansar de sus fatigas de financista *in partibus infidelium*. Ustedes saben que mi Tesorero es un hombre tan ducho en cuestiones económicas que, por satisfacer las necesidades del magisterio, es capaz hasta de convertir el agua del río Yura en un manantial de vino.

— Pero, señor Prefecto — le ha replicado el señor Aranibar: — Mire usted, pues, que no es justo que después de habernos sometido al purgatorio de estos quince días de espera y cuando aguardamos la llegada de usted, señor Prefecto, como la del Santo Advenimiento, el señor Tesorero nos haga este desaire tan magnífico de irse... a las bodas de Camacho, dejándonos con un palmo de narices.

— Sí, señor Director, — le ha reflexionado el señor Prefecto: — Tengan ustedes paciencia y recuerden las máximas del Evangelio: “Los últimos serán los primeros”. En el curso de estos meses de vacaciones iremos abonándoles a

ustedes primero, antes que a la Policía y a los Jueces, sus haberes al día.

Los profesores, abrumados con las máximas del Evangelio, se han salido de la casa gubernamental, con un sentimiento trágico de la vida.



Mas, no han parado ahí las tribulaciones del señor Gobernador. Luego han ido "cayendo" en su despacho los Jueces, los empleados de la Administración, los pacos de la Policía, los representantes de la banca, del comercio, de la minería. Todos le han confirmado la noticia que en la mañana le diera el diligente y perspicaz Callejo, el portero:

— "La ciudad está tranquila, pero triste y afligida".

Meditando en el sentido esotérico de esta frase y recogiendo el ritmo de ella con su fino oído el señor Prefecto, se ha dicho:

— Ha resultado verso: un *octosilabo troqueo* perfecto:

*La ciudad está tranquila,  
pero triste y afligida...*

Se parece a aquella tan bonita "Balada de la Espera" de mi amigo Peñaranda:

*Están las horas, mudas.  
Está la noche, negra.  
Amor, ¿por qué no vienes?  
Mi bien, ¿por qué no llegas?  
Qué tristes y qué largas  
las horas de la espera!*

Y, sin embargo, qué ironía!, no verso, sino la pura verdad...

Y como durante toda la mañana sólo ha recibido visiones tristes, sólo ha visto caras largas, estómagos dolientes

y espíritus mustios, por reponerse un poco, ha abierto las puertas del balcón que da a la plaza "10 de Noviembre" y se ha puesto a contemplar los jardines y aceras.

La mañana está nublada, triste y pálida también, como la princesa de Rubén Darío. No obstante de que estamos en primavera, sopla un airecillo frío, socarrón y traicionero como el alma de una solterona pobre. Apenas algunos viandantes en la plaza. Todos con caras de poco amigos: comerciantes en quiebra, abogados sin pleitos, desocupados tediosos...

— Sí, — ha pensado el señor Prefecto: — El pueblo está tranquilo, pero triste y afligido. No: éste no es un buen síntoma. El pueblo sabe sufrir, pero, al fin, revienta. No vaya a estallar una revolución. Es necesario, por lo menos, darle una ilusión de bienestar. *Panem et circenses*.

Y ha redactado un telegrama a Su Excelencia Don Hernando, concebido en estos términos:

"Pueblo tranquilo, pero triste y afligido. Mande fondos y un escuadrón con música".

Y luego, cansado, fatigado, derrengado, se ha entrado a las habitaciones interiores, diciendo para su capote, pensativo y cogitabundo:

— Sí, yo también estoy tranquilo, pero triste... Triste y afligido.

## PUEBLOS TERROSOS, VIDAS DERROTADAS

VIVIR EN UNA ALDEA, o verse obligado a acudir a ella por alguna necesidad premiosa, cuando se habita, como yo ahora, en pleno campo agreste, donde se carece de todo, es para conocer la vida nacional en su intimidad... Mal que bien, las ciudades y aun algunas capitales de provincia, ofrecen facilidades para la vida y hasta se puede disfrutar de algunos momentos de cordial comprensión de espíritu con algún raro hombre: vivir en estos pueblos terrosos, sin más forzada convivencia que estas vidas derrotadas de la aldea indio-mestiza, es para experimentar todo lo áspero, hirsuto, incomprensivo, hurraño y hostil que tiene el alma del aldeano, expresión de la tierra mísera, del terrazgo duro, de la serranía hosca, de la montaña abrupta, de todo lo inculto, solitario y zahareño que conservan estas peñerías en cuyas faldas se agarran los caseríos del villorrio o el burgo que desafiando los accidentes de la topografía, se agazapa en el fondo de las quebradas.

El hombre de la ciudad — si es culto, abierto de espíritu, comunicativo y sociable, — de lo primero que sufre en la aldea, es de la falta de convivencia social. Por lo pronto, alternar con los indios, aunque mal que bien se conozca el idioma, es difícil, y la intercomunicación casi imposible, por la abismática distancia de cultura y sensibilidad. Los indios viven en un orbe distinto, con preocupaciones tan ajenas a la cordialidad espiritual, que el departir obligado es un sacrificio para ambos, un sufrimiento antes que un placer:

el indio se esforzará en vano para ponerse a la altura del ciudadano; éste hará esfuerzos inútiles para rebajarse al nivel del indio, hombre ya puramente elemental, *fellah*.

Cuanto al habitante de la aldea, lo primero que choca en él es su horror a la comunicación con "el forastero", *el extraño*. Y es que, en esencia, no es que el aldeano es hurafío sólo con "el forastero": lo patético es su carencia de sentido social, su hirsuto individualismo, siempre a "*la defensiva*" y, en suma, su falta de humanidad, su inhumanismo.

Podría narrar, al respecto, casos que espantan. Como a unos cien metros, apenas, de mi actual morada, hay un caserón patriarcal. La familia que lo habitaba se componía del padre, tres hijos varones y tres mujeres. Murió el padre; los varones emigraron en pos de trabajo a las minas del Chorolque y Chocaya; las tres hermanas quedaron en el caserón. Pronto, incapaces de convivir en hogareña fraternidad, velando juntas por la heredad paterna, surgieron las enconadas disputas por la casa y por pequeñas parcelas de sembradío que les correspondió en el deslinde hereditario. Empero, esto no es lo malo: la mayor de las tres hermanas comenzó a sufrir de parálisis desde su adolescencia. Ella ha ido en progreso. Actualmente está completamente baldada de las extremidades inferiores: no puede moverse de su lecho. Pues las hermanas menores, después de que se dividieron el caserón, hicieron poner una puerta de calle — que en este caso lo propio sería decir "puerta de campo" — distinta a cada parte. Ahora no la visitan "a la tullida" — así la designan — sino cuando a ello les impulsa el interés. La hermana menor, especie de Harpagón con faldas, de un extensivo e intensivo sentido económico, poco menos que nunca va donde la hermana baldada. Se explica: no necesita de ella. La otra, que es "una divertida", lo hace sólo por saquearla, sin el menor escrúpulo, lo poco que ya a la parálitica le resta de su patrimonio.

La hermana mayor está hoy al borde de la miseria, naturalmente. Nadie ha tenido jamás un gesto de piedad

con ella. No quiero referirme a pormenores que por la infamia que revelan, ofenden la dignidad humana.

Una prima mía, se largó en luciferinas vociferaciones, en mi contra, porque se rompió una taza de café, que por casualidad me invitó una mañana en que yo — esto pasó en la capital de la provincia — no pude conseguir un vaso de agua, porque allí, el agua, es un artículo de lujo. Este dato, para su "Itinerario Espiritual de Bolivia", querido y nobilísimo José Eduardo...



Se ha ideologizado mucho acerca del indio. Lo que voy a decir, a buen seguro, no es una novedad. El indio, por muy trabajosa que sea su vida, vive, en cambio, de acuerdo con lo que en terminología spengleriana diríamos "su paisaje". Es un fruto de la tierra. Ella es su madre, "la madre tierra", la "Pachamama". Telúrica y étnicamente es un adaptado al medio, aunque ese medio es tan desolado y huraño, tan avaro con el hombre, como es el altiplano. Precisamente por eso el indio vive más ligado a la tierra dura, porque como con tan certera penetración ya dijo Romain Rolland en "Juan Cristóbal": "No son los países más hermosos, ni aquellos en que la vida es más agradable los que adquieren mayor imperio sobre el corazón, sino aquellos en que la tierra es más desnuda, se halla más cerca del hombre y le habla en un lenguaje íntimo y familiar."

En cambio, los que poco o nada tenemos de indio, los que por nuestra malaventura somos un retoño enteco y reseco del viejo tronco hispano que está agonizando en América, esos, resultamos ajenos al paisaje y vivimos con un alma sin tierra donde adherirnos, con anhelos de otro clima de la cultura. Cargamos en el espíritu todo el quebranto de nuestra desventura étnica y, fatalmente, nos sentimos con algo malogrado: hemos nacido condenados al fracaso. No nos queda otra cosa que la resignación inerte ante la vida derrotada.

De esta clase de "vidas derrotadas" he encontrado algunos arquetipos en la aldea terrosa. ¡Qué emoción tan amarga me sobrecogió — hace ya años de esto — cuando al visitar la aldea de Chocloca, encontré ahí, perdida en medio de la rústica pardura de la indiada y la chillería policroma de la cholada en fiesta, a una joven de marfileña fisonomía y grácil talle, vestida de blanco y con una expresión de infinita tristeza en las verdes pupilas. Su padre fue un rico hacendado de estas regiones, don Juan Araya. Muerto él, la madre perdió casa y hacienda en manos de los rábulas del burgo mestizo. Pronto cayó en la miseria. Rosalía — así se llamaba la muchacha exótica en la aldea parda — sostenía en su digna pobreza a la madre, con la costura y enseñando a leer a algunos rapaces del villorrio. Me cuentan ahora que Rosalía, no pudiendo sobrevivir a la muerte de su madre, falleció también poco después. Feliz ella que murió a tiempo.

Hay otra, que viéndose obligada a vivir en compañía de la manceba de su hermano, una chola gruesa y grasienta, vendedora de chicha y *cañazo*, se ha enloquecido. Y hay el caso de la señorita de fina estirpe castiza que ha concluído por ser "querida" de un cholote que, a cambio del dinero que él gasta en copas, — dinero de la mujer — le suministra cada paliza, con rebenque trenzado, como acostumbra hacer con los caballos cuando quiere dárselas de domador de bestias bravas. Ella se ha sometido a ponerse "pollera", a "cholicarse". Lo conmovedor, en provincias, no es el caso del "caballero", del "decente", que se "enchola". Eso es pan de cada día. Lo doloroso es el caso de la señorita de abolengo que se "cholicifica". Para ellas la pateadura, el látigo e ir a quejarse al demonio.



Hay ocasiones en que a uno le persigue la obsesión de la tierra. No de la buena tierra llovida, con olor a mujer

enamorada, o de la tierra de labor, con sabor de fecundidad propicia a la sementera, sino de lo "terroso", del poblacho todo con casas de adobe, con techumbre de "torta" y el piso polvoriento, y de la tierra que el viento comienza por llenar los muebles, el lecho, el vestido, el agua de beber y que hace lagrimear los ojos y se impregna en los dientes y concluye por entrarse en el espíritu.

La aldea es *terrosa* y esa terrosidad que se respira por todas partes, ha terrificado también las almas y los corazones.



A la margen izquierda de un río de mísero caudal, un arroyo apenas, sobre la falda de una lomería cenicienta, de ralo monte de churqui, se asienta el pueblo de Chocloca. La entrada al villorrio hay que hacerla forzosamente por una especie de zaguán angosto y empinado que sirve a los buenos — o malos — moradores, de muladar donde se amontona la basura que unos cerdos flacos van hozando con obstinada porfía.

Se desemboca en la plazoleta del lugar, un cuadrilátero irregular con un seco molle en el centro. En la vereda norte, la iglesia, con el enjalbe lavado por las lluvias y la techumbre derrumbada en el ala derecha. Sepulcral silencio en el contorno. Todas las puertas de calle y de tiendas, cerradas.

El caminante va luego por una larga callejuela abrumada de sol y soledad. Algún raro vecino, al escuchar el inusitado tropel de un caballo, asoma curioso, su faz a la puerta de un tenducho. Luego, al punto, vuelve esquivo, a ingresar en su morada.



La vida económica del campesino y aun del aldeano en estas regiones, corresponde al primer estadio de la Econo-

mía: trueque de productos con prescindencia de la moneda. Cambian maíz o papas por coca o singani. Con dinero, es muy difícil, si no imposible, conseguir del indio estos artículos de urgencia primordial: leche, huevos, legumbres: con coca, sí. Y, se explica: ¿qué va a hacer el indio, en su miserable "chujlla" extraviada en la serranía, con papel moneda?

Se ha ponderado mucho la sobriedad del indio. Si el indio es sobrio, lo es porque no tiene otro remedio que serlo. Cuando la suerte le brinda la ocasión propicia, el indio come y bebe más que Sancio en las bodas de Camacho.



Hoy he ido nuevamente a Chocloca, aldea indo-mestiza distante cinco kilómetros de la "chacra" donde vivo. Cuando entraba al pueblo por el mencionado zaguán, una anciana, alta, magra, con aspecto de gitana mendicante, después de observarme de reojo, con cara de poco amigos, se aleja hosca. arrebuja en un sordo rencor; un cerdo menesteroso va hozando, desesperado, en el montón del basural mal oliente que engalana el ingreso al villorrio. He desmontado en la plazoleta.

Una chola gorda, morena, vestida de negro, está sentada, con aldeana quietud, en la puerta de su tenducho.

— Señora — la he dicho con la más cordial de mis expresiones — ¿Me podría vender pan?

— No hay, señor, — me ha contestado con tono lastimero. — Hace tiempo que ya no amasamos. Como la harina está ahora tan cara... Y si amasamos, como el pan se vende muy poco aquí, se endurece, perdemos la ganancia.

Se explica. Las tres o cuatro familias del burgo se lo fabrican en la casa. Para los indios, comprar pan, sería un lujo extraordinario. Eso es para "los *viracoches*". Ellos están bien con su "mote" y su "lagua". ¿Para qué más?

En la acera oriental de la plazoleta percibo la greguería de unos chiquillos.

— ¿Ahí está la escuela? — inquiero.

— Sí, — me responde.

— ¿Y el maestro?

— Allí está saliendo.

Lo observo: es petizo, con una joroba respetable, de Cuasimodo, y sale rengueando difícilmente. Es cojo.

— ¿Y, qué tal es? — Vuelvo a interrogar.

— “Ay, el pobre!... Como ya no podía trabajar en la mina de mi compadre don Juan de Dios, felizmente el señor Corregidor se lo ha conseguido que sea maistro”.

— Ah! Qué bien! Ahora tendrá de qué vivir...

— “Sí, vive fiándose de todo el mundo hasta que llegue su sueldo, cada tres o cuatro meses. Pero cuando recibe su sueldito, el pobre anda emborrachándose hasta quedarse sin ni medio. Es un tramposo sin vergüenza: a mí no hay cuando me pague de tres varas de tocuyo que le fié para que su querida se haga una camisa, porque la pobre ya estaba andando derramando trapos, hecha una harapienta”.

Me despido de la buena señora que no tiene pan, sino solamente coca, *llicta* y “trago” de chancaca, que, por ahora, no los preciso.

Trepo, a la salida de la plazoleta, por un callejón angosto y tomo por la calle principal, que es, también, la única del pueblo. Una calle sumergida en un cósmico silencio que se alarga serpenteando hasta desembocar en los sembradíos de maíz y los alfalfares que subsiguen al villaje. A la derecha de la calleja no se columbra ninguna sensación de vida: todas son ruinas: casas caídas, derruidas unas, dejadas a medio construir, otras; las proyectadas puertas y ventanas, se han quedado sin dinteles. A la izquierda, las casuchas que van ascendiendo por la loma, se escalonan caprichosamente, al azar de la topografía quebradeña del cerro. Casas destartaladas también. Mas, observando la arquitectura de ellas, no se puede menos de pensar que en

tiempos pasados el pueblo debió de haber sido más habitado, con moradas mejor construídas, de mejor vida. Hasta hay una casa de dos plantas, con un gran balcón saledizo que hoy, abandonado, amenaza desplomarse sobre el descuidado viandante.

▲

Chocloca!... Quietud de tarde, soledad de aldea. Pueblo terroso, vidas derrotadas. Quien ha vivido tu quietud, tu abandono y tu miseria, ha sentido la más honda emoción de patria, y puede decir: ¡Oh, buena y triste patria: te quiero por eso, porque eres pobre, triste y explotada. Me dueles en mi corazón como un aneurisma, porque ahora, en la aldea terrosa donde unas vidas derrotadas van arrastrando la penosa agonía de su desventura étnica, he compartido contigo, en la carne de mi alma, la carne amarga de tu íntimo dolor!

## LOS ARBOLES MELANCOLICOS...

Hoy, que hace sol, y es primavera, y que yo no tengo la fea costumbre de ser empleado público, para enterrar mi juventud en el fondo de una covacha oscura y maloliente, he querido tener una sensación placenterosa de vegetación, de vida eglógica y geórgica, aireada, limpia y clara. Me he sentido hermano de los árboles.

Y he salido esta mañana, y en la puerta de mi casa me he detenido a recordar: ¿dónde hay árboles en Potosí? ¿Dónde puedo encontrarme con estas buenas gentes, tan hermanas de los enfermos, los tristes y los enamorados? Y después de mucho buscar, me he convencido de que en la única parte donde hay árboles, árboles verdaderos, frondosos, con tronco, con ramas y hasta con frutos, es en el cinematógrafo. Y el cinema, como todo lo yanquilándicamente mecanizado, es algo que me da cien patadas en el estómago. En verdad os digo, yo soy muy poco, o nada cínico.

Y, descorazonado, me he dicho: — Ya que no hay donde ir a contemplar árboles en Potosí y yo no tengo nada que hacer, esperaré a que pase el primer perro para seguirlo.

Yo debo de ser algo ruso, como los rusos de Dostoyewsky. Tengo en mí tan adentrada la manía del autoanálisis como aquel pobre a quien llamaban "*El idiota*", el Príncipe Muichkin, que cuando no tengo nada que hacer, y aun cuando estoy haciendo algo urgente, no cejo de autoinspeccionarme. Y, me decía: — En mi alma debe haber el germen de un romanticismo sofrenado; hay anhelos, hay aspiraciones, hay ideales, para los que no he encontrado desaho-

go; late, en el fondo de mí, un espíritu de rebeldía, de protesta, de una cólera sorda, pero incoherente, vaga... Mientras estaba divagando de esta guisa, ha trastornado por la esquina una mujer de anchos ojos negros y caderas ondulantes que ha pasado frente a mí, sonriéndome. Y he comenzado a seguirla.

La buena moza ha venido bajando hasta llegar a la calle Comercio, donde ha entrado a la tienda *de un turco*. — ¡Ay, estos turcos, están resultando más gallos que Don Juan Tenorio! — he pensado — y, un poco triste, por no ser turco, tal vez, me he acogido a un banco de la plazuela "6 de Agosto" y he comenzado a contemplar los tristes saucitos que han plantado ahí recientemente. ¡Cómo se han secado los pobres! ¡Y, qué impresión de pena me han dado!...

He tenido la misma sensación que, cuando al visitar esos helados "Asilos de Huérfanos", ve uno esas hospiciantitas formalitas, uniformadas, humilladas, con el semblante inerte y el alma embotellada.

¡Qué pena da ver, en plena Primavera, unos árboles secos, sin ramas, sin hojas y sin esperanzas!... A estos pobres árboles los han traído desde su patria natal, los han desenraizado y los han plantado aquí, en esta tierra hosca, en este ambiente rígido, para que se mueran por falta de agua y de calor!...

Luego he divisado, en la puerta del Colegio "Pichincha", a un grupo de jóvenes universitarios.

— Estos jóvenes — he pensado — tan serios, tan solemnes, tan universitarios, están ahora preocupados de los exámenes de Licenciatura en Derecho. Deben rendirlos en el curso de la presente semana. Y claro que lo han de hacer muy bien, porque han estudiado mucho.

Han estudiado mucho ese libro respetable y temible que yo nunca he podido aprender: el "Procedimiento Civil y Criminal". Y han estudiado mucho porque sus padres, los padres de estos sus hijos, quieren que ellos sean abogados. Y tienen que ser abogados. Necesariamente abogados.

Fatalmente abogados. Terriblemente abogados. Estos jóvenes, ¿jóvenes?... No, primero tienen que ser abogados, después serán, si pueden, jóvenes.

Y me he dicho. — Estos árboles melancólicos, sin la verde ilusión de su fronda ¿no serán acaso un símbolo de la juventud potosina, marchita antes de florecer, huraña, reconcentrada, tímida y “formal”, con alma hospiciana, en plena primavera...?

Estos jóvenes que pasan cinco, diez, quince años, encerrados en un gélido colegio, junto a los libros de uso, quemándose las cejas, anublándose la vista y enflaqueciendo las carnes como si fueran los cartujanos Sanbrunos de la Jurisprudencia, o los Simeones Estilitas de la Criminología, que se disciplinan el alma con el cilicio de los “Procedimientos”, como los Santos Padres de la Iglesia de Antioquía se maceraban la carne inmunda; y van pasando su juventud sin disfrutar un momento de ilusión, sin salirse, siquiera un día, de las normas establecidas, preocupándose del “empleo” desde la adolescencia y pensando en “la cuestión económica” en esa edad en que había que idealizar sobre el amor y la libertad, ¿no serán — me he preguntado — estos sauces melancólicos, un símbolo de estos jóvenes universitarios?

Y entonces la plazuela “6 de Agosto” me ha dado una impresión de tristeza, de esa tristeza tan descarnada que se experimenta cuando en una tarde nublada se visita el desportillado cementerio de una aldea. De esos cementerios de aldea donde los sepukros han dejado de ser blanqueados.

Sí, la plazuela “6 de Agosto” me ha dado una impresión de cementerio, no obstante de que han puesto ahí unos arbolitos, un colegio y una Facultad.

Los árboles, los colegios, las universidades, en otras partes son el símbolo de la juventud que triunfa, del amor que canta, de la ilusión que florece...

# EL PATIBULO MORAL

La revista de educación "El Institutor" — en Potosí — hizo una encuesta sobre si "los exámenes debieran subsistir, suprimirse o transformarse", a lo que don Octavio Lino, entonces profesor de la escuela Franciscana y estudiante de la Facultad de Leyes y hoy distinguido abogado, contestó en la forma que verá el curioso lector.

DON OCTAVIO LINO es un hombre que todo lo toma por lo serio, es decir, por lo universitario. Por eso, con motivo de la encuesta de "El Institutor", se ha despachado con una de esas metáforas que en los buenos tiempos de la primera Constituyente, eran del uso particular de don Casimiro Olañeta.

"Considero el examen — dice — un patíbulo moral".

El valor sintético de esta frase tiene toda la marmórea contextura de una sentencia talmúdica. Sólo Buda, Confucio, Sakia-Muni, Zoroastro, el apóstol San Pablo, los fundadores de religiones, los patriarcas de tribu, los pastores de rebaños como el tío Bauti, tenían, antaño, derecho a expresarse en esa forma cabalística y lapidaria.

¿Qué es un patíbulo moral? "Patíbulo". Esta sola palabra trae a la mente ideas tétricas: nos despierta imágenes sangrientas, espeluznantes, escalofrantes: ya vemos al reo con la soga al cuello, los ojos acorderados, la lengua fuera. Aparece el verdugo, siniestro. En fin, evocamos todo

el horror con que el Santo Oficio supliciaba herejes en los tiempos de Torquemada. ¿Qué fuerza de expresión tiene esta sola palabra: patíbulo!

Pero no sólo es un patíbulo, sino "patíbulo moral". Esta es la cosa: "moral". ¿Qué entendemos por moral? Supongamos que don Octavio Lino se encuentra con el Padre Zampa y éste le dice:

— Mira, Octavio: es necesario que vayas enseñando un poco de moral a los alumnos. La Moral ante todo.

Octavio Lino dice que, efectivamente, es así.

Ya está Octavio Lino delante de los alumnos. Está dispuesto a dar una clase de Moral. Y, como a todo Octavio, se le ocurre empezar por el principio. Comienza:

— Vamos, niños, a tratar hoy de la Moral. ¿Quién me podría decir qué es Moral?

Los alumnos, que carecen de escrúpulos morales, pues no son hijos de fraile, no saben qué decir.

Octavio Lino frunce el entrecejo:

— ¿Nadie sabe qué es Moral? ¿Entonces todos ustedes son unos inmorales...?

Hasta que a uno de ellos se le ocurre decir:

— Señor, al frente de mi casa vive un señor: don Denevil Morales.

— Cierto — piensa el profesor — frente a la casa de este niño vive don Denevil Morales. Pero, ¿qué relación hay entre la Moral y don Denevil? Ese señor puede que sea moral en su vida privada, lo que no se puede comprobar; pero no es "la Moral". Yo quisiera — piensa — valerme, para hacerme entender, de algún objeto concreto, material, palpable, que todos los chicos ven a diario, por ejemplo de don Denevil, pero, ¿acaso don Denevil es un espectáculo moral?

Y el profesor, desesperado, abrumado, anonadado, exasperado, abandona la clase, se marcha a su casa.

En el camino va diciéndose para sus adentros: "Esto de meterse uno a enseñar lo que no sabe, es una cosa horrible, atroz; es un suplicio bárbaro; es una especie de pa-

tíbulo... moral, eso es un ¡patíbulo moral!

Y, ya aquietado, tranquilizado, sereno, contento, llega a su casa: ha encontrado una frase, una sentencia, un proverbio, la conjunción admirable de dos vocablos que en su jurídica condición, definen y compendian un complejísimo estado de alma: las impertinencias del Padre Zampa, la indisciplina escolar, la estolidez de los alumnos, don Denevil, los sueldos atrasados, las deudas al casero, la inseguridad de los conocimientos, la fuga delante del enemigo, toda esa trama de causas y concausas que precipitan un estado de alma caótico y agrio, se reasume, oh, maravilla, en una frase que tiene la dureza del granito y el brillo del diamante.

Dueño ya de este descubrimiento, ufano de su frase, no se divorcia de ella, no la deja ni de día ni de noche: con ella se acuesta, con ella se levanta.

El Padre Zampa le dice:

— ¿Por qué abandonaste el otro día la clase?

Octavio contesta:

— Sabe usted, Padre, me vino una indisposición, algo así como un *rís* o uno sinuosa cosquilla medular, una revolución estomacal y me vinieron arcadas, en fin, un verdadero "patíbulo moral".

El Padre Zampa se queda estupefacto. La esotereidad de la palabreja le pone muy malicioso, le infunde graves sospechas y le hace concebir terribles presunciones: apendicitis, neurosis, histeria, esquizofrenia... Pero lo peor de todo debe de ser ese... ¡patíbulo moral!

Llega al convento y dándose de manos a boca con el P. Nazareno, llévalo a un apartado rincón y, a las callanditas, en tono confidencial, le susurra al oído:

— Nuestro Octavio está enfermo con... ¡patíbulo moral!

Nazareno, escandalizado, se pone de pie, gira sobre sus talones, se palmea el muslo y exclama:

— ¡Porco demonio! ¿Con que patíbulo moral, eh? Patíbulo! Patíbulo!

El P. Nazareno reflexiona un poco, pues primero se escandaliza y luego piensa por qué se ha escandalizado y se pone a conjeturar qué graves consecuencias puede acarrear el patíbulo moral a la religión y a la patria.

— Es necesario apartarlo de los alumnos —aconseja — porque el contagio es temible!

El P. Zampa opina, en cambio, que el “patíbulo moral” no es contagioso. El P. Nazareno que, aunque gordo, tiene muy desarrollado el sentimiento de las flaquezas humanas, absuelve:

— Pobre *ñato*! Debemos perdonarle. Al fin y al cabo somos hombres nosotros también.

El P. Nazareno es un fraile liberal. El P. Zampa decide no descontarle el haber del día.

Ved cómo Octavio sale ganando con su maravilloso invento.



He aquí que nuestro héroe se encuentra enamorado y requiere algún dinerillo para llevarle un presente a la víctima.

Octavio escribe una carta a su padre: En un acápite dice: “Como el hombre es un animal sujeto a toda clase de calamidades, sucede que en la actualidad siento una especie de patíbulo moral y necesito dinero para comprar tónicos”.

El padre, leyendo esta carta, se da una palmada en la frente: — Pero este chico se va a matar con tanto estudio! — Incontinenti sale en pos del señor Subprefecto, quien le adeuda unos pesos.

— Mire, compadre — le dice — he recibido una carta del *colegial* en la que me dice que está muy mal y que necesita dinero para comprar menjurges. Yo no sé de donde remitirle, pero confío en que usted...

— ¿Y, qué es lo que tiene? — pregunta el Gobernador.

— ¡Patíbulo moral!

Los dos hombres se están paseando en la plaza del lugar, la ilustre Villa de Talavera, provincia Linares. Es medio día. Refulge el sol en las blancas fachadas. La atmósfera transparente destaca nítidamente líneas y contornos: en una esquina, rojea la pollera de la más alegre de "Las Ttoquellas"; el tata Pérez, barrigudo, plebeyo, cobrizo, pantagruélico, es una mancha negra, lúgubre, sobre la blanca fachada de la casa parroquial. Hace un calor sofocante.

— Y qué será — inquiera el Suprefecto — ese patíbulo moral? ¿Una nueva epidemia...? ¿Estos médicos modernos que se inventan enfermedades tan raras!

— Sí — corrobora su interlocutor — hay males desconocidos para nosotros, como eso de los microbios.

— Gracias a Dios, compadre — reflexiona la primera autoridad — que nosotros fuimos educados a la antigua y no conocemos estos males modernos.

Concluye por cancelarle la deuda:

—Cómo no... ¡si es para *el colegial!*

— Oh, maravilloso "patíbulo moral".



Ya está en poder de nuestro héroe el jugoso dinerillo. Empero, las cosas andan peor que de intento... La tierna Julieta está hecha hoy una desdeñosa Desdémona. ¿Qué bicho le habrá picado?

Nada, que se ha enamorado de ella un cadete, de esos que hacen revoluciones... en el corazón de las hijas de familia y Julieta la tierna, claro está, fluctúa ahora entre la espada y la toga.

Es la hora del crepúsculo. Las campanas de San Francisco tocan el Angelus. En la semiclaridad neblinosa líneas y relieves se van esfumando. Esta es la hora: un "ángel", en figura de mujer, grácil, blanca, aparece en el portalón blasonado de una casona colonial. Nuestro héroe, con paso medroso, caviloso y con la solapa del abrigo levantada, se

aproxima cabe el objeto amado y se deslía en querellas. Recurre, para ablandar ese corazón de hiena, "sordo a los ayes, insensible al ruego", a sus recuerdos clásicos y le susurra al oído las más quejumbrosas querellas de los más quejumbrosos amadores: tercetos del Dante, sonetos del Petrarca, serventesios de Ausías March, las Coplas de Manrique y las serranillas del Marqués de Santillana; madrigales, elegías, nocturnos, hasta "La Epístola Moral a Fabio" y "La Canción a las ruinas de Itálica": nada: ni con toda la fragua de Apolo aquel corazón se estremece. "Tu crueldad — exclama, por fin, desesperado — es un verdadero "patíbulo moral".

— ¡Cómo! ¿Qué dices? — salta ella como iluminada por una voz profética y toda la frialdad, todo el gesto fruncido, todo el fiero desdén, se transforman en la ternura cariciosa, los ojos lánguidos, el seno palpitante de esta nueva Eloisa rendida a la elocuencia de este nuevo Abelardo.

¿Después...? Las sombras de la noche encubren el deliquio de estos dos seres "para el amor nacidos". Y, "en el silencio de la noche umbría", sólo se escucha un entrañable rumor, algo así como un arrullo de palomas o un suave rozar de alas.

¡Maravilloso patíbulo moral!



Cuando nuestro héroe, ya maduro para la pelea, pero en paz con su conciencia, recibió la invitación para opinar sobre los exámenes, no tuvo que pensar mucho:

— Esta es la mía — se dijo: — Voy a dar una contestación que los va a dejar ñatos a todos los pedagogos del presente siglo y a los que pudieren ser en los venideros, y escribió: "Considero que los exámenes son un patíbulo moral. Luego, debe suprimírseles". Y se quedó tranquilo. Y en esa tranquilidad reposa.

Y nosotros, a fuer de simples mortales, debemos decirle:

— Sí, Octavio, vive tranquilo, sereno, ecuaníme: vive en una paz octaviana, en paz con tu conciencia y aun con la conciencia popular. De nada te preocupes ya: has descubierto una frase que vale un Potosí.

Hay ciertas frases que han inmortalizado a ciertos hombres, como hay ciertos hombres que han inmortalizado a ciertas frases. Yo no sé en cuál de los dos casos te encuentras; nadie, tampoco, podría saberlo: el tiempo lo dirá.

— Por ahora sólo debo aconsejarte, en resguardo de tus intereses, que debes tener mucha cautela en el uso que hagas de tu metáfora. No vaya a suceder que tan hermoso invento llegue al conocimiento del historiador y mártir, don Luis Subieta Sagárnaga, y te embromes. Porque en cuanto don Luis sepa que en el espacio infinito de la imbecilidad humana ha aparecido como una nueva estrella un nuevo lugar común, ha de correr a aprovecharse de él y, ¡Dios sabe para qué lo hará servir!

Por lo pronto, sería de temerse que don Luis, abandonando aquel su terrible "*Tribunal de la Historia*", donde a tantos inocentes ha "condenado", se diga:

— Este "*Tribunal de la Historia*" ya está un poco usado y como instrumento de suplicio, ya no sirve del todo: hoy la Ciencia Moderna acaba de inventar un nuevo aparato eléctrico cuyos efectos sobre la víctima son más seguros y enérgicos: "*El Patíbulo Moral*".

Y le veamos a don Luis, poseso de santa indignación, erigiendo ya no Tribunales de la Historia, sino "*Patíbulos Morales*" a diestro y siniestro para cuantos han tenido la desgracia de figurar en la Historia.

Lo que más te conviene por ahora, Octavio, es matarte; pero no antes de haber hecho gravar tu sentencia en mármol, bronce o cemento romano. Entonces podrás exclamar como Bruto en Farsalia: "*Virtud, eres una palabra*", quiero decir, un "*patíbulo moral*".

Porque no vaya a suceder que en alguna ocasión solemne de esas, al improvisar un discurso al pie de la letra,

como sueles, quiero decir, al pie de la estatua de Campero, se te escape alguna otra metáfora, sinécdoque o metonimia, que deslustre deplorable e ignominiosamente el áureo resplandor de esta epanadiplosis que has lanzado al mundo.

La inmortalidad se paga caro. Para alcanzarla se ha de merester ser un héroe y morir heroicamente.

Bueno, pues, tú, como Leánidas, vete a tus Térmópilas, es decir, a tu Patíbulo.

Yo iré a Puna y diré "que cumpliste como bueno".

Potosí, 1922.

# UNA BRILLANTE IDEA

El entonces Prefecto de Potosí — 1931 — anciano “venerable”, bellamente enamorado de una caiceña, demoraba más en esta aldea que en la capital. La presente crónica está inspirada en tan grato motivo.

PARECE QUE HAY LA IDEA de trasladar la capital del departamento al poético e idílico valle de Caiza, por múltiples causas, no solamente afectivas o fisiológicas, sino aún por esas altas o enigmáticas llamadas “razón de *Estado*”.

En primer lugar, Potosí, aunque sea una ciudad histórica, con notables templos, hermosas fachadas, callejas llenas de encanto y misterio, es demasiado fría y alta.

El clima es insoportable. La altura, hace mal al corazón; la sangre no circula bien; no se exuda lo suficiente y duelen los riñones; esos humos sulfurosos y deletéreos del Ingenio Velarde, dañan el estómago, los bronquios y hasta las circunvoluciones frontales y el centro de Broca. Se pone uno afónico y afásico y no puede pronunciar ni un breve discurso para las fiestas patrias.

En el valle se elimina las toxinas; se respira un aire puro, desinteresado; se toma refrescos a la sombra de altos y copudos eucaliptos. El corazón se ensancha, la inteligencia despierta, el centro de Broca funciona admirablemente.

¿Cuáles son las razones que militan a favor de que la capital continúe siendo una ciudad oscura, fea y triste?

¡Ninguna! Potosí es un lugar de trabajo, donde sólo deben vivir los mineros, los turcos, la carne de cogote. Pero las personas decentes, ¿por qué no nos vamos a una ribera amena y deleitosa que nos recuerde, siquiera lejanamente, las delicias del Edén perdido?

Los ejemplos, en la historia, abundan. Así pasó en Egipto, que trasladó su capital de Tebas a Menfis; en Asiria, de Azur a Nínive; en Fenicia, de Sidón a Cartago; en Persia, de Susa a Persépolis.

Y, ahora mismo, ¿no vemos ejemplos semejantes? En la India, los prácticos ingleses, han trasladado la capital Calcuta a Delhi; los japoneses llevaron Miako a Tokio; en Persia, el *Chá*, con toda su corte, para librarse del ardoroso estío en Teherán, se marcha cuarenta leguas más allá, a las templadas llanuras de Sultaniche; en Francia, se va a veranear a Biarritz o a la Costa Azul; en los EE. UU. la urbe comercial es New York, pero la ciudad noble es Washington; en el Brasil, la capital es Río, pero las moradas distinguidas están en Petrópolis, y Buenos Aires se queda para los hombres vulgares, pero la *gente bien* se marcha a Mar del Plata. Son personas de buen gusto. ¿Por qué no hacer en Potosí otro tanto?

Potosí que se quede para los mineros sucios y descaldrajados, para los mendicantes de la Olla del Pobre, para los pacos de la Policía, para los comunistas, para la Liga del Magisterio, para "Los Amigos de la Ciudad", toda la gente de mal gusto que tiene la pésima costumbre de trabajar.

Nosotros, gente distinguida, no podemos estar respirando estos aires tóxicos, ni soportando este frío del demonio. ¡Vámonos a Caiza!

De aquel lindo vallecito, dulce y sabroso como una égloga de Garcilaso, idílico y tierno como un óleo de Watteau, hagamos nuestra Costa Azul del buen tono, la Petrópolis

de la diplomacia, el Mar del Plata del placer. Y, quizá, andando el tiempo, lleguemos a convertirlo en un Petit Triánón o en una señorial Versailles. O en una encantada y azul Verona, con el balcón de Julieta, la pasión de Romeo y el ruiseñor que canta mejor que la alondra.

¿No es verdad que es lindo todo esto...?

¡Oh, vámonos a Caiza! "Terre ensorseillé", como diría la condesa de Noailles:

*"Hereux celui qui sait goûter l'ombre et l'amour  
De l'ardente cité à ses coteaux fertiles,  
Et qui peut, dans la suite innombrable des jours  
Desalterer son rêve au flâneur de sa ville".*

Potosí. 1931.

## BAPTISTA, EL RUISEÑOR DE LA DEMOCRACIA

DON MARIANO BAPTISTA había tenido el sino de cumplir años en estos días. Nació el 16 de Julio de 1832. Dentro de un año, pues, carísimos hermanos en Carlos Marx, se cumple el centenario de su nacimiento. En la ilustre república de Cochabamba no ha de faltar, a buen seguro, una rumorosa punta de biógrafos que saquen a relucir todas sus desventuras privadas a la vergüenza pública. Lo de desear sería que a los discretos vecinos de Morochata no se les ocurra hacer repatriar sus restos, como han hecho aquí, últimamente, con los de *Quijarro*. Y si esto se les viene en mientes, sería de rogarles que lo entierren en silencio, sin permitir que ningún vecino notable le pronuncie un nuevo discurso fúnebre para comprobar si ya está definitivamente muerto y ya es incapaz de resucitar ni al oír las más espantosas vulgaridades dichas en el peor castellano.

Como íbamos diciendo, don Mariano Baptista nació en la finca de Calchani, cantón Morochata, provincia de Ayo-paya. Pero en Calchani no cometió mayor delito que el haber nacido. Luego se fué a la culta Charcas con el visible propósito de beberse toda el agua del Inisterio, — la chuquisaqueña fuente Castalia — de la que se ingurgitó bastante, hasta resultar un parlanchín insoportable, tanto, que sus compañeros, los “colegiales”, sin saber cómo desprenderse de semejante latero, le eligieron diputado, para que se

fuera con la música a otra parte. Don Mariano, que no podía estar sin hablar, se habló de seguidita tres días con sus noches, hasta que los seis Ministros del *General Córdoba*, a quienes les interpeló y se les obligó a concurrir, bajo pena de garrote a soportar el chaparrón, cayeron desmayados con un vértigo; les había estallado los canales semicirculares y reventado los órganos de Corti. ¡Pobres Ministros! Se los llevaron a la Sanidad departamental y allí murieron definitivamente.

Después, don Mariano, se enamoró perdidamente de una mujer perdida, que le decían de mal nombre, en Sucre, la "Constitución Política" y le daba unas serenatas de un sentimentalismo tan tierno como lamentable. Le cantaba en todos los tonos, le decía maravillas, pero ella, nada: permanecía "sorda a sus ayes, insensible al ruego". ¡Pobre *Baptista!*

Fue el más platónico y romántico de los enamorados de "La Constitución", chola buena moza. La creía, como don Quijote a Dulcinea, una dama de noble alcurnia, de finos y aristocráticos modales, púdica y discreta, que vivía en un alcázar ensartando perlas. Y, mientras nuestro héroe vivía soñando en la dama de sus pensamientos, doña Constitución se entregaba a los peores militarotes que la violaban brutalmente y era una mujerzuela de las peores costumbres, que andaba eternamente oliendo a ajo y con un insoportable tufo de chicha y de cañazo en la garganta. ¡Pobre *Baptista!*

Después de haberle sacrificado su juventud, haberla venerado en su madurez y haberle dado todo lo que tenía, llegó a conocerla íntimamente "ya en la tarde de la vida" como dijo este ruiseñor de la democracia en una oración célebre y triste.

Y, la encontró... ¿Cómo quieren ustedes que no la encuentre, si había sido tan alegrona la pobre? Pero don Mariano, siempre romántico, soñador e idealista, se casó con ella.

El matrimonio es la tumba del amor. Después de que Baptista fue esposo de doña Constitución, encontrándola tan violada, él también, el hombre honesto, la violó. Pero, al hacerlo se deshonró.

Su destino es más doloroso que el de su colega romano *Cicerón*, pues éste, más vivo, llegó a ennoblecer todas las infamias de su vida con una muerte digna, mientras que el bueno de don Mariano, como el "Condenado por desconfiado" de Tirso, con una mancha de su ancianidad desacreditó toda su vida de gran repúblico. ¡Pobre *Baptista*!

Si el "Gran Tribuno" no hubiera cometido la chabonada de candidatear a la Presidencia — vulgar achaque de políticos mediocres — habría quedado como una de las más altas y puras de nuestras figuras, como en la esfera de la elocuencia conserva su rango de alta cumbre.

# EL CENTENARIO DEL GENERAL CAMIACHO

EL MAESTRO COLAS. — (*Bibliógrafo, historiógrafo, poliglota — habla keswa y castellano — folletista, hombre sin miedo y sin entrañas, muerto de hambre y de envidia, profesor y mártir*). Se presenta energúmeno, afirmativo, contundente:

—Potosí es un pueblo muerto. Es un pueblo que vive sin vida histórica, sin conciencia vigilante. Somos los coolíes del Asia o los fellaes del Egipto.

YO. — (*Soy el último arcista, hijo de "La Polvorita" y de padre tuve a un negro bandido de "La Florida". — Mi padre fue chalán de Arce y cometió una punta de crímenes con los indios de la finca de don Aniceto, "La Lava". — Crímenes "ahistóricos", por supuesto. — Pero, después, víctima del Liberalismo, fue comido crudo por los indios de Ayoayo cuando la revolución federal. — Tengo odios hereditarios*).

—Pero, Maese Colás, ¿por qué dice eso? ¿No teme que lo enjuicien históricamente y le metan a la cárcel por blasfemo? El hecho de que usted viva metido entre las catacumbas de su espantosa folletería, respirando ese aire de catafalco, no le autoriza a insultar a un pueblo... a un pueblo tan ilustre e histórico como es la gran Villa Imperial...

*Maese Colás.* — Pero, mire, don Tiburcio, ¿cómo no quiere que diga lo que digo? Mis opiniones, aunque duras en la forma, son justas en el fondo. ¿Cómo no quiere usted que

diga: este es un pueblo que vive sin conciencia histórica, cuando deja pasar los mayores acontecimientos del orbe sin que a él se le mueva un pelo y concurre a los mayores fastos de la historia como quien asiste a una conferencia sobre Trigonometría sin saber matemáticas, o un indio a una audición de Schumann? Recuerde usted cómo ha trascurrido el centenario de Tarija. Ni el pueblo, ni las autoridades se han dado cuenta del acontecimiento. Casi no sabían de lo que se trataba. Y, ahora mismo, ¿se acuerdan del General Camacho? Ni los viejos liberales, esos que ahora treinta años juraban dar su sangre por el ilustre General, hoy se acuerdan de él. Por eso digo lo que digo. Ya ve usted que tengo razón...

Yo. — Sí, Maese Colás, tiene usted razón. — Pero, como dice Unamuno, tener razón es tener tan poco...

Maese Colás. — En un pueblo retrogradado al *felaísmo* como es el nuestro, claro! Es mejor no tenerla. — Por eso, los irracionales, entre nosotros, viven mejor.

Yo. — Pero vamos al fondo de la cuestión: ¿por qué se va a conmemorar a Camacho? ¿Cree usted que vale la pena?

Maese Colás. — Camacho ha sido un militar de honor y de hidalguía sin tacha en los comienzos de la República, el héroe sacrificado de la batalla del Alto de la Alianza y el fundador del Gran Partido Liberal, el único partido de doctrina que ha habido en Bolivia. — Si usted no sabe eso, usted es, como diría don Franz Tamayo, ¡un triple cretino!

Yo. — Si no estuviera acostumbrado a oír tratarme en esa y peor forma por los liberales antediluvianos de mi provincia, tal vez, Maese Colás, me habría acalorado, pero ya he aprendido aquel consejo, “a palabras necias...” Como usted debe saber, en mi pueblo, abundan esos tipos más camachistas que Camacho. — Allí se saben hasta el número de calzoncillos que tenía el ilustre General. Como que esas son las costumbres de mi pueblo: a los hombres públicos allí los conocemos por su vida privada y les examinamos

hasta los calzoncillos. Allí, todavía cuando nos agarramos a discutir de política, en una farrá de esas, en casa de "*Las Ñustas*", entonces es lo de ver... Allí sí que se puede comprobar los puntos en cuanto a la "ociosidad belicosa" que, decía René-Moreno, caracteriza a nuestra "sangre de mestizos". Allí quedan todavía algunos viejos de esos que solían ir a tomar café con el General Campero en la casa del patricio don Roque Machicado, cuando el dicho general estuvo en los Chichas, organizando la llamada "Quinta División", y aquellos otros que le acompañaron, de puro liberales, al general Camacho y a don Benjamín Calderón, a Tarija, cuando iban confinados a Crevaux. Y como en Bolivia y singularmente aun más, en provincias, lo que más se hereda son los odios políticos, si usted se atreve a deslizar el juicio que a mí me parece exacto de que Camacho no fue nada más que un teórico romántico e iluso del Liberalismo y se permite hablar bien de don Aniceto Arce, para el hombre de las "realidades", "el constructor", si sale usted de la discusión y de la farrá con algún hueso sano, será tan sólo por la intervención diplomática de una de "*Las Ñustas*".

*Maese Colás.* — ¿Qué es eso de "las Ñustas"?

*Yo.* — Esa es otra historia. Una historia alegre. O de la vida alegre, si usted prefiere. La historia de "las Ñustas" es más amena e instructiva que la Historia monumental de Arguedas y la historia de Camacho. Usted, de seguro, ha leído el "Programa del Partido Liberal" formulado por el Jefe del Partido, general don Eliodoro Camacho; ¿qué le parece aquel programa?

*Maese Colás.* — Ese programa es la piedra miliaria sobre la cual se ha edificado el progreso de la patria. Es la obra maestra del genio, la visión serena del estadista y el amor ardiente del patriota.

*Yo.* — ¡Lugares comunes, Maestro! Son esas frases "clisés" que vienen repitiéndose de año en año y se transmiten de padres a hijos, como se hereda la forma del cráneo o la inclinación a la farrá. Además, por lo que dice usted, por

sus enfáticas hipérbolas, estoy a punto de creer que usted no conoce aquel programa sino de oídas. — Pues, en aquel minúsculo folleto, no aparece por ningún lado “el estadista” que usted dice. No. Si usted quiere ser historiador, lo primero que necesita es...

*Maese Colás.* — (*Interrumpiendo, brusco.*) — ¡Una abundante documentación!

*Yo.* — Es saber pensar por cuenta propia. Pero, volvamos al programa. Allí hay un “Apéndice” que comprende la “teoría del liberalismo”. Es un resumen de lo que fue la doctrina del liberalismo en Europa, sobre todo en Francia. Doctrina que antes de Camacho la difundió en su cátedra de Derecho en la Universidad de “San Francisco Javier” don Benjamín Fernández. El insigne catedrático venía de Europa. Estaba, pues, mejor enterado de la dicha doctrina, que Camacho. Realizó una verdadera labor de apostolado. Sus más férvidos discípulos como don Ricardo Mujía, don Luis Caballero y el celebre polemista don Samuel Oropeza, el virulento contrincante de Monseñor Taborga, se agarraban a trompadas, en las calles de Sucre, con los cholos fanatizados por el clero. Y, a propósito de monseñor Taborga, recuerde usted que aquel también virulento polemista, el silogista de acero, en una serie de publicaciones, le acusó virilmente, implacablemente, al general Camacho, culpándole de nuestra derrota en el campo de la “Alianza”. Camacho, pues, a mi juicio, lo único que hizo, fue aprovecharse de las ideas de los intelectuales, a quienes en aquel tiempo se les llamaba “letrados” y del espíritu ilusionista del boliviano.

Camacho, para mí, representa el espíritu declamador y enfático de los comienzos de la República, mientras que Arce significa un avance de la atrasada y anacrónica retórica altoperuana al industrialismo contemporáneo, creador de riqueza.

Arce es hoy más “actual” que Camacho. El sino histórico de este último ya ha agotado todas sus virtualidades.

El de Arce está intacto en toda su potencia, está rico de porvenir.

Además, aunque el General Camacho no tenga, personalmente, la culpa de las fechorías que después se han cometido a la sombra de su programa, es preciso no olvidar que ha sido bajo un régimen llamado "liberal" que se ha vendido los más valiosos girones del territorio boliviano, estrangulando así la vida nacional, que ha habido una revolución fratricida, disfrazada de "federal" y, por último, la reconcentración y absorción de toda la vida nacional en una sola ciudad metropolitana, con la consiguiente anulación del resto y, como fatal consecuencia de ello, la pérdida del Chaco. En suma, lo que es hoy Bolivia: una nación en peligro de polonizarse como lo acaba de decir San Juan en Patmos o sea don Franz Tamayo en el Congreso.

En cambio, si las previsiones de Arce se hubiesen tratado de realizar, si "El Tirano de La Florida" hubiese contado con la buena voluntad de los bolivianos y especialmente de Potosí y Sucre, otra sería hoy la suerte de la patria. Ni Potosí ni Sucre lo quisieron. Combatieron al hombre de "las realidades" por glorificar al hombre de la "teoría del Liberalismo". Pueblos ciegos. Pobres pueblos. Ellos mismos se cavaron su tumba. Ahí los tiene usted.

He ahí por qué, en mi concepto, está la razón o causa de que ahora; ya nadie se acuerda de homenajear a Camacho. Y es que ya nadie lo *siente*, con vivo sentimiento, en el fondo de su corazón, excepto, claro está de esos vejetes y de aquellos jóvenes que aun están viviendo en la época de la *Quinta División*.

*Maese Colás.* — Usted es un blasfemo peor que yo, Maestro Tiburcio. Usted, Maestro Tiburcio, está faltando al respeto a las grandes figuras de nuestra historia, porque usted, en el fondo, tiene el alma canalla. Ha nacido usted con el instinto plebeyo de abajar hasta su nivel de batracio todo lo grande y manchar con el lodo de la envidia lo más bello. Había de ser descendiente de esos mulatos de

“La Barca” a quienes los Liberales de mi tiempo solíamos cantarles aquella copla:

*No soy negro, ni bandido,  
por un billete vendido  
a un infame chacal.  
Yo soy puro, soy leal,  
pertenezco al Gran Partido  
Liberal.*

Con lo que se suspendió la sesión por no haber ya de qué tratar y ser avanzada la hora. Tan mancarrones y bujarronazos son estos cachiporristas panfiruleros trapisondistas, idiotas de profesión, camanduleros aguachirles de chichería y rábulas de buhardilla, con capigorristas tufos de sacatrapos de nuestra tabardillesca historiografía de ropavejeros del estilo.

Potosí. 1931.

# BOLIVAR O LA FUERZA DE LA NATURALEZA

FUE UNA GRAN SUERTE para el niño Simón Bolívar, que era más inquieto que una ardilla, tropezase con un maestro genial y tarambana como era don Simón Rodríguez. Este, en lugar de contrariar el carácter del alumno, como hacen todos los maestros, lo que hizo fue más bien fomentarle y darle alas para que continúe siendo un perfecto perdulario, lo que cabalmente ha sido Simón Bolívar, "el Libertador de cinco naciones", según dicen los historiadores zonzos o los zonzos de la historiografía. Don Simón Rodríguez era un convencido de *Rousseau*; quien decía que el hombre era bueno cuando no se aparta de la naturaleza. Y la que le echa a perder es la sociedad. Tenía razón.

Don Simón tuvo, pues, la suerte de educarse conforme a los principios *roussonianos* de la naturaleza y, en vez de embrutecerse estudiando Filosofía, Lógica, Moral, como ahora se hace, su maestro le llevaba a corretear por los campos, a montar a caballo, a pasar los ríos a nado, a trepar a las montañas, a poner trampas para los *taracchis* y a robar la fruta del cercado ajeno.

Cosas muy útiles en la vida.

Cuanto a la Teología, la Moral, la Física, etc. eso hay que enseñar sólo a esos chicos "éticos" que demuestran su madurez desde la infancia, nacen más serios que sus padres y a los veinte años ya resultan notarios.

Don Simón Rodríguez no quiso hacer de su alumno un hortera, sino un hombre. Puso en práctica las doctrinas de Juan Jacobo. Y ellas probaron bien. Porque hizo la casualidad que esa pedagogía se aplicaba en un temperamento *ad hoc*. ¿Qué habría hecho don Simón Rodríguez tratando de hacer penetrar a comba y martillo, en un cerebro que estaba en ebullición continua, como era el de Bolívar, secas reglas de Ortografía, áridas fórmulas algebraicas, consejos de moral y nombres de huesos?

No hubiera hecho otra cosa que aburrirle. Tanto más que no era Bolívar para estarse quietecito, sentado en un rincón oyendo hablar del teorema de Pitágoras o de las articulaciones del coxis. Bolívar no fue un hombre de estudio. Todo lo que supo, fue por combustión espontánea. Y todo lo que hizo, lo mismo. Fue desde chico "La cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas", que dijera Cecilio Acosta.

Es que Bolívar era hijo de la naturaleza tropical, lujuriente de fecundidad, desbordada de ríos, erizada de volcanes, montañosa, ardorosa, esplendorosa, caótica y profética. Era una naturaleza — la del Libertador — tan rica de vitalidad intacta que, cuando se abrió a la vida de la acción, se precipitó, como una catarata atormentada de las cumbres y se esparció a lo largo de la Historia como el Amazonas a lo largo de América.

¿Quién le hubiera podido contener? Decid al ave que no cante y al poeta que no escriba con metáforas tan sobajadas como las que estoy usando.

Bueno, pues... Como dicen los "doctores" en Derecho en sus discursos — "Voy a apagar mi vela para que alumbré el sol". O, mejor, lo diré en el más remontado estilo altoperaniano: "he de cerrar esta pequeña alocución bolivariana, con *un broche de oro*".

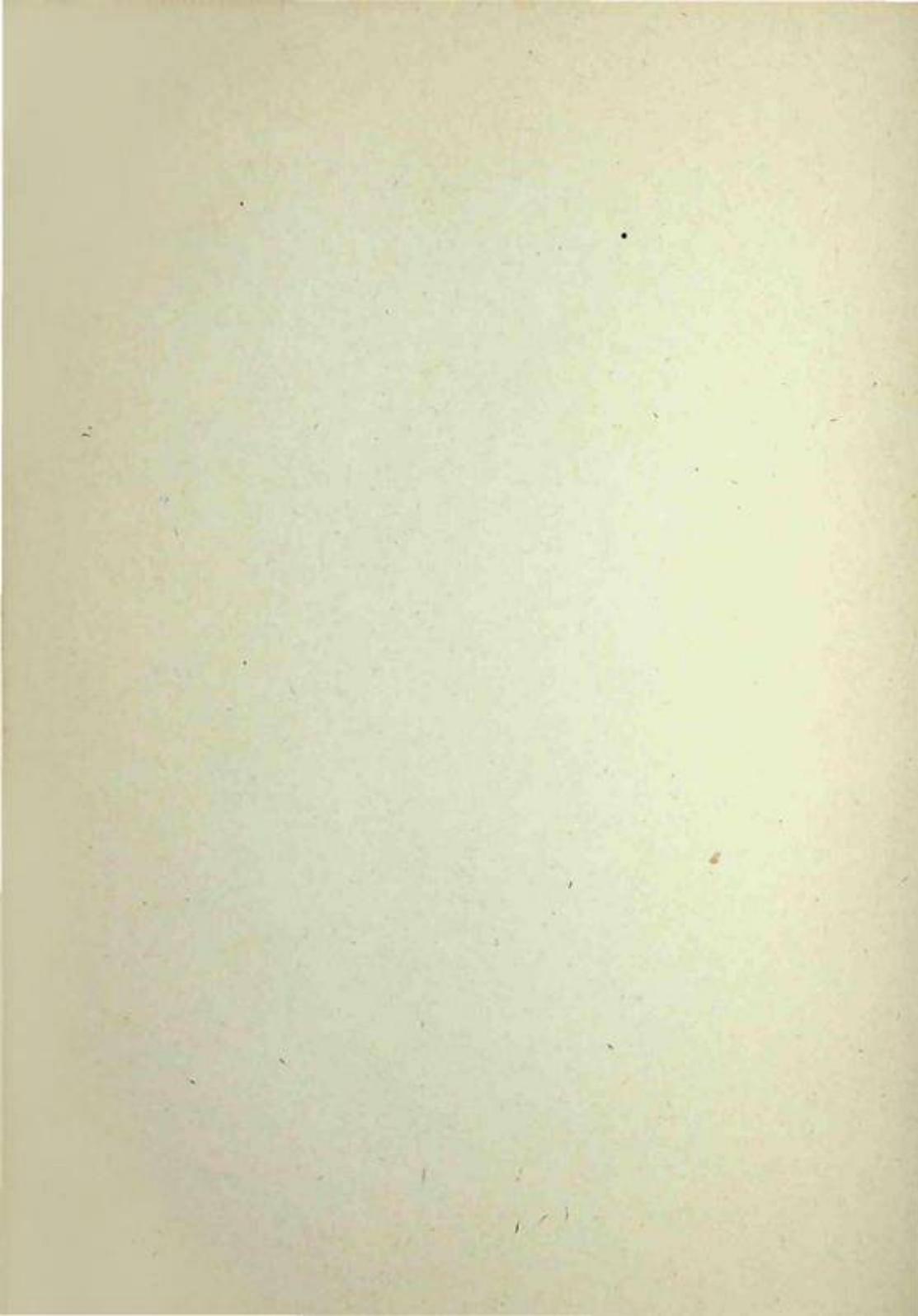
Lo cierto es que la tal libertad de América no fue más que un pretexto que se buscó Bolívar para dar cauce a su energía desbordante. De lo contrario, hubiera sido un *des-*

*ocupado*. Lo que él necesitaba para tranquilizar sus nervios y no padecer de insomnio, era hacer ejercicios continuos, estar siempre en guerra, caminar diez y ocho leguas de un tirón, ponerse a dictar febrilmente diez órdenes diversas y catorce decretos continuos; bailar hasta el amanecer, enamorar a las mujeres de sus generales, pasar el río a nado, trepar los Andes, bajar a los valles, entrar en Bogotá en un carro arrastrado por doce ninfas guapas en trajes de Eva. Tirar la plata por la ventana, subirse a discursar en la cumbre del Chimborazo y largarse hasta el Potosí, para comprobar que él era tan capaz de ser elocuente hablando en los trópicos cuanto en los páramos y sobre una montaña llena de nieve como en otra llena de plata, para concluir diciendo que a él le importaba un comino toda esa plata y que ella no significaba nada comparada con lo que él había hecho. Llegó a Potosí, subió al Cerro, bailó en el Cabildo, se fué a Chuquisaca a pañuelear en *Huayapaccha*, según me contaba mi bisabuelo que le había visto. Se convenció que el Alto Perú era un pueblo de indios microcéfalos y, desde Lima, envió una Constitución prescribiéndonos que tuviéramos presidentes vitalicios que gobernasen hasta que se muriesen de puro viejos.

Vaya con don Simón. Si no se hubiese buscado el pretexto de "libertar un continente" para justificar su dinamismo ambulatorio, le hubiéramos tenido por el mejor raidista de América: ¡el hombre que más ha montado a caballo en el mundo! ¡Por lo que sería un chicheño...!

Yo no tengo pena de las naciones libertadas por el Libertador que ahora están tan fregadas por el imperialismo yanqui. Del que tengo pena es del caballo del Libertador.

C R I T I C U L A S



# D O N R A M I R O Y "L A C H I Q U I L L A A F R O D I S I A C A"

ANTES DE AHORA, sólo a los poetas se les permitía desbarrar, pero a condición de que lo hicieran en verso, como cuando Cóngora llama a las estrellas "gallinas celestiales". Ahora, en cambio, nos ha llegado a Potosí, otro que también desbarra como aquellos. Pero desbarra en prosa. Se llama Ramiro Gobarced. El arte de desbarrar en prosa es la gloria de este nuevo Don Ramiro.

Veamos esta gloria. Pero advirtamos antes. Si no salimos primero al encuentro de este Ramiro, fue porque creíamos que algún señor le aconsejara, "como amigo", no siga desafiando al ridículo con sus "*Siluetas Femeninas*", o que los padres de familia organizaran una "Liga de Defensa Social", en resguardo del honor de sus hijas, harto inaprensivamente calumniadas por este nuevo Don Ramiro, no menos desalmado, sin miedo y sin entrañas, que el otro, el de Larreta.

O es que el señor Gobarced no percibe la realidad externa y se trata de una anomalía psíquica, o no conoce el sentido de las palabras, pero lo cierto es que dice... ¡cada cosa! Ya en una "Silueta Femenina" anterior, nos dijo de una señorita, que tiene "*curvas enervantes*". Según el Diccionario de la Academia y otros Diccionarios, "*Enervar* - significa: Debilitar, quitar las fuerzas". Es la acepción corriente. El señor Gobarced, que así lo dijo, sabrá por qué lo dijo..

Ahora, en la última "Silueta", publicada en el N° 27 de "La Idea", se explaya en esta forma admirable:

"Nunca mis ojos — nos dice — descubrieron un rostro tan bello y turbador, tan subyugante y *sensual* que el de madama Recamier".

En el supuesto de que el adjetivo "sensual", aplicado al rostro, estuviera bien, lo que no nos parece y nos suena a una... *licencia*, nada poética por cierto, no acertamos a descubrir qué relación pueda existir entre aquella célebre beladad de la época del Directorio y cuyos salones brillaron en los días de la Restauración y la "Silueta" potosina en tapete. En la conjetura hipotética de que al señor Gobarced se le hubiese antojado que la dama objeto de su Silueta tiene algún parecido con Madama Recamier, no debería haber dicho jamás que "tiene un rostro sensual". Es sabido que si esta señora por algo se distinguió, a más de su belleza y su "*sprit*" aristocrático, fue, precisamente, por una ausencia sorprendente y admirable de toda sensualidad. Tan poco sensual era esta señora, en todas las partes de su cuerpo y especialmente en su rostro, que no obstante lo tan casada que fue... se murió virgen y se fué al cielo, como diría el poeta cochabambino don Benjamin Blanco; se fué la Recamier al cielo sin probar canela. Sorprendente, ¿no es cierto? ¡Claro que sorprendente! Pero cierto, señores. Si señores, ¡cierto!

"Madama Recamier — nos dice Emilio Bobadilla en un artículo coleccionado en su libro de crónicas parisinas,— "*Al través de mis nervios*", se casó a los diez y seis años con el banquero Recamier, que tenía cuarenta y dos. ¿No ven ustedes unos cuernos en lontananza?" Pero no hubo tal cosa. Fue una señora absolutamente fiel a su esposo, aunque parezca absurdo. Pero hay algunas esposas fieles. Se dan casos: uno de esos fue el de la Recamier. "Su virtud — nos explica el notable médico historiógrafo francés, Dr. Cavanés — era una anomalía orgánica". "Muy linda — agrega *Fray Candil* -- guardó largo tiempo en su rostro y en

su cuerpo una expresión virginal de *jeune fille*, es decir, lo que fue en realidad”.

Ya ve usted, don Ramiro, que de todo tendría la Recamier en su rostro, menos de sensual. Este don Ramiro es terrible: no contento con calumniar a sus “Siluetas”, calumnia también a la Historia.

Pero — volvemos a preguntar — ¿qué relación hay entre la *jeune fille* de la Recamier, que era esbelta y grácil, y su “Silueta” en cuestión que se refiere a una señorita de tipo digestivo, gorda y muelle, de esas que, entre nosotros, llamamos *yapadas, como para pobre?* Ninguna. Con razón se dice que no hay nada más difícil que hacer el elogio de una persona. Y más si se pretende hacer de galante y loar la belleza de una doncella. Por eso, el género literario más difícil es el madrigal y entre todas las literaturas del mundo, sólo hay uno perfecto, el popular de Gutierre de Cetina, “Ojos claros, serenos...” Los demás, como los de Lope de Vega, de Góngora o de Calderón, pecan unos de desmesurados en el elogio y otros de lo retorcido o alambicado de las imágenes y conceptos. No hay cosa más difícil que loar. Y más cuando se lo hace simplemente por complacer al prójimo, — vulgo *adular* — sin *sentir* la loa.

Esto nos trae a la memoria una anécdota divertida: festejábale al Mariscal Santa Cruz con un banquete en Lima, cuando los días de la Confederación, y un poeta cortesano que le recitaba una adulatoria rimada, llegó a decirle que “era rubio como el sol”. Don José Joaquín de Mora, al servicio entonces del Mariscal de Zepita, susurró al oído de José Antonio de Irisari: “Si él, — Santa Cruz — negro, es rubio como el sol, nosotros, blancos, ¿qué seremos?

— Sucios como la tierra, — repuso Irisari.

Mora, aludiendo entonces a la pasión de aquél por una clama limeña, le clavó un alfilerazo con este dístico:

“*La Filis bella en cuyo amor te escaldas,  
se te convierta en Santa Cruz con faldas*”.

Nosotros no podemos ser tan crueles con don Ramiro y menos deseárselo que su Madama Recamier "yapada", se le convierta en una indígena realidad; lo que no es de nuestra jurisdicción; lo único que, en nombre de la dignidad cultural de la prensa potosina y del sentido común que debe reinar hasta en la repugnante "literatura cortesana", podemos exigirle, es que se fije un poco más en el "sentido" de las palabras que emplea, para no obligarnos a interpretar sus bellas producciones en la forma a que se brindan las siguientes frases:

"Tal es el hechizo de su belleza que fascina como la Afrodita de Praxiteles".

¿En qué quedamos, don Ramiro? ¿La "Silueta" que pinta usted tiene la gracilidad de la Recamier, o la belleza maciza de aquella estatua? Porque hay diferencia, ¿eh? Sigamos. O, mejor, siga usted, don Ramiro:

"Con mirada *musulmánica* los ojos recorren embriagados de su electrizante forma, *esas líneas cuya avalancha* subyugadora adormece como un incienso, y ese busto mórbido y turgente que enloquece".

¡Cuánto disparate! O, mejor, ¡cuánta locura! Pero no locura de amor, ni siquiera de sensualidad, (¿satiriasis habemus?) no, sino simplemente locura verbal, manía de escribir por escribir, grafomanía, *psitacismo*,<sup>(1)</sup> eso es.

Pruebas al canto: ¿cómo es eso, señor don Ramiro, de la *mirada musulmánica*? Porque advierta usted que este término sólo es aplicable a los que profesan la religión de Mahoma y a nada más. Ni siquiera se puede decir "raza musulmana", porque sujetos de diferentes razas profesan tam-

(1) *Psitacismo*. — Leibnitz ha denominado así a un nominalismo excesivo que reduciendo las ideas generales a los vocablos que las expresan, no dejan substituir ninguna diferencia entre el lenguaje de un hombre y el de un loro (*psittacus*).

bién esta religión, como pasa igualmente con los criticanos. Palabras de esta clase sólo designan la confesión religiosa que se profesa. A no ser que usted profese esa religión. Y vea el mundo como un... serrallo. Con mirada musulmánica, ¿eh? Musulmánico estáis. Como el Rocinante de Don Quijote estaba metafísico porque no comía. Usted debe de estar "musulmánico" porque las "Siluetas" a quienes adula usted, maldito el caso que le hacen...

Si hay una "mirada musulmánica", entonces habrá también una mirada pagana o greco-latina, otra brahamánica, otra budista, otra cristiana, otra católica y hasta una evangelista o protestante. Pero nosotros, que somos unos hombres sin religión, ¿qué clase de mirada tendremos? Una mirada incrédula, seguramente!...

¡Oh, don Ramiro, cuanto ganaría usted si en lugar de mirar el mundo con mirada musulmánica, como lo ve, fuera usted un poco incrédulo como nosotros. Entonces, tal vez llegaría usted a ver... que no todo lo que reluce es oro. Pero deshilvanemos el ovillo de sus caóticas metáforas. Nos habla usted de que "esos sus ojos musulmánicos recorren embriagados de su electrizante forma" A pesar de que hasta ahora, por lo menos, no sabemos de nadie que se hubiera embriagado eléctricamente, cabe preguntar, en buena gramática: ¿de su electrizante forma de quién? Gramaticalmente el posesivo *sus* reproduce el antecedente "ojos", (sujeto de la oración); luego, se le aplica a él, según las normas más elementales e inflexibles de la Gramática Castellana. "La embriaguez electrizante de los ojos", entonces. Pero usted no ha querido decir eso, ¿no es cierto? Usted, mentalmente, al escribir "electrizante forma" se ha referido al cuerpo de una mujer, a un lindo cuerpo que ahora nos está sirviendo de cuerpo del delito para que le enjuiciemos a usted como a reo de lesa gramática y lógica. Usar en esa forma el posesivo *su* es equipararse a aquellos artesanos que se gastan un castellano tan fino como éste: "La cholita ya había cerrado su puerta". ¿Cuál es la puerta de la cholita?

Don Andrés Bello advierte en su Gramática, que es la más autorizada: "Es preciso mucho cuidado para evitar la ambigüedad en el uso de los pronombres demostrativos, relativos y posesivos. Se debe indicar claramente la persona o cosa a que se refieren".

Igualmente el insigne filólogo colombiano, don José Rufino Cuervo, en su magistral estudio "*Apuntaciones Críticas sobre el Lenguaje bogotano*". Libro que debiera ser el "de cabecera" para cuantos pretenden escribir e invaden las columnas de la prensa periódica, nos dice en el párrafo 317 de sus "Apuntaciones": "Tampoco es permitido emplear el posesivo *su, suyo*, sin que haya un nombre expreso o tácito a que pueda referirse". Cuervo cita a continuación muchos ejemplos de su mala construcción, de los cuales sólo vamos a reproducir éste: "En una traducción moderna hecha en España tropezamos con este pasaje: "La Religión católica no obliga a descubrir *sus* pecados a todo el mundo"; debió decirse "no *nos* obliga a descubrir *nuestros* pecados, o *no lo* obliga a *uno* a descubrir sus pecados, etc. La corrección que aconsejamos — concluye Cuervo — tiene además la ventaja de curar a esa frase de la anfibología de que adolece, como fácilmente se echa de ver".

Continuemos, aun: Nos habla don Ramiro de "esas líneas cuya avalancha subyugadora adormece como un incienso". ¿Cómo una avalancha de líneas puede adormecer como el incienso?... Nosotros creemos que cuando hay avalancha, por muy musulmán que uno sea, no se adormece, y por muy sacristán que se quiera ser, no puede percibir en las *líneas de una mujer*... olor a incienso. Lo único que podrá oler, pero no en sus líneas, sino en su cuerpo, será aquello que los romanos llamaban el *odore di fémina*. Salvo que la dama de la Silueta tenga el mal gusto de usar ese perfume de iglesia, o sea una beata recalcitante y viva en las sacristías.

Continuemos la necropsia. (Esto sí que ya va oliendo a cadáver). Pasemos el acápite aquél que sigue al anterior,

donde don Ramiro nos dice que su víctima es “por sus contornos (mejor sería “alrededores”), latina, y, por sus ojos, labios y todo lo demás, “hija de la rubia Albión”. Lo que a nosotros nos consta es que es hija de un austriaco rico. Ahí está el busilis del estropicio literario del señor Gobarced.

Agrega luego: — “¡Cuánta dulzura y cuánto vino de turbación se destilan por sus miradas!”

Y nosotros que hasta ahora creíamos que el vino no se destila, sino que fermenta en los lagares, después de la pisa del mosto... Pues, señor, ahora don Ramiro, ha descubierto “ojos que destilan vino”. Felipe Trigo tituló a una de sus novelas “La de los ojos de color de uva”, pero no se trataba más que de color; ahora don Ramiro ya está pensando en sacar vino... Lo que no ha de sacar es *trago*.

Pero, en fin, esto del vino no es tan grave. Lo que ya es impasable es cuando nos dice que la dama de su “Silueta”, “tiene unos mohines afrodisíacos”.

¿Conque afrodisíaca, eh? Ni que en sus “mohines” hubiera instalado otra fábrica para la destilación de cantáridas. ¡Qué barbaridad, don Ramiro!

Abramos otra vez ese mamotreto antipático y terrible, al que don Ramiro parece profesarle el odio de Sancho a la manta, el Diccionario, y veamos: — “*Afrodisíaco*. — Dícese de ciertos excitantes del apetito venéreo”. — Con que ya sabe usted, don Ramiro. Y ruegue a Dios que no se entere de ello la familia de “la afrodisíaca”, porque les correspondería querellarse contra usted, pidiendo se le aplique los artículos 483, 486, 547 y 550 del Código Penal, por calumnia o libelo infamatorio.

Y preferimos no continuar, porque no queremos ser crueles. Con lo dicho, basta.

Conque, don Ramiro: antes de meterse a pintar, aprenda a dibujar, o lo que es lo mismo, antes de dárse las de cronista galante, abra usted frecuentemente el Diccionario, consulte la Gramática, estudie “El Arte de Escribir en Veinte Lecciones” de Toro y Gómez y, sobre todo, no pierda el sen-

tido común. Un poco de Urbanidad tampoco le sentaría mal. Y ándese con tiento: no vaya a darle *cantariditis* si a continuar observando a sus "Siluetas" con mirada musulmánica, sigue usted descubriendo cada chiquilla afrodisíaca, que pasma.

Potosí, 1928.

# AGUAFUERTES DE ROBERTO LEYTON

## (CARTA ABIERTA)

CUANDO ME DIO A LEER SU OBRA "Aguafuertes", debo confesarle que me chocó, en un principio, su forma de escritura: me parecía una forma demasiado arbitraria, seca y esquemática, enumerativa, como si en lugar de escribir un relato novelesco, se hubiese usted propuesto redactar una serie de telegramas o escribir una literatura en clave. Aquello iba en contra de lo habitual de mis lecturas y en contra también de mi criterio sobre lo que debe ser una novela, desde el punto de vista de la técnica. Mas, conforme he ido avanzando en la lectura, adaptándome a su temperamento y su estilo, he ido convencíendome de que, lo que en un comienzo creía defecto suyo, en realidad era mío: un enmohecido prejuicio de literato apegado a fórmulas consagradas y ya fosilizadas por el uso.

Concluída la lectura de "Aguafuertes", mi impresión ha sido muy diversa.

La cualidad que resalta en usted, en primer lugar, es la percepción vigorosa y *colorida* de la realidad externa: es usted un marcado temperamento de *pintor impresionista* que en vez de colores usa palabras, pero ellas tienen tal enjundia pictórica que a usted le basta con un adjetivo para evocar una calleja, para animarla, hacerla vivir: es usted un colorista rotundo y sugestivo como Teófilo Gautier, uno

que como el autor de "*Emaux et Camées*" "sabe ver el mundo exterior".<sup>(1)</sup>

Al leer sus "Aguafuertes", he recordado más de una vez a Paul de Saint Victor, el estupendo colorista de "Las Dos Carátulas", apodado por la crítica francesa "el veneciano del estilo", de tanto sentido gráfico y pictórico que su prosa resulta como una tumultuosa *kermesse* o un "Capricho" de Goya. Usted escribe con la misma tendencia temperamental: sus frases, sus metáforas, sus imágenes, parecen brochazos, de esos geniales como un crepúsculo de Zuloaga.

Por este aspecto, la intuición inédita de la realidad y su manera "sintética y gráfica" de escribir, deviene usted un escritor *moderno*, de la modernidad más avanzada, que lo emparenta con los más audaces poetas vanguardistas, — dadaístas, creacionistas, ultraístas, suprarrealistas, etc. — que cuentan con adeptos en todas partes, y muy escasamente en Bolivia. No hay para qué detallar las finalidades estéticas que persigue cada una de estas escuelas y las personalidades que las representan como el célebre Apollinaire, Tristán Tzara, Reverdy, en Francia; Huidobro, Jorge Luis Borges, Maples Arce, etc., en Hispanoamérica. Conocemos todo eso. Pero los que nos educamos en el merengue preciocista del *rubendarismo*, o del "realismo zolesco", tan detallista y a veces psicológicamente miope o del trasnochado romanticismo de Lamartine o Musset, o, más frecuente del Becquer de las golondrinas o el Campoamor de las "Humoradas", no nos atrevemos, o ya no podemos, cambiar de manera. Resultamos atrasados con respecto al cinema-

(1) El autorizado autor de "Histoire de la Littérature Française", Gustavo Lansón, al ocuparse en su estudio de la personalidad de Gautier, nos dice: "Il était venu à la poésie par un atelier de peintre: et il ne fut qu'un peintre fourvoyé - par honneur - dans la littérature. Il se définissait 'un homme pour qui le monde extérieur existe'". - Gustavo Lansón. - Obra citada. - Pág. 965. - Chapitre III. - La Poesie Romantique".

tismo del tiempo actual. No hemos tenido — hablando metafóricamente — la audacia de cortarnos las trenzas literarias e ir a la “melenita” a lo garzón.

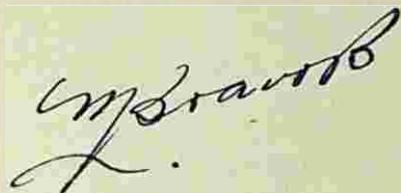
Usted se las ha cortado. No sé si por su propia deliberación, o, — lo que es más seguro — espontáneamente, estimulado a ello por su temperamento en el cual es imposible dejar de reconocer la riqueza selvática de su tierra virgen, henchida de energía creadora.

Mi complacencia es grande al constatar en usted a uno de los valores de mayor porvenir en la literatura nacional. Literatura honrada, humana y sincera, hasta cruel, disconforme y revolucionaria, que está comenzando a hincar sus dientes de león en la carne de la realidad boliviana, tal como en Potosí no ha existido antes sino en circunstancias muy raras. La literatura de antes, cuando no fue fofamente *tradicionalista*, fue una literatura domésticamente aduladora de una sociedad mediatizada y chata. Me refiero a esa literatura aldeanamente “cursi” de los álbumes y epitalamios, de almanaque y aniversario cívico: es decir, no “literatura”, sino el arte menegildo de halagar y complacer a los amigos y a los potentados, sobre todo, y contribuir al definitivo achatamiento espiritual de una sociedad caída en la más nefasta ramplonería sentimental e intelectual: literatura de “*velorios literario-musicales*”, o sea el arte metódico del cultivo de la hojarasca y la verdolaga. No: si los jóvenes que espiritualmente hay en Potosí, no reaccionan con zarathústrico coraje contra esta que Nietzsche diría “perversión de valores”, corre la sociedad el peligro de morir ahogada en su propia ramplonería como el cerdo en la ciénega o de convertirse en la bíblica estatua de sal, si persiste en seguir mirando el pasado.

Y siento decirle que en esta correspondencia no he alcanzado a expresarle ni la décima parte de las ideas y consideraciones que el rico contenido artístico de sus “*Agua-fuertes*” sugiere con respecto a una nueva técnica de la novela, por una parte, — cuanto a la forma — y la moralidad

del ambiente potosino, — en el fondo que refleja su libro. En mi concepto, los versos de José Enrique Viaña, — coleccionados en sus volúmenes “La Humilde Ventura” y “Camino Soleado”, los dramas sociales de Valentín Meriles, “La Mala Senda” y “El Alma de la Provincia”, las comedias reideras de Daniel Zambrana Romero, como su aplaudida “Por Ministerio de la Ley” y los dramas *keswas* de Zárate Araujo, como “El Indio, la Hacienda y el Cuartel”, con más sus “Aguafuertes”, es lo mejor que ha producido Potosí en materia literaria en los últimos tiempos.

# LA TÉCNICA Y LA MORALIDAD DE AGUAFUERTES



HOY HE VUELTO, amigo Leytón, a releer su novela y me apresuro a manifestarle desnuda y atropelladamente, — tal vez — mis impresiones: ¡Qué buena es su novela! Buena por la originalidad de su técnica y por la lección de moralidad, de honda y sangrante moralidad, que lleva implícita. Flaubert, el maestro, escribe en las admirables páginas de su *Correspondencia*: “*Si le lecteur ne tire pas d'un livre la moralité qui s'y trouve, c'est que le lecteur est ou que le livre est faux*”.<sup>(1)</sup>

Guillermo de Torre, — el líder de los Ultraístas ibéricos — ha prometido dar el patrón de la “novela nueva”. No es conjeturable cómo saldrá de esta aventura el autor de “Hélices”. Nunca se han escrito obras maestras, deliberadamente. Ellas, como el Quijote o la Celestina o el “Martín Fierro”, han resultado “geniales”, espontáneamente. Sospecho que en Guillermo de Torre hay algo de “pose”. Sin ser usted Guillermo de Torre o Marinetti, ni estar metido en ninguna capilla literaria, en una “coterié”, ha dado con una técnica, sino original del todo, (nada nuevo hay debajo del sol) con un procedimiento muy propio suyo.

Como en el verso “ultraísta”, no hay nada de descripción ni de anécdota y se da sólo la emoción pura o la ima-

(1) Cf. “Les Grands Ecrivains Français. FLAUBERT” par EMILE FAGUET. Paris. - Librairie Hachette et Cie. - 1913. - Página 179.

gen dinámica, así, en sus "Aguafuertes", prescinde usted de la descripción, presentación de personajes y disertaciones de varia índole que constituyen "el peso muerto" de la novela realista y "naturalista", (a la manera zolesca, especialmente); en la suya todo es síntesis: pocas descripciones, de un certero poder sugestivo. Lo demás, todo diálogo, todo acción. Su técnica es, más bien, cinemática, por transición rápida y superposición de planos. (1)

Además, ofrece usted otra ventaja: no nos dice si su personaje es así o así, como a usted le parece o le interesa que así sea; no se introduce usted en el relato; viceversa, se hace usted a un lado, los deja obrar libremente a sus personajes; y, eso, sencillamente, es admirable... Y lo digo admirable, porque esta "serena neutralidad contemplativa", casi nadie ha alcanzado en Bolivia, entre los novelistas.

Las novelas de Arguedas, Chirveches y Mendoza — nuestra trilogía, ya clásica, de novelistas — podrán superar a la suya en amplitud de pintura de ambientes y creación de caracteres, pero usted les gana en su vigor pictórico y la modernidad de la técnica: ella está en relación con estos días del avión, la radio y el dinamismo de todo en todo, desde el modo de vivir hasta el de pensar y... escribir! Por este aspecto, usted no parece un escritor boliviano, donde aun llevamos esta vida procesional y provinciana tan archiespañola: parece usted un escritor que hubiera experimentado el vivir célebre de las urbes cosmopolitas. Sin que sea usted ni futurista, ni ultraísta, ni unanimista, ni nada de eso, espontáneamente ha resultado con el sintetismo y grafismo de estas escuelas, pero que con un vigor de primitivo que aquellos, ultrarrefinados — fin de civilización — no tienen. Esto cuanto a su técnica y estilo.

Cuanto al fondo, a la pintura de caracteres, — lo esen-

(1) Entiéndese el término "cinemático" en la filosofía, actual como sinónimo de "movimiento".

cial en la novela — no he de detenerme mucho. La suya no es psicológica, ni podría serlo, dado nuestro ambiente, donde no se presentan a la observación del novelista esos temperamentos de rica vida interior o de morbosas aberraciones psicopáticas que dan la materia prima para esa clase de novelas; es, simplemente, de costumbres. Mas, por ello, no es usted un costumbrista de mirada superficial, que sólo percibe el aspecto pintoresco o folklórico, sino un artista de mirada profunda que, para decirlo bergsonianamente, “sabe apartar los símbolos prácticamente útiles de la realidad diaria, las generalidades convencionalmente aceptadas, en fin, todo lo que nos disfraza la realidad, para ponernos frente a frente de la realidad”.<sup>(1)</sup> Que es lo que, según Bergson, revela al artista, distinguiéndolo del resto de los hombres.

Sin proponérselo, sólo con pintar la realidad tal como usted la ha percibido a través de su temperamento, se nos presenta usted como un moralista profundo, duro e implacable, como esos médicos que, sin decir palabra, sin pronunciar sermones frailunos, se limitan a mostrar la llaga. Espantados, la contemplamos. Eso vale por todo.

En efecto, — debo confesarle — que al ver la figura de su protagonista, de ese Armando Costas precozmente encenegado en el vicio, sin el menor asomo de escrúpulo moral, huérfano de todo ideal, sin más estímulo que el deseo de placeres fáciles, concurrente de cantinas y prostíbulos desde el colegio, sin ningún miramiento con las mujeres, a quienes las considera sólo como instrumento de placer, de cualquier clase que ellas sean, — señorita, chola o imilla, — al ver, en suma, la enorme depravación afectiva y moral en que ha caído la juventud boliviana de estos días y al constatar, por encima de eso, que, en Armando Costas, con

---

(1) Véase: LA RISA. Ensayo sobre la significación de lo cómico por Enrique Bergson.

todos sus alardes de despreocupación moral o su inconsulto amoralismo, su colegialesco desprecio de los convencionalismos sociales, a los cuales se adapta, sin embargo de desdenarlos, al ver esa sensualidad sucia y triste y esa vida de prostíbulo barato y de taberna suburbana que hace, late, en el fondo, un bostezo de hastío y una convulsiónada mueca de asco por sí propio y por los demás, un temblor de horror y repugnancia me ha recorrido, como un escalofrío, por mis vértebras. Porque no podemos hacernos a un lado: en Armando Costas ha tipificado usted a toda la juventud boliviana de estos días y esa juventud de Armando Costas, en quien debiera haber intensificado más la abyección política, añadiéndola a la ignominia espiritual; para que la figura sea más completa, es la única juventud que hemos vivido. No conocemos otra.

Créame si le digo que al concluir "Aguafuertes" me ha venido una tal repugnancia de mí mismo y he tenido una imagen tan lúgubre de nuestro ambiente social y de nuestras costumbres mestizas, que no he podido permanecer en mi casa y he tenido que salir a la calle a departir con alguien mi impresión, para desahogarme, freudianamente, de ella. Su libro ha sido un descubrimiento y un latigazo.

Después me he puesto a pensar en la gran utilidad social de los artistas: ellos nos hacen ver nuestra propia realidad y la del pueblo donde vivimos, con esa claridad nueva que sobre ella proyecta el Arte: sólo entonces comprendemos, cuando vemos reproducidos en otros, — en los protagonistas — nuestros propios defectos, a qué grado de ignominia hemos llegado, como en el caso de Armando Costas.

Para concluir, le diré que no creo equivocarme mucho, si afirmo que su libro ha de llamar la atención, y sus lectores han de reconocer la exactitud de su personaje, ya que quién más, quién menos, todos tenemos algo, — o mucho — de su infortunado héroe.

Por lo pronto, yo le reitero mi aplauso. Encuentro en usted, que a más del artista de la prosa, es un escritor

"honrado". La honradez literaria consiste en escribir tal como se siente y expresarlo sin temor a nadie. Y esta es la literatura que hace falta en Bolivia. Debemos pintar al desnudo todo nuestro dolor, toda nuestra miseria. Y, para que esa redención por el dolor se apresure, urge hacer como en la Rusia de Dostoyewski y Tolstoy, una literatura veraz y humana. Sólo así seremos dignos del Arte. Usted, con "Aguafuertes", es uno de ellos.

Potosí. 1928.

NOTA BENE. — Estas dos correspondencias críticas provocaron muchos incidentes, algunos divertidos. Un escritor de Oruro, cuyo nombre no me interesé en autentificar, me suministró una buena "paliza" bajo pseudónimo, en el periódico "La Patria". Allí me decía "que yo era un loco", que estaba "inventando genios en Bolivia". Yo le repuse en otro artículo que lo publiqué en el periódico de Potosí, "La Propaganda". Allí le decía, en síntesis: "Sí, soy un loco", pero, con mi locura, he alcanzado tres cosas buenas: una, sacar del anonimato a un joven escritor, antes de ahora desconocido, y que hoy ya comienza a ser discutido; dos, brindar la oportunidad para que un hombre generoso como había sido el señor Abraham Nahim, — súbdito árabe residente en Potosí — evidencie su espíritu de Mecenas, pues, a la lectura de mis cartas y sabiendo que Roberto Leytón es pobre, costeara la edición de "Aguafuertes" y tres, que usted, — me refería a mi impugnador de Oruro — luzca su talento pegándome palo bajo de un discreto pseudónimo.

Por lo cual sería aplicable a mí también lo que Polonio — en la gran tragedia de Shakespeare — decía de Hamlet: "Sí, es un loco, pero en el fondo de sus locuras tiene cierto método".

Así, las cosas, cuando yo mismo estaba a punto de dudar de mis aptitudes de socrático "parteador de espíritus", llegó de Lima la revista de cultura "La Sierra". Y, en ella, un artículo del autorizado escritor Emilio Romero. Aplaudía "Aguafuertes" con más calor que quien esto escribe. — El escritor limeño considera "Aguafuertes" "como una de las mejores novelas escritas en Bolivia". Con eso, y otros juicios elogiosos que ha merecido la obra primigenia de Leytón, — posteriormente ha producido dos nuevas novelas, la novela de la mina en "Los Eternos Vagabundos" y la novela de la guerra del Chaco, en "La punta de los 4 degollados" — espero que el escritor orureño habrá reconocido que la locura generosa es siempre mejor, porque tiene fe en el porvenir, que la miopía aldeana que se enmohece en la rutina enquistada en lo mezquino.

Nota de 1944.

## CIRO TORRES LOPEZ EN POTOSI

Presentación del escritor argentino  
en representación del "Círculo de  
Bellas Artes de Potosí".

EL AMOR Y LA AMISTAD, estas dos virtudes por las cuales alcanza alguna dignificación "el oprobio de vivir y el horror de pensar", tienen eso de característico: nacen con la subitaneidad del relámpago: se precipitan.

Es lo que me ha pasado con Ciro Torres López. Me lo presentaron la otra noche y ahora somos ya viejos amigos. Si tan dentro de mi alma se me ha asentado su espíritu, es porque ha operado este milagro la fraternización en unos mismos ideales y sentimientos. Si su personalidad ha llegado a serme tan entrañable, voy a ver ahora la manera de provocar los mismos sentimientos en el auditorio. Ignoro si alcanzaré ello, pues no sé si el público participa de las mismas ideas y los sentimientos que sustentó y por los cuales el espíritu del conferencista se me ha incrustado en el corazón.

No he de ponderar su valor intelectual. Eso ya lo han hecho quienes dan autoridad a sus juicios, como Horacio Quiroga quien afirma de Torres López "que es el escritor de más garra de su generación", sino he de destacar otro matiz muy significativo de él, su dinamismo eufórico: él es un nuevo tipo de intelectual que no se contenta, como otros de sus compatriotas, en acumular cultura mediante libros y universidades, llevando la vida cómoda de un burgués se-

dentario; contrariamente, es un temperamento dinámico que recorre países y campos estudiando la realidad frente a frente, y un alma verídica que quiere informarse objetivamente para nutrir su obra con la médula de león de la verdad vivida. Alma viajera y corazón hazañoso, ha batido el record de duración en su vuelo Buenos Aires-Santiago, y ha recorrido palmo a palmo su patria, echando mano de todos los recursos de movilidad moderna. En Bolivia va a realizar igual aventura. Visitará próximamente las desconocidas y hechizantes regiones del Oriente.

Esta labor no puede menos que obligarnos a la gratitud. Para nadie es un secreto que Bolivia es el país más desconocido, más ignorado de América.

Cuanta mayor labor de "descubrimiento" se haga de Bolivia, tanto mejor para nosotros. Vivimos en Bolivia encastrosados entre la inaccesibilidad de nuestras montañas, sin aspirar jamás el perfume de las ondas marinas, con la suspirante nostalgia de nuestro perdido mar. Este mismo aislamiento le da a nuestra patria un aire inconfundible de pueblo amurallado que lleva una existencia singularmente dura y trabajadora. Esto es lo que va a ver Tórres López. Es decir, va a descubrir la Bolivia verdadera, la Bolivia que ama y trabaja, la Bolivia que piensa y sufre. Sobre todo la que sufre, porque, como nos lo ha dicho él mismo, Bolivia es un país como Rusia y si ha de encontrar fuerzas para levantarse y reaccionar de su secular postración es por el acicate de su dolor inmérito.

Tórres López tiene razón en este su fisiognómico atisbo. No tenemos para qué negarlo, ni velarlo con eufemismos o piadosas mentiras patrióticas: la realidad de nuestro sufrimiento como pueblo y la realidad de nuestra alma triste como raza. Sí, somos un pueblo sufrido, como pueblo; somos una raza triste, como raza. Nuestro mismo paisaje andino es de una desolación infinita donde el hombre, para vivir, tiene que desenvolver un máximum de energía vital.

Decía Goethe: "Las virtudes de condescendencia son

escasas en los pueblos pobres”: Esas virtudes y el resto.

Además, hay otras razones, más profundas, para que este libro no sea bien comprendido. por lo pronto.<sup>(1)</sup> En él, por primera vez, se nos plantean los problemas nacionales desde un punto de vista opuesto a aquél desde el cual estamos acostumbrados a contemplarlos, desde el Oriente y no desde el Occidente. Ahora es el Oriente quien expone sus vivencias al Occidente, invirtiéndonos la perspectiva consuetudinaria. Y nada hay más difícil para la mentalidad común que cambiar de criterio. Los hábitos mentales son indesarraigables.

Y, todavía, a más de eso, Tórres López es un *nuevo tipo de intelectual*: es un “trascendentalista” que se esfuerza por descubrir “*el sentido interno*” de los hechos, relacionando los aspectos al parecer más alejados para esclarecer su real significado.

Potosí. 1928.

---

(1) El autor se refirió posiblemente a originales sobre Bolivia que le enseñó el Sr. Tórres López en su primera visita a Potosí. — N. de E.

## BOLIVIA VISTA DESDE EL ORIENTE

BOLIVIA ES UN INMENSO desierto espiritual, un congelado páramo del alma donde no acierta a enverdecer siquiera una yervita de bien y de belleza. Todo se marchita. Los mejores anhelos, las más nobles esperanzas, si de algo constructivo se trata, fracasan. ¿Por qué? Todos tenemos fuerzas para destruir, nadie para crear. El sentido mismo de nuestra vida es derrotista, anulador de valores, con inclinación a la ruina y el aniquilamiento: hay un *nihilismo* propiamente boliviano, indígena.

En ninguna parte la labor del escritor, del hombre de ideas e inquietudes, es más ardua que entre nosotros. Y a la larga cae vencida por incapacidad del ambiente. "Escribir en España, — decía Figaro — es llorar". Escribir en Bolivia es matarse.

Ningún escritor boliviano ha obtenido el fin con un libro que se escribe: penetrar en la conciencia del pueblo, despertarlo a la vida de la conciencia vigilante, a una más clara comprensión de la vida. Es que no se lee. Y, si alguien lee, no comprende. Y, si comprende, comprende mal. El amor a la cultura apenas está despertando. Es necesario crear el respeto por el libro, el gusto por la lectura, creadores o negativos para la cultura de los pueblos. Es que se trata de escritores de mentalidad educada en las normas mecánicas del cientificismo del siglo XIX, — comtianos, tainianos y spencerianos —. Creen que el culmen científico está en la fidelidad al dato objetivo o al documento. Mas, no ex-

traen de ello más substancia que una estrecha inducción o deducción objetivas. El autor del libro que comento, enervado por la nueva filosofía intuitiva y creacionista de la post-guerra mundial que ha ampliado de modo tan grandioso el horizonte intelectual, llenando de un sentido cósmico, ecuménico y trascendental hasta los fenómenos más desposeídos, al parecer, de aquel sentido; como la invención que establece *Spengler* del alma faústica con la invención y uso del reloj por los occidentales, exige, para ser bien comprendido, lectores que se encuentren al tanto de estas nuevas ideas y sean capaces de respirar en la misma atmósfera de altura que es el clima espiritual del escritor.

Y, esto, en Bolivia, donde se habla de *Proust* con la misma desenvoltura con que se manejaría a cualquier Blasco Ibáñez y se conoce a *Spengler* y *Keyserling* por los reportajes de "La Nación" de Buenos Aires, es pedir mucho. Eso, en tratándose de los jóvenes, que los de la generación anterior, ya no pueden salir de su *Taine* y su *Renán*. Eso, los hombres de estudio, entre los viejos. Que los demás... esos no han leído nada, ni el Catecismo del *Padre Astete*.

Ha de sorprender que en este libro sobre el Acre, el autor conceda mayor importancia no a los hechos grandes; aparatosos y relumbrantes, sino a lo menudo, menospreciado por el vulgo, pero que para el observador agudo, esconden en su pequeñez, mayor significado. Tal, cuando frente a un perro canijo y senescente, piensa en nuestra moral afeminada, tan opuesta a la viril nietzscheana, o, como cuando, en Cachuela Esperanza observa a unos niños que están apedreando una vaca hambrienta, y piensa en el "espíritu destructivo", odiador de la naturaleza de aquellos niños. Espíritu de destrucción que mañana se convertirá en una fuerza negativa para el porvenir de la propia comarca. Aquellos hombres tendrán el alma pronta para destruir, ningún espíritu para crear. Ese hecho, que para un observador superficial habría carecido de significado, le sirve al autor para llegar a enseñadoras conclusiones sobre psico-

logía colectiva, — el sentido negativo y ferozmente individualista de la vida nacional — por una parte, y, por otra, para constatar que en lo económico, cuanto a utilización de la riqueza nacional, ella se pierde en el país porque a éste le falta hasta una rudimentaria organización institucional; que se vive, en suma, en plena incultura.

“Habrá tanta más cultura en un país — afirma *Guillermo Ostival* — cuantas menos fuerzas materiales y espirituales queden desaprovechadas”. A estar con esta exacta definición de la cultura, de Bolivia no hay más que pensar que es uno de los países más incultos de la tierra. ¿Cuántas fuerzas materiales y espirituales dejan de aprovecharse en la nación? Este mismo libro sobre el Acre lo comprueba: la riqueza natural fabulosa de aquellas paradisíacas tierras no es utilizada ni en su milésima parte.

Este procedimiento de relacionar diferentes aspectos de la vida de los hombres o de los pueblos, así como el hecho de valorar otros que no estamos acostumbrados a tomarlos en cuenta, — tal la forma de la vivienda, el color y ornamentación de los trajes, las comidas típicas como el “majao” cruceño, etc. — ha de desorientar a muchos lectores, especialmente a los que se han quedado en la sociología mecanicista del siglo pasado.

“Las maravillosas tierras del Acre” es un libro rico de atisbos agudos henchidos de gérmenes. En él se agitan, con febril ansia suscitadora de inquietudes, los más serios problemas de Bolivia, singularmente los de raza, población, emigración; la creciente *brasileñización* del Oriente; los de vialidad y demografía; en suma, los problemas de la cultura de nuestro tiempo, avizorados no desde un punto de vista estrechamente nacional, sino ecuménicamente americano y mundial.

Para *Torres López* el problema esencial tanto de Bolivia como del Perú y otras naciones de Indoamérica, como el mismo Brasil y el Ecuador, no es el problema geográfico, como se cree, sino, sobre todo, el étnico. Si Bolivia resulta

un país tan retardado en su progreso, en comparación con el ritmo cada vez más cinematográfico con que marcha la "civilización", ello obedece a que las razas aborígenes, — pesos muertos para la cultura, elementos anquilosados en una ancestralidad estática — asumen para Bolivia la agudeza de un problema de extraordinaria gravedad. Bolivia es una nación con abismáticos antagonismos geoétnicos y la más heterogénea sociabilidad. Mientras un escaso elemento blancoide europeizado, es capaz de sentir y vivir con el espíritu de la época, en cambio, la enorme mayoría terrícola, vive con un retardo de milenios al tiempo actual: este es el problema de los problemas que aún no se lo ha visto en su tremenda realidad.

Todos estos aspectos y muchos otros, como la ponderación justiciera de los exploradores y civilizadores de la selva como *Vaca Díez*, *Agustín Palacios*, *Orthon*, *Heath* y otros — cuya formidable labor no se conoce, menos avalora — así como los relacionados con la industria, el comercio, la demografía, etc., avaloran "Las maravillosas tierras del Acre". Libro dinámico y vitalista, rico de sanos jugos de la selva, pleno de naturaleza y eufórico de vida, no solamente alcanza la virtud de incorporar a la conciencia nacional aquel rico y hermoso territorio, del que tan vagas noticias se tiene, sino que también trae a la meditación de los estudiosos la vibración clamorosa de los problemas cardinales de la nacionalidad. A través de sus páginas, no es difícil constatar que en ellas late un generoso espíritu rico de potencia intelectual. Pero no de una potencia intelectual puramente especulativa, kantianamente luminosa y fría, sino caldeada de un panteístico humanismo que se desborda en efusiones emotivas. Es que el autor, conquistado por la belleza de aquella *terra incógnita*, y por el dolor de la vida, ha llegado de tal modo a amarla, que al escribir sobre ella, lo hace con una mentalidad universalista, pero sintiéndola con un corazón boliviano. Es ya una constatada adquisición de la psicología estética que el artista, a tiempo de

crear una obra, la primera condición que requiere, para henchirla de vida, es transfigurarse en el motivo de ella, como cuando Goethe se suicidó espiritualmente en Werther o Flaubert sentía las náuseas del arsénico cuando se envenena *Emma Bobary*. *Tórres López* al escribir sobre las "maravillosas tierras del Acre", lo ha hecho no como un simple turista que recoge impresiones pintorescas, sino como un acreano para quien es cuestión de vida o muerte el porvenir feliz o negativo de aquella región. De otra manera no habría logrado dar la consistencia medular y la cordialidad emocionada que su libro presenta.

Esta labor creadoramente bolivianista tendrían que reconocerle hasta aquellos que, incapaces de salir de la caverna egocentrista donde espiritualmente habitan, han combatido al escritor argentino calumniándole tan altoperuanamente. Si esta obra no obtiene, de pronto, el éxito que merece: estoy seguro que, en el porvenir se le hará justicia, como hoy estamos comenzando a hacerle a *René-Moreno*. Se trata de uno de los más bellos y sugestivos libros que la espléndida naturaleza del oriente boliviano ha producido a través de una vibrante sensibilidad americana.

# LA IGNOMINIA COMIETIDA CON UN INTELLECTUAL

“Es preciso decir la verdad  
e inmolarsé”.

Voltaire.

ULTIMAMENTE, CIRO TORRES LOPEZ, lúcido intelectual ya ampliamente conocido entre nosotros por sus conferencias y sus libros, decidió dar nuevas conferencias sobre cardinales problemas de la nacionalidad y de la hora actual.

Dado el conocimiento *experimental* que posee del territorio — pues lo ha recorrido, en tren de estudio, casi en su totalidad — y el criterio universalista con que enfoca los problemas, sus conferencias, pronunciadas en Oruro, bajo el auspicio de la Universidad, han revestido vivo e inusitado interés. “LA PATRIA”, el diario más acreditado de la ciudad de Pagador, informa en su N° 3.501, del 12 de marzo último: “Ayer tarde en el salón de actos de la Universidad se realizó ante una concurrencia que llenó completamente el salón, la conferencia del escritor argentino Ciro Tórres López, la primera con que inicia la serie de conferencias que se ha propuesto efectuar en las diferentes ciudades del país, con objeto de perfeccionar, coregir y aclarar sus observaciones y estudios sobre los problemas bolivianos, trabajo a base del cual editará una nueva obra bolivianista: “*Hagamos una Bolivia mejor*”.

En la primera conferencia se refirió a *la tierra*, fisonomizando las características de las cuatro porciones del territorio. Señaló la riqueza "potencial" de cada una de ellas. Riqueza que constituirá la base de una máxima prosperidad siempre que los naturales sepan utilizarla.

En la segunda abordó la cuestión racial. Sobre el guaraní recordó, como ya René Moreno habíalo hecho, su mayor adaptabilidad que la de los aymara-kechuas, a la civilización occidental. Pero, — según el conferenciante, — carecen, los guaraníes, de la tensión vital de los indios andinos en quienes hay que advertir, sobre todo, el hecho capitalísimo de que viven con un retardo de milenios con respecto a la época actual. Ello se comprueba por la *organización del Ayllu*, (clan); la conceptuabilidad de la sangre frente a la *sayana*; la *uta* (casa), cavernícola, y por el sentimiento heliolátrico y demoníaco del Cosmos que persevera en ellos, por un indesarraigable influjo atávico. A ellos hay que agregar el *nikilismo* del indio, más radical aún que el del mujick asiático.

Luego, destacó el hecho notorio y significativo del "transformismo" del cholo, cuyo acento no se relleva en él, sino en el tipo étnico de "*la chola*", que es donde se opera un *eugenésico* avance. La chola es matriz donde el indio ancestral refunde su milenario estatismo para cobrar el impulso energético de las razas en trance ascencional. Prueba de esto es la admirable capacidad de trabajo de la chola, su maravilloso sentido materno, su ímpetu de "cañón disparado de la nacionalidad y de la raza hacia el porvenir".<sup>(1)</sup>

A continuación se ocupó de "*la birlocha*" y del "*guachafo*". — Dos tipos sociológicos, también en etapa de "transición étnica", muy interesantes, cuya psicología y singularidades ético-sociales nadie ha estudiado, de entre nuestros sociólogos. Según Tórres López, éstos, ya han asimilado "la forma" de la cultura occidental, (o europea), pero no el "fondo": si exteriormente son hasta "ilustrados", la moral les falla, carecen del sentimiento ético de la

conducta.<sup>(2)</sup> Igualmente, habló del *maternismo* y la vida de "matriarcado" que aun subsiste en las aldeas y burgos del país, alejados de los centros citadinos; de la significación del blanco y del extranjero en Bolivia y trazó un cuadro interpretativo de la historia nacional.

En la tercera plática especificó las características y la labor negativa que realiza el *huayralevismo*, (tinterillaje o trapisondismo de los rábulas), del militarismo pretoriano, de la acción también negativa del clero, fraylismo, y de otros factores nacionales que son responsables de que Bolivia, poseyendo un territorio tan rico de posibilidades para su bienestar, se debata hoy en la miseria.

(1). — Esta idea — casi estoy seguro de ello — la captó Torres López de "El Nuevo Indio" de Uriel García. El perspicuo escritor cuzqueño, en su magistral capítulo "La Chola", del libro mencionado, escribe: "La vitalidad orgánica del pueblo mestizo, así como su aptitud creadora de arte popular, se potencia y desborda en la chola". "Mientras la india tradicional — agrega — madre de la chola, conserva su pureza primitiva, su alma reacia y nómada, en constante fuga del tiempo, la chola es la fuerza orgánica rejuvenecida que avanza desenvuelta y sin miedo hacia la ciudad, nutriendo con sus pechos opimos y maternales la energía varonil de la raza, como madre o como nodriza, con su tufo a chicha y su huaino en la garganta, como fragancias serraniegas". "La mujer india es la tradición madura y casi envejecida, por incambiable y poco plástica, de un pasado milenario. La chola es el rejuvenecimiento de esa misma mujer que engendró la indianidad o espíritu acrecentado de aptitudes germinales".

Por lo que he observado, experimentado y vivido, en mi provincia de los Chichas, (Departamento de Potosí), antes de que se escribiera "El Nuevo Indio", ya desde 1924, emprendí el ensayo de una novela plevaya, donde me he esforzado en pintar el espíritu, la capacidad de trabajo, la energía racial y dominio matriarcal de la chola en la vida del burgo mestizo. Uriel García me ha confirmado, — después — en forma de una sistemática tesis sociológica, — de auténtica, vernacular sociología americana — lo que yo, capté en forma de intuición estética como conflicto pasional que, en el fondo, es un conflicto étnico o racial.

(2). — Al hablar de "moral" y deslizar el juicio de que los pintorescamente llamados "gunchafo" y "birlocha" carecen de ella, entendemos el término "moral", tan proclive a controversias de la más varia y caótica complejidad, desde la moral cristiana hasta la moral de Nietzsche, o la doctrina dyonisiaca, en este sentido que le ha dado don Franz Tamayo al ocuparse, en "Creación de la Pedagogía Nacional", (Capítulo XXXIV), de la moralidad india. Dice don Franz Tamayo, y en esto estamos en un todo de acuerdo con el pensador andino: "Si por la manifestación de una superior moralidad se entiende ese gesto de gravedad en el hombre, con que se encaran todos los eventos de la existencia, y un sentimiento de profunda justicia, de equidad, y aun más, de amor; si la moralidad consiste en ser su propio amo, y sólo salir de sí mismo y de su propio interés, por amor y servicio del prójimo; si una gran moralidad se manifiesta por la acentuación de la personalidad, sin perjuicio y más bien con provecho de los demás; si es, especificado un poco más, la expresión de ciertas virtudes generales, tales como el trabajo, desde que se puede hasta que no se puede más, la mesura y la regla en las costumbres, y que se traduce luego en una ordenada salud corporal; la ausencia de toda maldad radical, la veracidad, la gravedad, la ausencia de todo espíritu de chacota, la mansedumbre, como condición general, la humanidad y la inocuidad; y al lado de esto como cualidades intelectuales, la simplicidad, la rectitud, la exactitud y la medida: si todo esto, decimos, es manifestación de una moralidad superior, nadie más que el indio de que hablamos, la posee, y esto, en condiciones muy superiores a todos los elementos populativos que le rodean, porque aceptamos que tratándose de moralidad pura y en sí, el indio es muy superior al blanco y al mestizo que conviven a su lado".

Véase: Franz Tamayo. CREACION DE LA PEDAGOGIA NACIONAL. (Segunda Edición). — Capítulo XXXIV. Págs. 135-36.

## EL DEBER DE LA INTELIGENCIA

SIEMPRE HEMOS ABRIGADO la convicción de que si algún respeto merece la inteligencia es cuando el intelectual, sacrificando a un ideal las granjerías del poder o el aplauso de las muchedumbres, se levanta sobre la ruindad moral de su época para predicar la verdad de su pensamiento sobre los acontecimientos políticos o las iniquidades del convencionalismo social.

Un intelectual no merece respeto porque lo sea, sino está acompañado por una moralidad intachable. Ya lo dijo Bolívar: "El hombre inteligente sin carácter es un azote". Es la experiencia americana: contados son los que como Montalvo, Martí o René-Moreno prefirieron la oscura pobreza, el exilio o la muerte, con tal de conservar su dignidad moral de pensadores independientes; en cambio ha habido cientos de intelectuales que han asaltado la literatura, el periodismo y el arte como medios de arribismo político o social. De esta corrupción se ha originado en América la plaga de la demagogia y el apostolismo de los providenciales "salvadores" de la patria, cuya mejor manera de salvarla ha consistido siempre en arruinar el Tesoro Nacional y embrutecer a las masas.

Contra esta universal prostitución proveniente de la politiquería y el intelectualismo seudorentoristas, han surgido en Indoamérica, por vía de reacción, hombres honrados en quienes los males públicos han sido sentidos como "emociones personales" y sin importarles las consecuen-

cias de sus actos, se han atrevido a decir la verdad en pueblos donde ella ha sido tan odiada, que por no llamarla de su nombre, se la ha apodado con los más calumniosos términos.

Por eso, aun Sarmiento no fue sino un loco para los partidarios de Rosas; René-Moreno, un "traidor" antipatriota para los enceguecidos bolivianos de su tiempo; Montalvo, un peligroso cleróforo para los oligarcas, Juan Vicente González, un hombre "pérfido".

Ha pasado el tiempo. Hoy son las glorias más puras de América. En medio de la perversión de su época, fueron la conciencia dolorida de la patria.

Para merecer dignamente el título de "intelectual" es necesario asumir las responsabilidades que ello comporta y, a ejemplo de aquellos héroes de la cultura, atreverse a decir la verdad donde se la encuentre y a señalar al fariseo en el antro de su iniquidad. Sólo así el intelectual dignificará su aptitud y tendrá derecho a reclamar para su actividad los respetos que ahora se niegan a su alta misión de encausador de la energía social.

Entre Cervantes que halagaba a los nobles para obtener de ellos una ofensiva protección y Quevedo que sufrió cárceles y destierros por sus acres verdades, pero que fue temido y odiado por los cortesanos de Felipe IV, preferimos quedarnos con este último:

*"Pues sepa quien lo niega y quien lo duda,  
Que es lengua la verdad de Dios severo,  
Y la lengua de Dios nunca fue muda".*

Quedan, pues, notificados los que otra cosa esperaban de nosotros, que la enseñanza de aquellos "varones máximos" de América hemos puesto siempre por encima de nuestra cabeza y que pensamos que para hacer respetar nuestra intelectualidad, lo primero es espaldarla con una pureza y altitud moral de que, en esta tierra de *mitayos*, po-

cos corazones son capaces y a la que pocas almas llegan.

Los defensores del *altar* y del *trono* dirán que esto no es más que... literatura. Sí, señores: no es más que literatura, pero de la buena. Si vosotros la podéis hacer mejor no dejéis de enseñárnosla.

Potosí. 1928.

## EL CENTENARIO DE DANIEL CAMPOS

EN ENERO DEL AÑO PROXIMO se cumple el centenario del ilustre patricio y notable escritor y poeta don Daniel Campos.

Muchas veces hemos hablado de la necesidad de valoración de nuestros "patricios", como de la irrehuible fuerza de tradición. Importa, para ello, conocerlos, reeditar sus obras, estudiar su vida, analizar su pensamiento. Esta labor no se ha hecho en Bolivia. Es urgente emprenderla. Es necesario revisar valores, para separar la ganga del metal puro y tener un criterio claro. ¿Quiénes, dentro de los hombres del pasado, son los que tienen méritos efectivos? ¿Cuáles de ellos, por lo atinado de sus ideas, por la claridad de sus juicios, por la belleza de su estilo y por otras razones, deben ser instituídos en depositarios del pensamiento nacional de ayer y que aun pueden simplificar nuestro trabajo de hoy, pues lo que ahora pensamos sobre lo nacional, tal vez ellos ya previeron con mayor acierto? Esta inquisición es preciso realizarla en beneficio de la cultura nacional. Carecemos, hasta hoy, de una historia de nuestra literatura y, por ende, de una clara conciencia de la nacionalidad. En las demás naciones indoamericanas esa tarea ya se ha efectuado en excelentes condiciones, como la historia de la literatura argentina de Ricardo Rojas o la uruguaya de Zum Felde. Aquellas gentes saben ya a qué atenerse, quiénes fueron y son sus hombres representativos y cuál el pensamiento que de ellos inspira la acción de las

nuevas generaciones, como pasa con las ideas de Sarmiento y Alberdi en Argentina. A algunos los han encumbrado y difundido tanto que ya son valores universales.

Honrando a sus grandes hombres, aquellas naciones se honran a sí mismas. Porque, como todo está predeterminado en la convivencia social, el razonamiento por hacerse es claro: si tal pueblo ha producido tal hombre, es lógico que es un gran pueblo; un pueblo inculto no puede producir un hombre de talento superior. Si la Argentina se enorgullece con personalidades como Sarmiento, Alberdi, Hernández y otros, otras naciones, si bien no en gran pie de progreso material, en lo intelectual se glorían con nombres ilustres, Colombia con Cuervo y don Manuel Antonio Caro y otros: Venezuela con Bello, Cecilio Acosta y José Vicente González, el Ecuador con Montalvo, el Perú con González Prada, Chile con Bilbao y Lastarria. Todas estas patrias han sabido dignificar a sus grandes hombres. Por eso, ellas también son naciones dignas.

Entre nosotros, ¿ha ocurrido lo mismo?... Si no fuera porque don Gabriel René-Moreno vivió la mayor parte de su vida en el extranjero, (Chile, Perú y Argentina), rotándose con los hombres ilustres de aquellos países, y mandado de regalo sus obras a las bibliotecas más notables del mundo, Bolivia se encontraría huérfana de un valor que la represente dignamente. Pero esta labor no ha sido nuestra, sino exclusiva de este hombre excepcional a quien, en Bolivia le amargamos la existencia no sólo con nuestra más grosera injusticia, sino con nuestra cavilosa *altoperuanidad*.

Y lo que ha pasado con Moreno, ha ocurrido también con otros como Nicomedes Antelo, insigne naturalista que colaboró a D'Orbigny en sus exploraciones biológicas y que faltó de ambiente en su patria, emigró a la Argentina; como Santiago Vaca Guzmán, polígrafo insigne, desterrado por Melgarejo primero y, desde entonces, voluntariamente exilado en la Argentina, y Emeterio Villamil de Rada, original filólogo, curioso tipo de hombre del Renacimiento,

que hostigado por la miseria, concluyó por arrojarse al mar en la bahía de Río de Janeiro. Si unos murieron así, trágicamente, otros voluntariamente exilados; los que no salieron fueron víctimas de la política salvaje de nuestra patria.

¿Quién revisa, actualmente, el pensamiento y conoce las angustias patrias de hombres como Avelino Aramayo, (cuyos folletos y libros están nutridos de ideas y observaciones útiles para el bien social); de Juan Ramón Muñoz Cabrera, de Antonio Vaca Díez, de Carlos Guerra, de Nataniel Aguirre, de Valentín Abecía, de otros más que se desvelaron por el progreso de la nación, y luchando a brazo partido contra la barbarie nacional, murieron, por fin, ahogándose en las cenagosas aguas de la política criolla o se congelaron de pesimismo en el páramo de la incultura boliviana?

En nuestros días la Argentina ha reeditado a todos sus clásicos. Los libros de "La Cultura Argentina", difundidos y abaratados, están en las manos de todos. Las obras de Sarmiento, de Alberdi, de Alvarez, nos son familiares. La Argentina hasta por este medio nos conquista; no basta que ejerza sobre nosotros una colonización económica: pretende también conquistarnos intelectualmente. Hace poco no más nos ha remitido algunos miles de libros argentinos, de obsequio para nuestras bibliotecas, instituciones culturales, escuelas y colegios. En nuestras bibliotecas públicas hay triplicadas colecciones de Obras Completas de Sarmiento, de Mitre, etc. Es imposible, en cambio, conseguir ni un libro de René-Moreno. Tan superior a Sarmiento en el estilo.

Mientras tanto los "valores" propios nuestros duermen el sueño del más injusto olvido en los más desconocidos rincones de las bibliotecas particulares, y sus libros corren el peligro de ser destruidos en manos de la polilla, los ratones, o las expendedoras de "ancucus". ¿Cuándo habrá reacción contra esta actitud bárbara?

Ahora que se va a recordar el centenario de un hombre que ha dejado una obra valiosa y que es un legítimo tesoro boliviano, ¿nos limitaremos a lo de siempre, a honrarlo con la lengua?

Ya sabemos lo que pasa con estos Centenarios. Profusión de *veladas literario-musicales*, discursos hueros, recitaciones cursis de señoritas idem, desfile de *yokallas* y se pondrá el nombre de Campos a una escuela o a un cuartel, — da lo mismo — o a una cantina. ¿Qué resultado se obtiene con esto? Un poco de bulla, de envanecimiento regional, cosas desastrosas.

La única manera de honrar la memoria de don Daniel Campos, escritor, poeta y señalado explorador del Gran Chaco, sería la de solicitar del Gobierno una cantidad suficiente para editar sus "Obras Completas" y hacer que ellas sean leídas, conocidas, valoradas. Lo demás, son tortas y pan pintado, como decía Sancho, el bueno.

## R A F A E L B A R R E T, U N A M E R I C A N O D E E S P A Ñ A

¿QUIEN FUE RAFAEL BARRET? Sólo ahora se comienza a conocerle. Barret nació en Algeciras, — cabeza de partido de la provincia de Cádiz, España — de madre andaluza, de padre inglés; mozo, viajó a la Corte. En Madrid hizo vida elegante, brummélica, de mundano desocupado y rico. Emulos suyos le fraguaron una infame calumnia. Barret se presentó en un teatro, en noche de moda. En pleno palco, abofeteó al calumniador. Escándalo. Barret se vio obligado a emigrar. Se vino a América.

Llegó a Buenos Aires. Comenzó a escribir en "El Diario Español" de López Gomera. Pero, pronto, descubrió en él los primeros síntomas de tisis. Se marchó al Paraguay creyendo curarse en aquel clima. Allí se casó, tuvo un hijo, Alex, en el que cifraba todas sus esperanzas, a las que Alex no respondió. Desde Asunción comenzó a enviar a "La Razón" de Montevideo unas crónicas firmadas con sus iniciales: R. B. Rodó lo descubrió. Se trataba de un gran talento según el autor de "Ariel".<sup>(1)</sup> Mas, durante muchos años puede decirse hasta su muerte, fuera de Rodó y de pocos amigos generosos como Samuel Blixen y Emilio Frugoni, sólo conoció la lívida envidia de los impotentes, el odio implacable de los poderosos, a quienes combatía y la incomprensión del pueblo en bien del cual se sacrificaba.

Sólo años después de su muerte, — en una casa de salud en Arcachón, Francia, — se ha comenzado a hacerle

justicia. Armando Donoso publica un estudio en Chile, con el sugestivo y revelador título de "Un hombre libre en América"; Blanco Fombona habla de Barret con entusiasmo y admiración y le reedita, en su Editorial "América" Biblioteca Andrés Bello, *Moralidades Actuales y Cuentos Breves*, Ramiro de Maeztu escribe sus recuerdos de cuando conoció a Barret en Madrid y José María Salaverría, en su libro "Retratos", colocándolo junto a los máximos valores de la raza, — Ganivet, Unamuno, Azorín, Ortega y Gasset, Valle Inclán, — lo caracteriza con esta exacta denominación: "*Barret, el genial fracasado*".

Eso fue, en realidad, Barret, como Emilio Becher, "un genial fracasado". Como son, igualmente, los genios españoles, genios siempre fracasados: Cervantes, *Figaro*, Ganivet.

Comparemos, por ejemplo, la vida plácida y desahogada de Virgilio y Horacio: poetas oficiales del Gran Imperio, áulicos de César Augusto, protegidos de Mecenas, del noble y generoso Mecenas. Y, dentro de la cultura occidental, cotejamos la vida de Goethe, el olímpico, con la de Cervantes, el alcabalero.

Qué resplandeciente, espléndida, áurea, la vida del autor del "Fausto". "Amigo íntimo de Carlos Augusto, duque de Weimar, de su madre, la princesa Amelia de Bruswiga, agasajado y mimado en la corte del duque, paseó con él por Suiza e Italia y luego el duque lo hizo su consejero y por último su ministro de Estado. Admirado, venerado por su pueblo, saboreó la gloria en vivo. Murió en olor de inmortalidad". En cambio, ¿cómo lo trató España al autor del *Quijote*? Simple soldado, en la batalla de Lepanto comenzó por perder el brazo izquierdo; luego, cautivo en Argel por cinco años; dos veces preso por deudas, desdeñado por aquél de quien esperaba ayuda, el Conde de Lemos, motejado de *ingenio lego*, siempre constreñido por la pobreza, explotado e infamado por sus hermanas, despreciado de todos, hasta de su mujer, vivió en la pobreza y murió en la miseria. La

gloria fue, para él, en verdad, el sol que brilla sobre el sepulcro.

“Cervantes alcahalero, — exclama el poeta Manuel Machado, — Quevedo pinche, Verlaine mendigo... Pobreza, la pobreza del saber, vencido por la suerte!”

Así también fue Barret; un alma grande en un ambiente mísero.

Cabe encontrar semejanzas entre *Fígaro*, *Clarín* y Barret. En cuanto a su mentalidad. Son escritores *sintetistas*, ricos de ideas, de ágil estilo. Escritores *dinámicos*, de pensamiento actuado: quieren transformar sus ideas en actos. Escritores militantes, no escriben por sostener eruditas tesis, como los secos filósofos, o hacer frases bellas, como los literatos puros: ellos subalternizan a un ideal redentorista toda la filosofía y todo el idioma.

Dumas, hijo, solía decir de Flaubert: — “Es un gigante que derriba un bosque para hacer una bombonera”. — (2) Análogamente, estos tres garridos escritores ibéricos, vierten toda la filosofía y agotan las gracias del idioma para hacer un artículo. Por eso, los tres, elevaron la crónica, que en manos profanas es sólo la trivialidad de lo cotidiano, a la categoría del Ensayo de arte y de filosofía. O como el hoy célebre autor de las “Glosas”, Eugenio D’Ors, quien ha adoptado el sistema, — según su propio decir — de ir de la anécdota a la categoría, es decir a la filosofía de los hechos, del acontecer diario, diríamos, o como de Azorín se expresa Ortega y Gasset: “el arte de *Azorín* consiste en que el autor de “*Un Pueblecito*” sabe extraer los “primores de lo vulgar”.

Por ello, un simple artículo de *Fígaro*, (don Mariano José de Larra), un “*Palique*” de *Clarín*, (don Leopoldo Alas), o una “*Moralidad*” de Barret, valen más, tienen más sustancia que eruditos tomasos de abstrusa filosofía krausista, o novelones de don Pedro Antonio de Alarcón, de Pereda o de cualquier Blasco Ibañez de esos escritores de tipo mastodonte.

Mas, si hay semejanza en lo que respecta a la mentalidad y "la escritura", entre estos "geniales fracasados", Barret los supera por dos cualidades que aquellos no tuvieron: el sentimiento universalista del amor humano y el evangelismo apostolar.

Metafóricamente hablando, *Figaro* y Clarín no salieron de España, o, a lo más, sólo conocieron a los vecinos, sobre todo a Francia. En ambos hay mucho de francés, pero su preocupación fue el "problema" España, como en el autor del "Idearium", el porvenir de España, como en el prometeico grito de Unamuno, "me duele España". Miraron el mundo desde el Guadarrama. Barret sentía con la misma intensidad, con el mismo universalismo ecuménico, con el mismo sentimiento de solidaridad humana del "*Homo sum: homini nihil a me alienum puto*" de Terencio; hombre soy y nada de lo humano me es ajeno, lo mismo una matanza de coolíes en las islas Malayas, como las aberraciones de España o la inicua explotación y la miseria de los yerbateros paraguayos. Por su sentimiento del dolor humano, es universal. Es un español universalizado, pero, al final, conquistado por América, es americano, un americano de España.

Y es *americano* por aquella hombría de bien, por el espíritu de lucha, por la relampagueante actitud del apóstol tan famoso como un Pablo en Grecia, que ni *Figaro* ni *Clarín* tuvieron, sino sólo don Joaquín Costa, en España, después del desastre de Cuba: el ímpetu evangélico que decimos, aquello de no limitarse a escribir dentro de la placidez de un gabinete, sino que, desenvainando la espada del espíritu, salir a la calle, descender al coso de la lidia, a luchar, a brazo partido, en defensa de los explotados y los exproliados, de "los ofendidos y humillados", por la justicia y el bien. Por eso es justo parangonarlo con los grandes americanos civilizadores: Sarmiento, Montalvo y Martí.

Una anécdota lo pinta de cuerpo entero. La tomamos del estudio que le ha consagrado en Buenos Aires, Alvaro

Yunque: "Escribía — nos cuenta — con tan recia valentía, que el coronel Alvino Jara, el autor del cuartelazo del 2 de julio de 1908, lo hizo llamar a él y a Bartotto, a su despacho presidencial. El tiranuelo Jara era un chacal: se cuentan de él hazañas como la de hundir un sable por el ano de un hombre y sacárselo por la boca. Con sus esbirros, obligó a Bartotto a que comiera la hoja del diario que contenía su artículo. Después se enfrentó a Barret :

—Ahora usted, coma su artículo.

Barret se negó. El tiranuelo, enfurecido, levantando el revólver, amenazóle con el mango:

Si no come le despedazo la cara.

Barret miró sereno con sus puros y limpios ojos celestes a la cara de la fiera omnipotente. Le respondió:

—Yo lo creía a usted todo: pero no un cobarde. Dispare!

Hay que leer libros como "*Lo que son los yerbales*" o "*El dolor paraguayo*" — este último su obra maestra — para conocer la explotación despiadada que sufre el pueblo de Solano López. Hay que conocer la vida y la obra de Barret para admirar a uno — lo diremos con una bella frase de Gracián — de los *varones máximos* que ha producido la hombría de bien en Indioamérica.

De la lectura de sus libros se sale como de un baño de purificación, limpio de alma, eufórico de vida y rico de estímulos evangélicos para combatir por el bien y la justicia, para realizar el bien sobre la tierra con las armas del amor, del amor creador de bien, de justicia y de verdad.

El ejemplo de Barret — de su jesucristiana vida y pasión — es el más digno que cabe señalar a las nuevas generaciones.

- (1) **Rodó, al comentar "Las Moralidades", cuando este libro apareció en una casa editora de Montevideo, en una carta íntima al autor, (carta recogida en el libro "El Mirador de Próspero", le dice: "Ha enaltecido usted la crónica sin quitarle amenidad y sencillez. La ha dignificado usted por el pensamiento, por la sensibilidad y por el estilo. Hay cronistas de fama europea que, escribiendo fuera del bulevar, no tendrían nada interesante que decir a nadie, y que, aun escribiendo desde el bulevar, son incapaces de comunicar a una página más que el interés efímero de la novedad que cuentan y comentan. Usted escribe desde una aldea de los trópicos, y para el público de Montevideo, y devolviendo en impresión personal los ecos tardíos de lo que pasa en el mundo, produce cosas capaces de interesar en todas partes y siempre, porque tienen una soberbia fuerza de personalidad".** Añade luego el maestro uruguayo: "Su crítica es implacable y certera; su escepticismo es eficaz, llega a lo hondo; y, sin embargo, la lectura de sus páginas de negación y de ironía hace bien, conforta, ennoblece. Y es que hay en el espíritu de su ironía un fondo afirmativo, una loatanza de idealidad nostálgica, un anhelante sueño de amor, de justicia y de piedad que resultan más comunicativos y penetrantes así: en el tono de una melancolía sencilla e irónica, que si se envolvieran en acentos de entusiasmo y de fe, o de protesta declamatoria y trágica. Su actitud de espectador desengañado, en el teatro del mundo, tiene toda la nobleza del estoicismo, pero con más una vena profunda de caridad".

José Enrique Rodó, "El Mirador de Próspero", Tomo II y último. Editorial América. Madrid. s/d. Las "Moralidades de Barret" de una carta íntima. P. 29 y sgts.

- (2) "¿Flaubert? me disait un jour Dumas. "Flaubert?... C' était un géant qui abatait une forêt pour faire une boîte". Véase Paul Bourget. Essais de Psychologie Contemporaine. Tome premier. Paris. Librairie Plon. Gustave Flaubert. Apéndice D. Pág. 175.

## LA CUESTION MORENO

“LA CANTIDAD Y CALIDAD DE patriotismo de un ciudadano no puede medirse por sus propias palabras, aunque éstas suenen a vituperio de la propia patria. Uno de los más ardientes patriotas, si no el primero, en estos últimos años de vida española, ha sido Joaquín Costa, y él ha sido quien fustigó con fórmulas las más erueles, y hasta con dicterios, a España y los españoles. ¿Podrá dudarse del teutonismo acérrimo de un Schopenhauer o de un Nitzsche? Pues nadie, como ellos, denostó a Alemania y los alemanes, ni les aguijó con sarcasmos y mofas tan enconadas. Dante, el mejor florentino, pobló sus escritos de invectivas contra Florencia y sus regidores, y murió en el destierro. La enumeración podría prolongarse indefinidamente. Y observaríamos un fenómeno curioso, de paradójica traza, a saber: que aquellos hombres renombrados que con saña mayor mostraron en público las patrias vergüenzas, sucede que fueron justamente los más patriotas. La explicación se cae de su peso. Cuanto más elevado y puro es el ideal patriótico de un ciudadano, tanta

*mayor distancia advertirá entre lo ideal y lo real; con tanta mayor pesadumbre echará de ver las flaquezas y lacras de su pueblo y con tanta mayor iracundia se revolverá contra las culpas de sus conciudadanos'.*

*Ramón Pérez de Ayala.*

## EN TORNO A LA CUESTION MORENO

HACE TIEMPO QUE DESEABAMOS conocer el pensamiento de don Franz Tamayo acerca de don Gabriel René-Moreno. En muchas de nuestras excursiones a través de la bibliografía nacional, no pudimos sorprender, en ninguna parte, ni una alusión, rápida siquiera, del pensador paceño sobre el polígrafo cruceño. Sospechábamos que la opinión del autor de "Creación de la Pedagogía Nacional" no era favorable al autor de "Ultimos Días Coloniales". La razón es obvia: se trata de dos temperamentos, si semejantes en el vigor del pensamiento, radicalmente opuestos ante el fenómeno boliviano y, por lo mismo, llamados a repelerse, "radicalmente" también. Cada uno de ellos simboliza dentro de nuestra evolución intelectual, dos momentos, totalmente distintos, de ese proceso: Moreno es un "español atávico".<sup>(1)</sup> Tamayo es un americanista sustancial. Moreno representa "el espíritu ibérico agonizando en el paisaje indígena de América". Tamayo es el precursor mesiánico del resurgir autóctono, el espíritu porvenirista del "Nuevo Indio".

Por fin, sólo ahora, se nos ha presentado la ocasión de "descubrir el juicio de Tamayo sobre Moreno. Hemos confirmado nuestras presunciones: no lo quiere. Admira al "estilista", pero no auspicia la reedición de sus obras; porque Moreno fue "el mayor difamador de Bolivia" y a él se debe "la fama infame" de "doctor altoperuano" que el boliviano arrastra en el extranjero. En opinión de Tamayo,

Moreno ha sentado escuela de difamación en su patria. Otros, sin el talento de él, pero sí, "más tontos o viles", se han dado a la tarea de acrecentar el vilipendio en gruesos volúmenes que, felizmente, van firmados por su autor, para su eterno oprobio, seguramente. No ha querido hacerle el honor de nombrarlo. Ese "tonto y vil" es el autor de "Pueblo Enfermo", libro que para desgracia nuestra se ha difundido tan clamorosamente en el extranjero, al revés de "Creación de la Pedagogía Nacional", que apenas si circuló en Bolivia y sólo ahora comienza a ser valorizado: *Habent sua fata libelli.*<sup>(2)</sup>

"Pueblo Enfermo" es un libro de crítica negativa, pero dolorosamente cierto e inexorablemente frío como el diagnóstico del *costiano* "cirujano de hierro"; "Creación de la Pedagogía Nacional" es un libro eufórico de espíritu ascensional, de ímpetu nietzscheano y rico de ideas originales y de sorprendentes audacias intelectuales, para su tiempo, — 1910. —<sup>(3)</sup> Pero, mientras "Pueblo Enfermo" alcanzó de inmediato una notoriedad ruidosa, ganándole para el autor, — en España y otras naciones Hispánicas, — prestigio de escritor veraz y valiente, "Creación de la Pedagogía Nacional" ha tenido que esperar cosa de treinta años para imponerse en la conciencia de América y ser apreciado en lo que realmente es: la ideología precursora de un americanismo que sólo ahora está cuajando en doctrina.

Volviendo al tema de este artículo, no podemos menos de expresar que nos han sorprendido las razones en que Tamayo, en el Parlamento, fundamenta su oposición para que se editen las "Páginas Escogidas" de Moreno: fue un difamador de Bolivia.

Si bien es cierto que Moreno miró a Bolivia con prejuicios de casta, con el típico prejuicio del "oriental" que encuentra al "kolla" étnicamente inferior, sentimiento que se le acrecentó por la boga, en su tiempo, de las doctrinas del evolucionismo y del "arianismo", tan cacareadas entonces por los sociólogos europeos y en las páginas del ático

y señorial escritor cruceño, es posible constatar más que serenos juicios valorativos, dogmáticas afirmaciones pasionales y furibundos anatemas contra el cholo y el indio, no es justo considerar esos juicios como premeditadamente encaminados a "difamar" a Bolivia. A la inversa, si para Moreno el problema racial constituyó una tan obsesiva preocupación, fue porque atribuía a ese factor, más que a otro, la orgía de cuertelazos, revoluciones y pretorianismos que tanto escandalizaron en su tiempo y le dictaron sus desgarrados análisis de "Matanzas de Yáñez".

Moreno, cuya formación intelectual no es boliviana, sino chilena, pues cuanto a su generación no se vincula a ninguna de las de su patria, sino a la promoción de los Barros Arana, Vicuña Mackenna, Lastarria, Bilbao, los Amunátegui, etc., — educados todos ellos bajo la sombra augusta de don Andrés Bello, — y que fueron tan laboriosos rebuscadores de documentos y tan sometidos a la disciplina del tainiano "método positivo", no hace otra cosa, tanto al comentar sus fichas bibliográficas o al historiar algunas épocas muy características de Bolivia, como "Los últimos días coloniales" en Chuquisaca; la violenta y contraproducente expulsión de los Padres Jesuítas en las Misiones de Moxos y Chiquitos y la substitución de estos abnegados "civilizadores" caucáseos, por disolutos sacerdotes cholos, o al pintar, con pincel digno de Goya, "las matanzas de Yáñez", que ceñirse al rigor del "método positivo", único científicamente válido en su tiempo. En ese sentido, Moreno se opone y se adelanta y los supera magistralmente a los historiadores bolivianos de su época. Mientras éstos eran unos historiadores "románticos", para quienes la historia o es apología cesárea como en la biografía del General José Ballivián por José María Santiviáñez o es libelo político contra Belzu como en el "Ensayo" de Cortés; Moreno sigue el método de Taine, no afirmando ni negando nada, sino es, como él mismo dice, "al respaldo del documento". Si algo singulariza el carácter, y "el tipo mental" de este escritor,

es que tuvo la pasión de la verdad, aquella imperativa, insofrenable exigencia vital de los que como Lessing o Nietzsche, no pueden vivir si no es "respirando el aire puro de la verdad". Esa fue la vida y la pasión de Moreno. El amor de la verdad y la expresión clara de ella, "cueste lo que cueste y duela a quien duela". Tal fue el buitre de este Prometeo, para decirlo en un lenguaje claro al señor Tamayo.

Ahora, que ese "esfuerzo por la verdad llevado hasta el sacrificio", se señale como un propósito deliberado de difamar a la patria, no es sino también una afirmación pasional, una salida de tono, insostenible en buena lógica.

Si a cuantos hombres que han tenido la "pasión de la verdad" y, por ello han llegado a ser "la conciencia lúcida de su pueblo", se les va a sindicar de "difamadores", entonces, para ser lógicos, habría que pensar que también lo han sido no ya Schopenhauer, que murió maldiciendo a Alemania y a Nietzsche que en "Ecce Homo" y en muchos de sus libros, dice pestes de Alemania y los alemanes y, sin embargo, la gran nación germana no se dejaría arrebatar la gloria de haber producido esos grandes hombres, sino también de espíritus afirmativos y creadores como Lessing y, sobre todo, Fichte, el gran Fichte, el de los "Discursos a la Nación Alemana". Fichte, en sus discursos, nos habla de una Alemania egoísta, perversa, materialista, satírica, ligera, frívola. Es tan fuerte su convicción en este punto, que llega a decir: "La generación actual, si no se aísla en absoluto, dejará tras sí una posteridad más corrompida, que produciría, por fuerza, una descendencia peor". Todas sus exhortaciones al bien, al patriotismo, equivalen a una negación de esas cualidades en sus compatriotas. Habla de la abyección, del rebajamiento de Alemania. Las frases, los gráficos, las alegorías, las metáforas, alusivas a este mal, menudean. "Me represento nuestra época como una sombra que llora sobre su cadáver", dice.<sup>(4)</sup>

Análogamente, Dostoiewsky, en sus geniales dilace-

raciones de las aberraciones psicopáticas del alma rusa, y el Tolstoy de "Ana Karenine" y "Redención" y, así, todos cuantos han sabido ver a fondo la realidad de su pueblo y han presentado, como en un espejo, la imagen de esa realidad. "El arte — dice Stendhal — es un espejo que uno pasea por un camino". Pero nosotros no queremos vernos la cara en el espejo de la realidad. Hacemos lo que la vieja aquella del romance de Quevedo: arrojamos el espejo.

Tarifa, 1934.

- 
- (1) Empleamos la expresión "español atávico" en el sentido que le da el Marqués de Dosfuente en su tesis "El Iberismo". Véase su libro "El Alma Nacional".
  - (2) Don Aleides Arguedas ha contestado violentamente a este apóstrofo de Tamayo, en "La Danza de las Sombras". Véase este libro: "primera parte", Barcelona, 1934, Pág. 125. Último acápite.
  - (3) Constituía una verdadera audacia intelectual, en 1910, así para nuestro país como aun para el resto de América, poner en duda "el valor de la ciencia", como lo hace Tamayo en el cap. LIV de su libro. Reinaba entonces el culto idolátrico por "la ciencia", tan magistralmente caricaturizado por Flaubert en M. Homais: "el cientificismo" tan bizarramente vapuleado después por Unamuno; pero Tamayo, por entonces, ya conocía, seguramente, el magistral estudio de Henri Poincaré, "Le valour de la Science".
  - (4) Juan Guixé, Idea de España. (Exégesis Española: Ideales Españoles), Cap. "El Ideal". Pág. 197. Madrid 1916.

# LA EDICION DE LAS OBRAS COMPLETAS DE RENE-MORENO

Carta abierta al Director  
de "El Diario" de La Paz.

ACABO DE LEER en la edición de hoy, de su diario, un artículo sobre la necesidad de editar "las obras completas" de Gabriel René-Moreno, en lugar de las "Fáginas Escogidas" que, por resolución legislativa, debe hacerse. Ya que en cierta manera soy el causante para esa resolución, pues en una notícula mía publicada en "Semana Gráfica" decía, "antes de aventurarnos a una edición de las obras completas de Moreno, para lo que el público no está preparado aún, por lo refinado de su estilo y la aridez de los temas, sería preferible comenzar por la selección hábil de unas "páginas escogidas", de lectura amena y sugestiva, como medio de ir difundándolo", debo fundamentar ese mi pensamiento.

Para ello he de referirme a lo sustentado en el artículo que motiva estas líneas. Dice en una parte: "Lo que debiera haberse ordenado era la edición de sus obras inéditas, que deben permanecer unas en Santiago de Chile y otras en Santa Cruz". Sería excelente, pero, para eso, se necesitaría erogar más fondos de los que a duras penas han concedido los legisladores y designar a un especialista que realice esas investigaciones.

"Veinte volúmenes corren impresos", dice el articulista a que me refiero. No son veinte, sino veintinueve. Pero,

¿se ha pensado que si se emprendiera la edición de las "Obras Completas" habría que hacer, previamente, un estudio a fondo de esos volúmenes? Porque hay que tener en cuenta lo siguiente: Moreno, por apremios editoriales, en diversas circunstancias, al publicar un tomo, se veía obligado a dar en éste el comienzo de un estudio y a completar en otro, la continuación de aquél; o, porque años después obtuvo mayor documentación sobre su tema, colocar en un volumen distinto la materia correspondiente a otro ya publicado. Así, en "Bolivia y Perú—Más notas Históricas y Bibliográficas", comienza por recoger las "Informaciones verbales" de doña Martina Lazcano y del canónigo Flores, y en su anotación suelta, "¡Qué porteños aquellos!", la deja en el cap. IV, para continuar con los siguientes en otro tomo, "Bolivia y Perú, — Nuevas Notas históricas y bibliográficas". Al editar la *ópera omnia*, ¿se va a respetar la forma en que publicó el autor sus estudios, u obrando con criterio bibliográfico lógico y metodológico, se va a dar ese estudio en un tomo aparte, como debiera ser? Es un ejemplo. Hay muchos otros.

Tal lo ocurrido con "Últimos Días Coloniales". La primera edición fue de un solo tomo que contenía "la narración" y "los documentos". Posteriormente, cuando en 1871, el autor obtuvo mayor documentación en Sucre, decidió, como él dice, descoser del primer tomo sólo lo referente a la narración, para hacer de él un volumen, y, el otro, con la antigua documentación y lo nuevamente allegado. A más de eso, hizo una edición de pocos ejemplares, donde por conservar esos documentos con mayor rigor científico, hizo sacar las copias fotolitográficas de ellos y dio la edición para regalo de eruditos, bibliógrafos e historiadores. Además, el prólogo que debió figurar al frente de esta obra monumental, se encuentra en otro libro, ajeno al asunto, en BOLIVIA Y ARGENTINA. ¿Cuál sería el temperamento que adoptaría el editor a este respecto...?

Moreno tenía tal cuidado al publicar sus libros, tal

buen gusto y experiencia tipográfica, que no creemos que hoy, por mucho cuidado que se ponga en ello, se alcance a mejorar la edición príncipe. Realizar esa tarea en nuestro país y con la carestía de todos los implementos tipográficos que hay ahora, sería profanar una obra que, de ejecutarla, hay que hacerla en las mejores condiciones.

Aun más, aparte de estas razones de orden material, hay que parar mientes en las de orden intelectual, relacionándolas con el público lector corriente, el llamado a comprar y leer las obras. No por complacer a unos cuantos eruditos o bibliógrafos se ha de ir a un fracaso, defraudando los derechos del lector corriente: dentro de la dispersa bibliografía de Moreno hay obras de muy diversa índole, unas que pueden interesar y gustar a un vasto público, otras solamente a especialistas. Entre las primeras están las de carácter histórico, de amena e instructiva lectura, como "*Últimos Días coloniales*" o "*Las Matanzas de Yáñez*", pero, dentro de las segundas, tenemos otras como "*Los Archivos de Mojos y Chiquitos*" de árida erudición. Lo mismo ocurre con su monumental catálogo "*Biblioteca Boliviana*", de 880 páginas, todo contraído a enumerar, por orden alfabético y cronológico, la abrumadora bibliografía nacional, guirnaldas fúnebres, memorias ministeriales, controversias jurídicas. ¿Quiénes son capaces de soportar esa lectura? ¿Cuánto significaría publicar esta obra monumental, cuya edición primitiva costó don Aniceto Arce, sólo por satisfacer el gusto de unos cuantos bibliómanos? Bibliómanos que, por otra parte, poseen el ejemplar príncipe: en Bolivia se los puede contar con los dedos. A dichos tomos, obra maestra de la bibliografía americana, Moreno continuó agregando, en los años posteriores a 1879, lo nuevamente acopiado, en su Biblioteca Boliviana, el "Primer Epítome", las "Adiciones" de Abecia y el "Segundo Epítome, ya semipóstumo, editado por Enrique Barrenechea. Además, tiene otro volumen sobre "*Bibliografía Periodística*" y otro sobre "*Tipografía Boliviana*". Todas estas o-

bras nos deleitan a los que todavía somos capaces de pasarnos días y días leyendo catálogos de libros viejos, pero de estos ejemplares de una fauna rara, ¿cuántos hay en los cinemáticos días de hoy capaces de saborear esos estudios eruditos?

En suma, mis conclusiones son estas:

a). — No es aún tiempo de aventurarse a emprender una edición de las *Obras Completas* de Moreno, tanto porque el ambiente no es lo suficientemente culto para apreciarlas, como porque, en las circunstancias actuales, no se podría hacer una buena edición y se profanaría al mejor de nuestros escritores con una edición indigna del pulcro estilista.

b). — Por otra razón, aun más básica: no es de creer que Bolivia hubiera superado ya de tal modo las imperfecciones "altoperuanas" que con tan implacable severidad fustigó Moreno, como para que algunas ideas suyas, dejen de despertar la indignación furibunda que en su tiempo provocaron. Ejemplo, lo que dice sobre el regionalismo paceño, el cholo-abogado, la xenofobia nacional, el indio, etc.

c). — Que teniendo en cuenta la modalidad típica nuestra, que por hacer lo más, no llegamos a hacer ni lo menos, ya que no ha de ser posible dar una edición de las *Obras Completas*, es preferible, por lo menos, practicar una selección de sus mejores páginas. Esta obra prepararía el terreno para ir dando posteriormente otros libros del polígrafo cruceño, tales como "*Últimos Días Coloniales*", "*Las matanzas de Yáñez*", "*Biografía de Nicomedes Antelo*", etc.

Estos son, señor Director, mis puntos de vista sobre este asunto que tan vitalmente interesa a nuestra cultura y a la dignidad del país.

## CRITERIO DE SELECCION

A LA HORA NONA, es decir, cuando casi ya no hay tiempo para hacer nada, ha aparecido un heredero de Gabriel René-Moreno, el señor Luis Ponce Suárez, a quién no tenemos el honor de conocer, pero que, dada su ascendencia, suponemos ha de ser un excelente caballero, con aquel sentido estoico de la vida, el impecable sentimiento de la hidalguía castellana y la *moral senequista* que distinguió a su ilustre antepasado. Menos afortunado este heredero de Gabriel René-Moreno, que el hijo de don Mariano Baptista, nuestro distinguido amigo don Javier, no ha obtenido, como era de desear, que el Legislativo vote una partida respetable para editar las obras de su antepasado. Apenas si el Parlamento ha dispuesto que el fisco costee la edición de las "Páginas Escogidas", pero a condición de resarcirse de ese gasto con la venta del libro. ¡Admirable el tino financiero de nuestros legisladores! ¡Cómo se ve que éstos no sólo piensan en difundir la cultura nacional con la reedición de nuestros clásicos, sino, aun obtener con ello beneficios para la caja fiscal! Porque es obvio pensar, dada la ansiedad que hay por conocer algo de Moreno, ya que sus libros son inencontrables, que esas "Páginas Escogidas" han de tener gran demanda, al revés de lo que está pasando con las obras de Baptista, cuyos gruesos volúmenes, de casi una mayestática apariencia de memoria ministerial, espantan al lector de mayor buena voluntad...!

Con el fin de que no le ocurra otro tanto al puntilloso

don Gabriel René, es decir, que se le "ministerialice", lo que valdría tanto como a volverlo ilegible, pues, como él mismo dijo "ese inmenso farrago administrativo se publica con la esperanza de que no va a ser leído por nadie", es un imperativo para los que profesamos religioso culto al estilista cruceño, no en la hora inminente de su centenario, sino desde que descubrimos que René-Moreno representa en la Patria el primer momento lúcido de la conciencia nacional, cuidemos porque la reedición de sus obras se realice con el respecto, cuidado, buen gusto y competencia que ello requiere.

En otras naciones ya medio civilizadas, o que por lo menos se esfuerzan por serlo, como la Argentina y Chile, este género de trabajos se suele encomendar a aquellos que en nuestro país, se mira con un desprecio tan parlamentario, a los intelectuales. Es decir, que, de la misma manera que para que se nos confeccione un par de zapatos encargamos esa obra *no a un carpintero*, aunque éste sea nuestro pariente o heredero, sino a uno del oficio, a un zapatero; lo mismo, para dirigir la edición de una obra literaria se acude a uno del gremio, a un crítico literario.

Tal ocurrió, por ejemplo, en Chile, cuando esta nación quiso honrar a don Andrés Bello. Esta labor no encomendó a un pariente de don Andrés, sino a don Gabriel René-Moreno, quien editó las obras del autor de "La Oración por todos" con el buen gusto, cuidado y pulcritud que Moreno ponía en todas sus cosas, pero, sobre todo, en las de su oficio de bibliógrafo. Igualmente ocurrió cuando Diego Barros Arana quiso tener una biblioteca bien ordenada, no acudió para ello a uno de sus parientes o "hermanos" entre los cuales había algunos que eran ingenieros, médicos y abogados, sino que llamó a don Gabriel René-Moreno, quien, para eso de andar entre libros, acariciándoles el lomo y examinando la calidad del papel, no tenía rival.

Lo mismo cuando la Argentina ha deseado popularizar a sus clásicos, ha encomendado la misión de reeditar-

los, a un hombre que no era emparentado con los Sarmiento y los Alberdi, pero que, en cambio, se los sabía de memoria y daba el curso íntegro de un año acerca de ellos, en la Facultad de Filosofía y Letras, a don Ricardo Rojas.

El buen lector dirá que esto ocurre en "aquellos pueblos de Dios", porque esas son ya naciones democráticas, pero que Bolivia está aún libre de esa horrenda plaga, venida de Francia, a corromper las costumbres y romper los sagrados vínculos que unen a los miembros de cada AYLLU ENDOGAMICO de inmarcesibles privilegios totémicos y de intangibles tabúes.

Empero, por mucho que estos derechos ayllolátricos y ayllofóbicos se encrespen hasta el punto de que fue víctima inmérita el propio René-Moreno, cuando por el delito de no comulgar con los "idolos de la tribu", se le crucificó en el madero de la ignominia con el INRI de "traidor a la patria", nosotros, sólo a título de bolivianos y también de desventurados herederos, no de la gloria oficializada de Gabriel René-Moreno, sino de su espíritu de disconformidad y amor por la exactitud, venimos a preguntar aquí: ¿cuál va a ser el criterio de selección con que se va a proceder al escogitar la profusa bibliografía moreniana?

Prevenir, antes que lamentar. Desearíamos conocer el plan que se va a seguir; los aspectos que se van a poner de relieve, y hasta los trozos que se han de seleccionar y de qué libros. Es necesario observar que en Moreno, hay un crítico literario, un historiador, un bibliógrafo, un biógrafo, y, en muchas de sus páginas, se descubren admirables atisbos de psicología individual y social y, también hay un sociólogo, cuyas opiniones sobre el problema étnico, son tan radicalmente rotundas, como lo que dice del indio, del cholo-abogado y del cholo-mandón en la biografía de Nicomedes Antelo. En estos momentos de ardor polémico, más que el hombre de ciencia, de serena contemplación de los problemas cardinales de Bolivia, está hablando el "oriental" pagado de su ancestro ibero y de la superioridad andaluza sobre el kolla.

¿Hasta qué punto son aceptables estas ideas de Moreno y en cuáles divergimos hoy? ¿Cuáles son, de estas ideas, las que han perdido su eficacia y cuáles las que aun se mantienen en pie o tienen virtualidad porvenirista?

Todos estos problemas de pensamiento y estilo debe plantearse quien con un mínimun de respeto por el más caracterizado de nuestros escritores, quiera hacer una antología del autor de "Últimos Días Coloniales".

Cabe aún tener en cuenta que René-Moreno es un valor no solamente boliviano, sino continental. De suerte que una selección de sus obras ha de ser leída, comentada y juzgada, tanto en Cochabamba como en Montevideo, en Santa Cruz como en Santiago de Chile, en "El Repertorio Americano" de Costa Rica y "El Libro y el Pueblo" de Méjico. Por eso, hay que cuidar de que se haga una buena edición, señores "honorables"...

## LA VERDAD NO ES DIFAMACION

NUEVAMENTE NOS HEMOS VISTO constreñidos a ocupar estas columnas <sup>(1)</sup> para explicar dos puntos, que nos importa esclarecer.

El primero es este: nuestro artículo "Criterio de selección", que apareció en "El Diario" del domingo último, lo entregamos el 20 de diciembre y debió haberse publicado el 21, a continuación de la carta que sobre "La edición de las obras completas de René-Moreno" enviamos al Director de dicho periódico y que se publicó el 19 de diciembre, N° 9.405. Como no se lo insertó oportunamente, juzgamos que ya no se lo daría a luz, por lo que nos descuidamos de reclamarlo. Posteriormente a esta publicación extemporánea ya, se han producido los siguientes hechos: El Congreso ha votado una suma ínfima para la edición de las "Páginas Escogidas" de Moreno, de modo que levantamos el cargo que, sobre este extremo, hicimos al Legislativo. También hemos conocido al señor Luis Ponce Suárez y, confirmando lo que ya preveíamos de él, dado su ilustre abolengo, hemos visto que se trata no solamente de un excelente caballero, sino de un hombre que guarda religioso culto por su antepasado y está animado, como los pocos admiradores a conciencia de René-Moreno, por el propósito de reivindicar su valor ante la suspicacia nacionalista, honrar su memoria y, lo que es más esencial y efectivo, difundir lo sobresaliente de su obra, en la mejor forma posible.

Ponce Suárez ha comprendido que esa tarea, la de practicar una selección de las obras de Moreno, no puede ser labor de uno sólo, sino de un grupo de "morenistas" que tomen a su cargo el ocuparse cada cual exclusivamente de un aspecto de los diversos que presenta el polígrafo cruceño. Con perfecto buen sentido e inteligencia ha obtenido que se distribuya ese trabajo entre los entendidos en el asunto.

Aunque la referida selección ya no ha de ser posible presentarla para el centenario del prócer, cabe adelantar que con la edición, en tres volúmenes, de lo mejor de Moreno, destinados al literato, el historiador y el bibliógrafo, se satisfará, en gran parte, la ansiedad que hay por gustar de las ideas y la belleza de estilo del autor de "Últimos Días Coloniales", ya que, por el pronto, no es posible dar la *Opera Omnia*.

El segundo punto es de diversa índole. En nuestro artículo "En torno a la cuestión Moreno" nos limitamos a citar algunos casos de grandes hombres, que habiendo criticado con patética acerbidad a su patria, no han sido considerados como "difamadores" de ella. Mencionamos a Lessing y Fichte en Alemania, a Joaquín Costa en España y a tantos otros que han procedido con mayor rigor que René-Moreno. Lo que convendría ahora sería establecer una diferenciación precisa, exacta, sobre lo que es difamar a un país y estudiarlo psicosociológica, analítica y críticamente.

¿Cuándo hay difamación y cuándo hay crítica? El tema es tan amplio que nos llevaría a minuciosas dilucidaciones. Sintéticamente, urge adelantar que no es lícito confundir esos dos términos, sino, al contrario, *distinguirlos*. La difamación tiene su origen en lo afectivo y no interviene en ella el resorte intelectual, sino sentimientos y pasiones como el odio, el resentimiento, la venganza o la envidia. Se difama a un pueblo cuando se fragua contra él, con el propósito de hacerle daño, calumnias y vilezas. La crítica, en cambio, se basa en la observación imparcial y objetiva de la realidad. En ella no interviene lo afectivo, sino los elementos

propios del proceso cognocitivo, la percepción de imágenes y la interpretación racional de ellas, el raciocinio y el juicio sintético *a posteriori*, y, en general, todos los procedimientos lógicos y dialécticos que conducen al descubrimiento de la verdad.

Si esta inquisición de la verdad nos constata la evidencia racional de que en un pueblo predominan estas o las otras modalidades, ¿qué culpa de ello tiene el crítico? Tanto valdría acusar a un médico por difamador cuando nos diagnostica una enfermedad que creíamos no padecer, o afirmar que si nos ha diagnosticado esa lacería no es porque la tenemos, sino porque nos odia.

Es una actitud semejante la que se ha adoptado con Moreno al sindicarlo de "difamador de Bolivia" por lo que guiándose del conocimiento que poseía de nuestra historia y aquel fino olfato para percibir nuestras taras étnicas y morales, tuvo la sinceridad de decirnos, — con ático estilo e irrestañable *gracia* andaluza — la verdad de su pensamiento. ¿Eso lo hizo por difamarnos?

Quien lea con atención sus obras, comprobará que Moreno es uno de los que ha sentido el amor a Bolivia no ya con el simple amor patrio que tenemos todos, sino con un amor trágico, como un hamletiano problema: Ser o no ser.

Una difamación, como se basa en la calumnia, no permanece aislada y se difunde hasta que la realidad viene a evidenciar que aquello que se afirmaba del difamado no corresponde a la verdad. Entonces, la cosa falseada, recobra su prístino valor y es el difamador el mal visto. Pero, si no se trata de una difamación, sino de una observación de la realidad, es ella misma, la realidad, la que se encarga de revelar si es cierto o no lo apuntado por el observador.

Si lo que René-Moreno dijo, que tenemos una moral turbia, típicamente altoperuana, hubiera sido una calumnia inventada por él para difamarnos, como con la translúcida nobleza de nuestros actos habríamos desmentido esa especie, no se habría difundido, ni persistido; sino que hu-

biera caído por los suelos y el mal parado habría sido el difamador. Pero, en este caso, lo cierto parece ser lo que dijo Moreno, puesto que no se lo han creído a él en el extranjero porque él lo dijo, sino porque nosotros, con nuestra moral de *plebeyos enmascarados*, nos hemos apresurado a darle la razón, a confirmar la exactitud de su juicio. Lo malo está, pues, no en que Moreno hubiese hablado mal de los alto-peruanos, sino en que los alto-peruanos somos malos de veras.

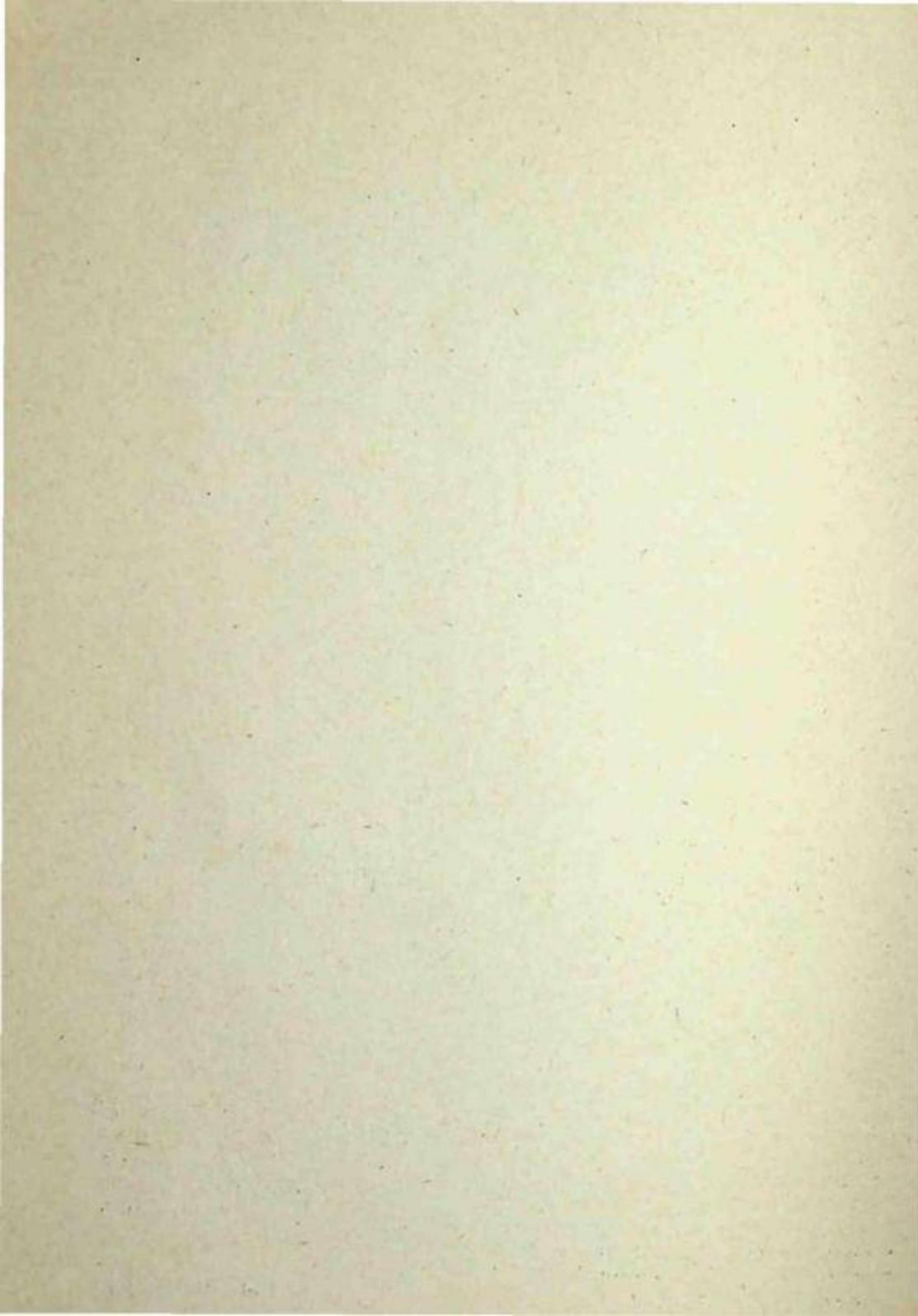
La Paz. 1934.

---

(1) "La Razón" de La Paz.

Y después de tanta bulla, nada. Ni "Obras Completas", ni "Páginas Escogidas". Nada se ha hecho posteriormente. Para su centenario, en noviembre de 1936, hubo muchos discursos. Discursos. Discursos. El pobre y grande Moreno continúa siendo el hombre "sin patria" y "el gitano que canta para él sólo". Mientras en las Bibliotecas Públicas hay colecciones triplicadas de Obras Completas de Sarmiento, Alberdi y otros argentinos, no hay un libro de René-Moreno. El Congreso de 1933, a duras penas, soltó la subvención de 10.000 Bs. para editar "algo de Moreno". Convinimos con don Luis Ponce Suárez, heredero testamentario del prócer, en dar tres tomos, repartiéndonos la tarea de selección entre don Fabián Vaca Chávez, que se iba a ocupar del literato, don Angel Sandoval, del Moreno historiador, y quien esto escribe, del bibliógrafo. Pronto estábamos a emprender la labor, a fin de dar esos volúmenes para el centenario de don Gabriel René; mas, cuando Ponce Suárez regresó de Cochabamba, — donde reside — y quiso cobrar la subvención, se encontró con que los diputados se habían olvidado hacer sentar la partida en el presupuesto de ese año.

Nota de 1937.



COMENTARIOS DISPERSOS



## LOS TRABAJOS EN PROSA DE LA "REVISTA DEL CIRCULO DE BELLAS ARTES DE POTOSI"

IGNORANCIA, por Saturnino Rodrigo, es un cuento galante escrito con la agilidad de estilo y la picardía francesa que cultiva de preferencia su autor.

A los cuentos "europeístas" de Rodrigo preferimos sus visiones de la tierra, sus narraciones del "dolor boliviano". Eso vale más. Es preferible ser *choya-runá* a ser *rastacuero*.

ENTRE CIELO Y TIERRA. Diálogo por Valentín Meriles. No se trata más que de una charla entre Pilar, una pobre lavandera y su hijo Ladislao, de cinco años; pero hay tal encanto, tal verdad en el escorzo de las almas, y tal ternura oculta en el fondo, que es algo de lo mejor que se ha hecho hasta hoy en la dramática nacional. Es una página de antología.

Asoma también un profundo sentido social y, en el subsuelo, se endurece, como el cemento, el dolor proletario. Esto está muy bien. Hay que seguir por ese camino, "hermano lobo".

DONJUANISMO Y QUIJOTISMO, por Wálter Alba, es un estudio sobre dos caracteres genéricos tan contrapuestos: Don Juan, el amoroso sensual y Don Quijote, el aman-

te idealista. Se ve que "Albita, el chico" ha asimilado bien sus lecturas de Marañón, Jiménez de Asúa, Lafora y Freud. Su cultura está al día sobre el tema que trata, tan de moda hoy: "la caracterología del amor". No hay, todavía — es lógico, el autor no pasa de los veinte años — experiencia personal, observación lograda en su pensamiento, pero se ve que el asunto le preocupa. Ya, anteriormente publicó en "El Sur" una interpretación freudiana: "El amor en la Sierra y en el Valle". Tiene mucho que cosechar en este terreno. Nada aún se ha escrito en Bolivia sobre el amor y sus aspectos entre nosotros. El estilo, muy cuidadoso de elegancia y plasticidad.

Todo, digno de aplauso. Este muchacho es una brillante promesa de ensayista.

DE GAMALIEL CHURATA, de quien publica la Revista estudios sobre simbología de la Kashwa, el pericón y cenestesia y "El Pintor Malanca", no hay para qué hablar.

Churata, actualmente en La Paz, mientras dure la dictadura de Sánchez Cerro, es un valor continental y aplaudido por la alta crítica francesa. Henry Barbusse, en "Le Monde", ha mandado traducir poemas y prosas de este "homo selvático" de Oreko-pata.

Churata es, con Uriel García, el escritor de mayor empuje con que cuenta el Perú serrano. Pasemos.

LA ENEMIGA, por Nereo Aramayo, es un diálogo de sociedad. Tal vez, más que como fruto de su observación de la realidad ha nacido este ágil *esquisse* psicológico, bajo la influencia del elegante estilo y la mundana frivolidad de Julio Dantas, el diplomático portugués, tan gustado en Buenos Aires. Porque me temo mucho que una mujer como Nina, de espíritu tan superior y fino, no sea aun flor que se dé en nuestros matorrales burgueses. Lo que sí, abunda, son figuras del tipo de María, burguesa y gorda, en carne y espíritu. Mas, lo que salva al diálogo del influjo dantesco, son las palabras finales de Nina:

Nina. — Adiós. (*Pausa, hasta que sale María*) — ¡Qué vida más estúpida! Y pensar que Jaime es uno de los grandes hombres de la Banca, y que esta María es una de las mujeres más encopetadas de la sociedad. ¡Por quiénes está gobernado el mundo!”

Eso sí, es del ambiente, y al ambiente hay que decirle estas verdades.

EL HUAKE DE DON NICANOR, por Félix Mendoza y Mendoza, es una descripción de Cornaca, cantón de la Provincia Nor Chichas, que quiere ser folklórica. Pero, no se distingue, si por lo descuidado del estilo o porque no ha observado la realidad como debiera haberla observado — como artista — no llega a darnos la sensación “real” de la escena que describe, los típicos “huakes” con que se procede a la siembra de maíz y que son comunes en Bolivia y Perú; la descripción de Mendoza lo mismo puede referirse a Cornaca que a Padcaya, a Ayaviri que a Huánucú. Si don Félix Mendoza y Mendoza hubiera tenido la curiosidad de informarse de algo de lo muchísimo que se ha escrito ya sobre el tema en el Perú, tal como “Nuestro Comunismo Indigenal” de Hildebrando Castro Pozo, habría encontrado en este último, no ya solamente la mera descripción simplista de los “huakes” o “mingas”, sino aun su significación estético-económica y su sentido litúrgico dentro de la cosmogonía incaica.

En Mendoza hay madera para un buen cuentista, como en “Supay apasuchun”, donde da la sensación neta del paisaje. Por eso, con toda honradez crítica, me permito aconsejarle ponga mayor esmero en sus producciones.

El estudio de Angel Guido sobre “EL ESPIRITU DE LA EMANCIPACION AMERICANA EN UN ARTISTA INDIOS DE POTOSI”, muy inteligentemente transcrito de “La Prensa” de Buenos Aires.

SECCION “ASTERISCOS”. Comentarios de arte. Los

de mayor interés son los firmados por A. A. sobre "Victor Valdivia, artista nuestro" y "Los pintores libres de la Sierra".

LA SECCION "ANTOLOGIA", registra el prólogo que don Pedro Vicente Cañete y Domínguez puso a su monumental libro "Potosí Colonial". Es deber de la Municipalidad de Potosí publicar esta obra.

UN HOMBRE NOTABLE, cuento por Daniel Zambrana Romero. Como todos los del autor, es de una irresistible gracia irónica y bien captada observación. Cabe advertir el notable progreso alcanzado por el autor en el dominio del idioma y la agilidad de estilo. Zambrana Romero se aproxima ya al sintetismo de las escuelas de vanguardia.

El comentario de Armando Alba sobre "EL CONFLICTO BOLIVIANO - PARAGUAYO" es no solamente una síntesis del "conflicto", sino una visión panorámica de toda la política internacional de Bolivia.

Lejos del patriotismo vocinglero y vacuo de todos los que escriben sobre este tema, o del funeral pesimismo de los que han renunciado a escribir, porque está prohibido afligirse de lo que es aflictivo, Alba se coloca — bien diplomático — dentro de "un justo medio". Ni estalla en cóleras furibundas, ni en apóstrofes napoleónicos. Es de aquellos que saben sonreír con los dientes cerrados.

Su sentido de la medida, su sagacidad ecuánime, su exquisita cortesía, hacen que Armando Alba, que ahora sólo es director de una Revista en Potosí, cuando debiera estar en la Liga de las Naciones, o siquiera en el Ministerio de Relaciones Exteriores, sabe lo que hay que decir y lo que hay que callar a tiempo.

Mis felicitaciones, querido Armando, por las *albantes* páginas de tu Revista. En ellas vive tu espíritu, como decía Flaubert, que obra Dios en el mundo, sustancial en todas sus partes, pero invisible en todas.

Esta Revista es el mejor mensaje diplomático que en esta "hora de la espada" envían los artistas de Potosí al extranjero: ella dirá que en Bolivia aun se piensa con sensatez y altura y hasta hay un respetuoso culto al Arte, cosa que los filisteos desprecian, pero que es lo único que, a la postre, salva, dignifica y engrandece a los pueblos.

Tarija, noviembre 1932.

(Publicado en "Semana Gráfica" de La Paz)

# UN CABALLERO ANDANTE DE LA HISTORIOGRAFIA

EL SEÑOR FEDERICO AVILA, que viene singularizándose por la fecundidad de su producción libresca, acaba de publicar un nuevo volumen que con el título de "La Revisión de nuestro pasado", aspira nada menos que a la alta jerarquía de "ensayos de interpretación y crítica histórica". Se trata de un grueso volumen de 328 páginas, formato mayor, papel grueso y lectura densa, que prueba al buen lector, de aquellos que ya casi no existen sino en una de esas remotas provincias donde las horas son tan largas y hay tiempo para todo, hasta para leer la "Historia" de Cantú a falta de mejores distracciones.

¿Cuántos serán los que en los célebres días de hoy dispongan del suficiente vagar para leer los ensayos epistemológicos del señor Avila?

El libro en cuestión, como decimos, aspira al alto rango de ensayos de crítica histórica. ¿Hasta qué punto realiza la promesa? Si quisiéramos hacer un juicio rigurosamente crítico, tendríamos que comenzar por preguntarnos: ¿cuál es el criterio historiográfico con que el autor enjuicia a los historiadores bolivianos? Por lo pronto cabe adelantar que no tiene un criterio claro y fijo. Unas veces, los juzga conforme a la metodología científicista de la escuela positiva del siglo pasado y otros con el moderno sistema spengleriano, que supone una radical negación de la llamada, por antonomasia, "metodología científica"; pues, para Spengler

lo que vale no es el determinismo causal y mecanicista de aquélla, sino la intuición o lo que él llama "fisiognómica". De aquí ha provenido que el libro de Avila sea confuso y contradictorio.

Debemos aún reparar en este hecho: el autor se presenta como un "crítico" de los historiadores bolivianos y los enjuicia severamente, hace una verdadera degollina de valores con un valor que pasma y desconcierta. Su actitud, más que la de un juez que sentencia con la serena imparcialidad del que no se atiene más que a las leyes de la justicia distributiva, es la de un combatiente que enfervorecido por un ideal tan absorbente como el de la caballería andante, se ha salido a deambular por los campos de Agramante de la historiografía nacional con el rematado propósito de reparar entuertos, remediar agravios, socorrer doncellas, luchar con gigantes y destruir molinos de viento, con lo cual, como el camarada de la Mancha, piensa tanto en el auge de su honra como en el mejor servicio de la república. Lo cual quiere decir que lo que el señor Avila está buscando son aventuras. Y tanto es esto así, que si en Bolivia se leyese libros nacionales y hubiera "opinión", estos serían los momentos en que ya lo hubiéramos visto engolfado en la más reñida batalla criteriológica que vieron los presentes siglos y aspiran a ver los venideros, por la cantidad de mandoblazos que reparte a diestro y siniestro a nuestros más venerandos historiadores desde René-Moreno para abajo. El que más paga, como siempre, es Arguedas. Se trata, según el autor, de un historiador acrimonioso y parcial que fascinado por su europeísmo esotérico ha dejado de ver todo lo bueno de la patria para deleitarse, con sádica complacencia, en todo lo malo.

Sin embargo, es de rigor hacerle una consideración al autor: la obra de Arguedas, monumento historiográfico, — piénsese de ella lo que se quiera, — es una "obra" hecha, realizada. No es posible destruirla con la simple crítica negativa, sino con otra "obra" que la supere. En materia de

juicio histórico, no tanto para los bolivianos, como para el extranjero, lo que rige es lo de Arguedas. Para que ello desaparezca, será necesario que "aparezca" otro historiador de más talento que Arguedas y realice una obra superior a la del autor de "Pueblo Enfermo". Es lógico.

A múltiples consideraciones, más aún, a las más acaloradas controversias se presta el libro que comentamos, no tanto por la audacia de su tesis "el antihistoricismo de los historiadores bolivianos"<sup>(1)</sup> sino por lo arbitrario de sus juicios sobre nuestros más laboriosos historiadores, a la mayoría de los cuales los trata como no dijeran dueñas, entre ellos a su paisano don Luis Paz, que no tenía más defecto que el de apropiarse literariamente de lo ajeno con la misma confianza que el autor de la "Revisión de nuestro pasado" lo explota a Spengler sin comprenderlo, lo despacha de un puntapié a Monseñor Taborga y le descarga un mandoblazo a Arguedas, confundiénolo con el gigante Briareo.

Con lo que nos ha comprobado el amigo Avila que, más que un crítico de historiógrafos, es un *caballero andante de la historiografía*.

---

(1) En nuestro artículo "El ahistoricismo de un historiador", publicado primitivamente en "El Diario" de La Paz y reproducido luego en "Revista Universitaria", — Año 1. No 2. Marzo-abril de 1930 — señalamos ese "ahistoricismo" en el escritor potosino Luis Subieta Sagárnaga, pero explicando al detalle y razonando el por qué de su ahistoricismo. El señor Avila, que captó la idea muy a la rápida, incurre en el defecto de generalizar a todos los historiadores bolivianos, lo que quien esto escribe afirmó de uno sólo. El concepto de "ahistórico" se debe a Spengler. Para el filósofo germano un pueblo es "ahistórico" cuando, como el Indio y aun el Griego, no tiene "el sentimiento trágico del tiempo" con la conciencia vigilante, faústica, que singulariza precisamente al occidental. Historiadores nuestros como René-Moreno, Taborga, Arguedas y los demás, que son productos netos de la cultura occidental, — y no de la hindúe, la china o la griega — son más bien, a la inversa de lo que afirma Avila, de una aguda conciencia historicista, especialmente Moreno.

## REVISEMOS NUESTRO PASADO

EL SILENCIO EN LITERATURA ES, como se sabe, la pena más grave, la pena capital. Es preferible para un escritor que su obra provoque las más virulentas polémicas o destempladas críticas, a que ella sea sepultada en el silencio. Ello es como enterrarla en viva o significa que la obra ha nacido muerta. Cuanto más controvertido es un libro seguro es de que tiene mayor vitalidad. Debe, pues, el señor Avila, haberse regocijado al leer nuestro comentario anterior y nos creemos acreedores a su aprecio, porque lo hemos complacido en el deseo que manifiesta en varios pasajes de su libro, de que él sea comentado, analizado, discutido y, en suma, levante polvareda.

Se trata de un estudio polémico y debe ser polemizado. Sólo que la inercia mental de nuestro pueblo es tal, que no despierta ni ante los más agudos acicates. Contra esa inercia queremos reaccionar. Por eso, hemos llamado la atención de los damnificados para que siquiera éstos, en defensa de su propio prestigio, como Arguedas; el de sus antepasados, como don Javier Baptista, reaccionando heroicamente, salgan a la liza a romper lanzas con el autor de "La Revisión de Nuestro Pasado", que tan corajudamente afirma que los historiadores bolivianos son "ahistóricos", como quien dice que son una tropa de tontos que en lugar de dedicarse a *fabricar adobes*, se han metido a escribir de lo que no entienden o no pueden comprender.

Cierto es que los tan inhumanamente descalificados es-

tarían en el derecho de exigirle al *inventor* del “ahistoricismo”, que les compruebe su tesis con elementos documentales y razonamiento lógico; como el mercader aquel le pedía a Don Quijote le mostrara el retrato de Dulcinea “aunque sea del tamaño de un grano de trigo” para creer en su hermosura, porque el autor no presenta esas pruebas. Por lo que estamos autorizados para decir que su estado mental sugiere el de Don Quijote. De la misma manera que al Ingenioso Hidalgo de tanto leer de claro en claro y de turbio en turbio libros de caballería se le calentaron los cascos y salió por el mundo a imponer a punta de lanza su opinión propia a los demás, parece que al señor Avila, de tanto leer a los cronistas coloniales en la biblioteca franciscana de Tarija, le ha venido la manía de “revisar nuestro pasado”, con lo que los timoratos y los prudentes nos hemos puesto a temblar, porque el pasado de algunos de nosotros es muy oscuro y de otros hasta tenebroso. Más vale no meneallo.

El autor propone una temeridad. Por eso decimos que este libro es de los llamados a armar camorra, pues, si obedeciendo a su “iniciativa”, realizamos la revisión, adiós amor, contento y alegrías!

Así, por ejemplo, invitémosle a don Franz Tamayo, — ya que se trata, según Avila, de un “hombre representativo” y de todo “un profesor de energía” — a que, con toda energía, “revise su pasado”. Lo primero que haría don Franz sería, naturalmente, acordarse de su padre y del indigno comportamiento que éste tuvo como adicto Ministro de Melgarejo. Melgarejismo que tan cruelmente se lo echó en cara René-Moreno. Lo que, por otra parte, explica que el autor de “La Prometheida” se opusiera rabiosamente en la Cámara de Diputados a que se reeditaran las obras de Moreno. De análoga manera propongamos a los descendientes de don José Ballivián, que los hay tantos en La Paz, se acuerden de por qué Belzu le juró odio eterno, y de las aventuras con la Gorriti y, en fin, cada uno de nosotros, y más los que tenemos antepasados históricos y conciencia histó-

rica, nos acordemos de nuestro pasado y, si somos sinceros y nos autoaplicamos la "metodología científica" que preconiza el señor Avila, no podremos llegar a otro resultado sino a reconocer hidalgamente, que ninguno de los bolivianos podemos presentar los trapos limpios. Pues unos, los blancoides, descendemos de los facinerosos conquistadores hispanos; los cholos son todo un "caos étnico" y los pobres indios, aunque hijos de los kollas y los *jatun-runas*, hoy cargan en su sangre y en su espíritu, la multiseccular herencia de su servidumbre y ya no son más que unos miserables "fe-lahes" que diría Spengler, o Posnansky, con frase más propia, simples "*chullpa-puchus*".

Nos argüirá el autor, que lo que él propone no es la revisión del pasado individual, sino del colectivo, de los hechos históricos. Pero lo individual es base de lo social y, al aplicar el "método científico", hay que echar mano de la inducción, ir de lo particular a lo general. De otra manera tendríamos que caer en las arbitrariedades del método deductivo. Lo que ya no podemos hacerlo, porque tampoco somos hijos de cura. Quiero decir escolásticos.

Para que el señor Avila se convenza de la temeridad de sus propósitos estamos autorizados a solicitarle comience él por darnos ejemplo. Entonces creeremos en su doctrina. Y si no lo hace, querrá decir que él también incurre en el defecto que señala en los demás, que es un hombre que no tiene conciencia de su pasado, es decir, también un hombre sin historia, "ahistórico".

Por lo que a nosotros toca, preferimos antes que amargarnos la existencia revisando nuestro pasado, pasar por tipos ahistóricos, porque bien podría sucedernos lo que a aquel personaje de Eca de Queiroz, Gonzalo Méndez Ramírez, de ilustre estirpe, pero que, empobrecido, le urgía casarse con una jifera rica. Como tropezara con el escrúpulo de que con ello iba a manchar su prosapia, el "ilustre" Ramírez emprendió corajudamente la revisión de su pasado y remontando el curso de los siglos, de ascendiente en as-

endiente, llegó, al final, a descubrir que no obstante todos sus pergaminos, allá, en lo remoto del ancestro, él también descendía de una inmunda bestia carnicera. Preferible es, entonces, antes que atormentarse tratando de averiguar si el hombre descende del mono o el mono del hombre, conformarse con lo que en realidad vemos a diario, que el mono descende del árbol.

La Paz. 1936.

## PREAMBULO MELANCOLICO

### I

NADIE TIENE EL CORAJE de René-Moreno de ir acumulando, día por día, todo cuanto se produce en el país en materia de papel impreso, desde las simples hojas volantes y folletos de cuatro páginas, hasta el libro costoso, elegantemente impreso, o el raro incunable, como hacía aquel benedictino de la bibliografía. Moreno ha muerto sin dejar sucesores. ¿Quién sería el guapo, en los días catastróficos que corren, de repetir su bizarro gesto? Perseguir, como si se tratase de una joya, un folleto insignificante, o, algo peor, repugnante, sobre cualquier doméstica controversia jurídica, sólo por completar la colección y luego gastar tiempo y paciencia en leerlo, estudiarlo, clasificarlo, y, a trueque de todo eso, no obtener otra cosa que la indignación furibunda del autor, si el juicio no ha sido favorable, como no podía menos de serlo. Moreno fue no solamente un maniático coleccionista de documentos, sino un mártir de la bibliografía. Pero, al fin y al cabo, el célebre Director de la Biblioteca del Instituto de Santiago disfrutaba de una relativamente desahogada situación, era de vida sobria y austera y su absorbente consagración a la bibliografía, explican su obra, aunque siempre resulta asombrosa su capacidad de trabajo y su rigorismo científico. Lo que sí es de admirar es que Moreno no se hubiese embrutecido después de haber leído

tantos folletos bolivianos. Porque la verdad es esa: en Bolivia se produce tan poco digno de leerse, que yo he llegado a cobrar repugnancia al libro nacional. No tanto al antiguo, sino al actual. Antes, por lo menos, se escribía por dar desahogo a las malas pasiones, por revelarse como un enemigo jurado de algún prójimo, como cuando don José Quintín Mendoza, desde Ayopaya, le decía aquellas sus tan pintorescas barbaridades a Arce, o Taborga lo enjuiciaba a Camacho responsabilizándolo por la derrota del Alto de la Alianza, gesto que hoy nadie se atreve a repetir. Aquellos hombres sabían odiar, por lo menos. Tenían esa virtud, la sinceridad de su odio. Pero hoy sucede algo peor: hoy se publica por vanidad. Y las peores, naturalmente, son esas mujeres que escriben, a quienes les ha picado el morbo literario y se sienten plumíferas. Este sí que es un peligro social sobre el cual habrá que llamar la atención de la Policía Urbana, — porque seguramente se trata de algún grave caso de locura delirante, quiero decir, escribiente, — o de la Sanidad Pública, porque se trata de alguna anormalidad orgánica. En fin... Aun vivimos. Júzguese, pues, mi disgusto cuando el Director de LA REPUBLICA me mandó invitar a que escribiera sobre la producción bibliográfica durante el año. — ¿Por qué imbécil me habrá tomado? — pensé para mí capote y estuve a punto de responder: — Dígale al señor Director que yo no he leído un solo libro nacional hasta ahora: soy persona honrada —. Pero, como por mal de mis pecados parece que me he ganado la fama de badulaque, o sea de un hombre que por carecer de un oficio lucrativo como cualquier artesano honrado de esos, que no obstante de que gana mejor que yo, aspira al honroso título de “proletario” y se hace digno de ingresar al Socialismo de Estado exigiendo que éste, el Estado, lo proteja, cosa que para mí está vedada porque, precisamente, por no tener ningún oficio, resulto un burgués de la peor especie y que, como decía, por puro “desocupado” se dedica a leer cuanta parrucha se publica en el país, hube de responderle con la

más santa resignación cristiana:

— “Si, señor Redactor, lo haré con todo gusto, por corresponder a la honrosa invitación que se me hace”, — aunque, para mis adentros, seguía pensando:

— “Ahora tengo que sepultarme por lo menos estos quince días que quedan dentro de las catacumbas de la bibliografía nacional y hasta gastar algo de mis haberes en adquirir libros nacionales en los puestos de San Francisco, que es en la única parte donde, indefectiblemente, se los encuentra.”

¿Por qué le contesté en forma afirmativa, cuando me era tan fácil negarme? ¿Tengo yo el alma de mártir? — me pregunté luego. — Después, mi demonio interior, que, como el de Sócrates, suele decirme algunas verdades, me sopió al oído:

“Puras filfas: tú no tienes nada de mártir: lo que tienes es, lo que todos tienen: vanidad. Nada más: la peor de las vanidades, la vanidad de las vanidades: escribir; eres tan grafómano como los otros, aunque, alguna vez, por cansancio cerebral, te dé un ataque de *grafofobia*. Y, así es. Porque, ¿qué mayor orgullo para un pobre diablo como yo que ver su nombre en letras de molde en un gran rotativo nacional? ¡Oh, a cambio de eso, uno es capaz de sacrificar todo! Hasta de gastarse cinco pesos comprándose un libro sobre “Fitografía Kalahuaya” y tener la franciscana bondad de leerlo. Y, aún, de opinar bien del autor, porque, como ordena nuestro Seráfico Padre, hay que ser bondadoso con los animales...”

Solía decir don Luis Paz que los que se dedican a escribir en Bolivia deben de ser o ricos o locos. Porque eso de escribir gratis, gastando tiempo, esfuerzo y dinero para un público que no lee, o es chifladura de rico o de loco. Como yo no soy lo primero, debo ser lo segundo. Lo que me consuela es que no estoy solo en el campo. Son algunos más los de mi banda. Pero, como el campo de la literatura es como inclinatio de una casa de corredor donde no se puede vi-

vir sin disputarse hasta el aire que se respira, se me excusará no venga aquí con aquella filfa de que para opinar sobre mis colegas me voy a revestir con la toga del "sagrado magisterio de la crítica", sino de que la crítica es la manera más cómoda que tenemos los literatos fracasados, o sin talento creador, de desahogar nuestras malas pasiones.

La profesión literaria, si es profesión, es una mezquina profesión, porque se parece a un hogar donde hay mucha prole, pero muy poco que comer. Y todos se disputan el grano de garbanzo que les corresponde. Ese garbanzo se llama prestigio, fama o notoriedad. Ya que entre nosotros no es posible hablar de gloria. Tiene razón Arguedas. Si el oficio de literato es miserable en todas partes, en Bolivia es trágico: es la tragedia del hombre que escribe en un país que no lee. Hablo de los literatos de verdad, que han hecho profesión de ello, como Arguedas o Mendoza, no de los que publican una Oda porque no los voten de su puesto o de los que la escriben por conseguirlo. Estos tales no son escritores, sino vividores. Y como éstos son los que abundan, mientras los primeros escasean, que lo primero es un sacrificio y lo segundo una gollería, de ahí que el panorama de la literatura nacional ofrece la visión de la parda uniformidad de una llanura donde no hay más que dos o tres cumbres de modesta altura y, el resto, montones de piedra y de tierra que, por algún error de perspectiva, parecen también, algunas veces, otras cumbres, pero que, vistos de cerca, no son más que eso.

Repito, pues, que no he seguido con atención metódica, como un paciente bibliógrafo, toda la producción literaria en el año y mal podría dar un año bibliográfico científicamente ordenado como hacía Moreno y lo hacen en otras partes los profesionales de la materia. He leído al azar, lo que me ha parecido bueno, y sobre lo que he leído opinaré con la relativa honradez que es posible esperar de un tipo de mi calaña, ya que yo no tengo el talento de Sainte-Beuve de ocultar mis odios tras los más felinos halagos, ni de escu-

darme tras la máscara de la "imparcialidad", porque para eso no tengo las mañas metódicas de Taine.

Aunque, para no pecar de arbitrario y poner algo de orden en esta reseña casi melancólica, voy a abandonar el "Yo" odioso, para revestirme con el "Nos", más o menos catadrático. Y menendezpelayizar un poco.

#### CERTIDUMBRE YA MELANCOLICA

¿Cuál es el panorama que presenta nuestra literatura en 1935? ¿Qué obras de trascendencia se han publicado? ¿Qué acontecimientos intelectuales han ocurrido? ¿Cuál es el rumbo que sigue el pensamiento nacional? ¿A dónde vamos? ¿Cuál ha sido nuestro íntimo, profundo sentir? ¿Cuál la emoción que nos ha dado la guerra?

Aunque sea doloroso decirlo, este año no se ha publicado ninguna obra, en ninguno de los géneros, que esté a la altura del dolor boliviano o que haga frente a la realidad que nos aplasta.

#### LA POESIA

Creíamos, y era justo esperarlo, que la guerra nos hubiera dado, por lo menos, un poeta, un gran poeta. Alguien que recogiendo en sus cantos toda la emoción de la catástrofe, hubiera estremecido la conciencia social y sacudido el corazón del pueblo hasta cumplir la creadora misión del arte, purificar el dolor por la belleza. No ha aparecido aún el eupatrida que esperábamos y espera nuestra angustia. Esperemos aún. Tal vez surja después. No es posible que Bolivia hubiera quedado tan atónita ante el espanto como para que hasta la voz del dolor hubiera enmudecido.

O, tal vez, no sea un gran poema, sino en una novela tolstoyanamente vivida y escrita donde se exprese la tragedia del Chaco. Hay algunos anuncios de ello, como "Cuentos Chaqueños" de Gastón Pacheco o "Los Avitaminosos" de Cortés, novela aun inédita.

Cuanto a los poetas de la vieja guardia: "*Lasciate ogni speranza*". Unos han permanecido ausentes de la tragedia, aunque al decir de ellos "tengan alma trágica" y escriban tragedias; pero, sobre Grecia, como Tamayo, que cuando no se trata de "scherzar" sobre "sus clásicos", parece que dejara de ser poeta y sólo tuviera fuerzas para volar con alas ajenas. Otros, como Reynolds, nos ha dado algún poema inspirado en un dolor personal. Bueno el poema como suyo, es decir, parnasiano, escultórico; pero, donde el cuidado de la forma y el amor del adjetivo sofoca la expresión pura de la emoción; y Raúl Jaimes Freyre, que, en "Al Final del Viaje", intensifica su modalidad característica, donde sus recientes preocupaciones teosóficas y sus conflictos anímicos predominan sobre cualquier otra emoción social.

De los poetas jóvenes y que han sentido en carne viva la emoción de la guerra, que sepamos, sólo se han presentado dos: Raúl Otero Reiche con "Poemas de Sangre y Lejanía" y José Enrique Viaña con "Camino Soleado". El primer libro alcanzó una considerable difusión, rara entre nosotros, tratándose de un libro de versos. Justo es advertir, empero, que eso no se debió a que la obra hubiese despertado ese interés, sino que don Alfredo López, con la habilidad que tiene, lo hizo servir como medio de adquirir óbolos para la escuela de huérfanos "Illimani". "Poemas de Sangre y Lejanía" es un buen libro de versos. Tiene algunos, dignos del tema que tratan. Pero no ha llegado a conmover la conciencia social; ésta, espera algo más hondamente sentido; algo como "Los Cantos del Soldado" de Déroulede o los "Poemas Cívicos" de Carducci. Aun no conocemos "Camino Soleado", pero sí al poeta Viaña, es de una muy vibrátil sensibilidad. Por un don natural posee "el genio" del idioma. Es uno de los que mejor maneja castellano en Bolivia, sin haberlo estudiado, por atavismo. Pero la lira del poeta, como la de Bécquer, es de una sola cuerda. El autor de "Jardín Secreto", hasta antes de la guerra, sólo ha reaccionado líricamente ante los estímulos de la

emoción erótica: ha sido un poeta del amor con la ternura lánguida de un Juan Ramón Jiménez. No es posible sospechar hasta qué punto la guerra ha ampliado su sensibilidad, impulsándolo a abandonar el "jardín secreto" de su lirismo subjetivo, para sentir con la misma intensidad que el suyo el dolor ajeno. Puede que se haya transformado o ampliado. Y su "Camino Soleado" por el áureo sol de la ternura, se tiñe en la última parte con la púrpura sangrienta de las batallas.

Y, aun nos olvidábamos de Nicolás Ortiz Pacheco; y es porque a Ortiz Pacheco le ha ocurrido otra tragedia con motivo de la tragedia del Chaco. Se ha visto obligado a transformarse de poeta puro que era, en internacionalista *chaólogo*, corriendo el peligro de andar en compañía de los Mercado Moreira, León M. Loza y otros fabricantes de adobes, como si hubiera olvidado el buen Nicolás que "Dios nos ha revelado su sabiduría no en el hipopótamo, sino en el picaflor". ¿Estaremos en vísperas de perder un buen poeta para ganar un mal abogado? ¡Dios no lo permita! Nicolás Ortiz Pacheco ha publicado un alegato jurídico. "La Justicia contra el Machete"; pero lo que lo ha de salvar ante la posteridad es su "Anatema contra los Altos Jefes", que no ha publicado, pero que ha circulado profusamente como "cadena de la buena suerte". Este "Anatema" es lo mejor, en verso, que hasta el momento ha inspirado la guerra. Como que es lo único que ha llegado al corazón del pueblo.

Y pare, usted, de contar en materia lírica. Indudablemente que no han dejado de cometerse innumerables atentados poéticos, especialmente los poemas de adulación a los altos jefes y otras calamidades públicas, pero esto no pertenece ya al ramo de la literatura, sino al de economía doméstica. Cambiemos de disco.

## "FIGURAS ANIMADAS", POR JUAN FRANCISCO BEDREGAL

Don Juan Francisco Bedregal tuvo la humorada de recoger, al fin, en volumen, la serie de cuentos que desde 1900 los venía haciendo transcribir toda vez que le solicitaban "algo inédito" para honrar cualquier publicación novel de esas que, seguramente por carecer de honor, lo buscaba en los cuentos de Bedregal. Lo cierto es que el inteligente autor de "La Máscara de Estuco" sólo se ha resignado a marchitar sus cuentos en el archivo del libro, después de haberles sacado el jugo. Por lo cual no es de extrañar que hoy nos parezcan ya desubstanciados. Y, en vez de "Figuras Animadas", veamos que lo que más les falta es alma. El alma de la raza, por lo menos.

Si estos cuentos se hubiesen publicado cuando estaban frescos, hace veinte años, y de moda la literatura burguesa, habrían tenido éxito. Mas, ahora que el género ha evolucionado hasta el popular "Criollismo" y el insurgente "Indigenismo", "Figuras Animadas" nos hace el efecto de un irreprochable caballero de frac y chistera extraviado en una jarana de cholitas alegres o en un jocundo kassarasiri. El libro ha nacido atrasado a su tiempo. No es que los cuentos sean malos; al contrario, son buenos; algunos muy buenos. Lo que ocurre es que ha pasado su tiempo. No se les puede negar amenidad en el relato, ingenio en la trama, purismo en el idioma y hasta uno que otro feliz atisbo psicológico en la pintura de caracteres o de situaciones; pero, el defecto capital que tienen, es que son cuentos "sin patria". El argumento de ellos puede ocurrir lo mismo en Bolivia que España, el Perú o Colombia. Se trata de conflictos anímicos o acontecimientos mundanos que acaecen en todas partes donde hay gentes de buena sociedad o de clase acomodada, pero carecen de color local, no tienen nada de "bolivianos" en lo que particulariza a nuestra nación. Y eso es lo que exigimos ahora y lo que avalora al buen cuentista. Este, si quiere serlo representativo, tiene

que estar ligado espiritualmente y a la vez ser expresión de "su paisaje", tal como el uruguayo Javier de Viana o el peruano López Albójar, que con sólo su cuento "Lo que canta la coca", ha llegado al prestigio continental. Para decirlo gráficamente, los personajes de Bedregal, todos ellos son galantes caballeros de irreprochable frac y distinguidas damas de opulenta seda y lo que ahora se pide es que se nos presente a la chola de pollera y al indio de poncho y "acksu". Como que esto es lo típicamente nacional. Lo otro, caballeros y damas los hay en todas partes. Son tipos internacionales. Cosmopolitas. *Deracinés*. Sin patria. Y frecuentemente también, sin alma. Aunque con mucho dinero. He ahí por qué las "Figuras Animadas" de Bedregal nos resultan más bien desanimadas. Y lo que ha pasado es muy explicable. Un autor, por genial que sea, no puede dar más de lo que su medio le da. No puede reflejar otras preocupaciones que las del medio donde vive. Y ese medio es el burgués. O, si se quiere, el de la aristocracia criolla. Pero ese medio, en todas partes, así en La Paz como en Buenos Aires, es el menos nacional. El más internacional. Y, en Hispanoamérica, el más artificial, el que, precisamente, abomina de todo lo autóctono, porque lo siente plebeyo, para pagarse de lo europeo, que le parece más "chic". Y ese medio artificial es el que el autor ha reflejado en sus cuentos. Espiritualmente Bedregal no ha salido de la calle Comercio o de Sopocachi y no ha llegado a los barrios obreros ni a los suburbios donde La Paz vive su autóctona vida criolla e indígena. De ahí que su obra se resienta de ese defecto de origen: resulta artificiosa y sin paisaje vernáculo. Es trasunto de un ambiente y de un espíritu que viven ignorando la realidad del pueblo y de la naturaleza patria.

Y por más méritos literarios que ostente es una obra que carece de vida. Sus raíces no han absorbido los jugos de la tierra nutricia. Ni menos han sido fecundadas por el dolor del pueblo, como los de Tolstoy que supo amar y comprender al mujick. Por eso es grande.

## II

Como, según parece, mi anterior comentario sobre Panorama de la literatura nacional en 1935 ha despertado interés y he recibido numerosas solicitudes para completar el estudio, libre del temor de cansar a los lectores, he decidido proseguir con estas acotaciones bibliográficas hasta completarlas en la medida de lo posible en un trabajo de esta índole y dentro de los límites de mi propósito inicial. La materia es extensa y por razón de método es de rigor ir dándola por capítulos consagrados a cada género literario. Capítulos que iré publicando sucesivamente, en los números dominicales de LA REPUBLICA.

## LA REVELACION DE TRES CUENTISTAS JOVENES

El concurso convocado por el Ateneo Femenino tuvo la virtud de revelarnos a un buen cuentista de la guerra. Es el sacerdote chuquisaqueño Raúl Leytón que obtuvo el primer premio con su cuento "INDIO BRUTO". En esta narración emocionante, escrita con sobria elegancia, se nos presenta el trágico conflicto de la simplicidad de un pobre indígena de alma primitiva, frente al complicado mecanismo de la guerra moderna y la rígida disciplina militar. Leytón ha elegido un tema trágico: la situación de un hombre ante lo incomprensible. ¿Qué cosa más trágica? Y, aun más trágica en tratándose del indio, porque si en plena paz y a diario la vida del indio es esa, la de chocar a cada momento ante lo incomprensible, ¿cómo no iba a intensificársele, pavorosamente, en la guerra? El motivo elegido por Leytón y que, según se echa de ver, ha sido captado en la realidad, le ha favorecido en gran manera para el buen éxito de su narración. Es de desear que continúe cultivando este género para el que se muestra con tan excelentes virtudes.

## LA FIESTA DE LA CRUZ, POR ALBERTO SANCHEZ R.

De Alberto Sánchez sólo conozco el cuento citado en el título. Es, a mi juicio, una de las mejores promesas de cuentista regional. "La Fiesta de la Cruz", es una hábil pintura del costumbrismo *chapaco* y por el desarrollo que le ha impreso cumple las condiciones del verdadero cuento. Sánchez ha de llegar a ser el cuentista que espera la pintoresca tierra tarijeña de la tristeza andaluza y el fandango serio. Empero, es de utilidad le observemos que procure librarse de alguna influencia que es de notar en su cuento, de los cuentistas criollistas del norte argentino. Sánchez debe esforzarse por conquistar una firme y vigorosa originalidad. Para lo que tiene suficiente fuerza.

## PORFIRIO DIAZ MACHICAO

Del autor de "Cuentos Americanos" — obra aun inédita — no es necesario ocuparse. Suficientemente conocido, es, con Roberto Leytón, el mejor cuentista de la nueva generación, de muy personal estilo y aguda visión de la realidad. Habrá muchas oportunidades de referirse a su personalidad cuando publique las numerosas obras que conserva inéditas, especialmente su anunciada novela sobre la vida cruceña de la que no ha publicado sino un capítulo en la revista "Apuntes".

## CUENTOS CHAQUEÑOS, POR GASTON PACHECO

Otra revelación. Por lo menos, para el público de La Paz, Gastón Pacheco es un joven potosino de una antigua familia nobiliaria; pues, a lo que entiendo, descende de los condes de Otavi. Otavi es, actualmente, un vasto latifundio que abarca varias leguas en la provincia Linares. Pues bien: este solo gesto va a pintar al hombre: cuando fundó en Potosí, hace cuatro o cinco años, un periódico, Pacheco se presentó como el socialista más convencido. No sólo convencido, sino auténtico. Y, naturalmente, lo primero que ofreció fue

repartir sus tierras entre los indios. Claro que ese evangélico propósito no se realizó porque como en el caso de Tolstoy la familia, — la eterna “sagrada familia”, enemiga del genio y de la generosidad — se opuso. De no haber mediado ese pequeño inconveniente el eterno “pequeño inconveniente”, Pacheco habría efectuado su propósito. Lo que realizará en cuanto, como heredero forzoso, entre en posesión de sus bienes. Lo de desear ahora es que el talentoso autor de “Cuentos Chaqueños” no se case. Porque de hacerlo, corre el peligro, como el autor de Ana Karenine, de caer en manos de alguna Xantipa de esas y vivir eternamente perseguido por la mezquina y cominera “vigilancia del ama” y no poder realizar nunca el ideal. Si Cristo llegó a ser Dios no es tanto porque tuviera aptitudes para ello, sino porque no tuvo la mala ocurrencia de cumplir con el sacramento del matrimonio, esa cosa funesta que han inventado los curas.

Pacheco, por las condiciones de su carácter, constituye un ejemplo. Se trata de un socialista no a la manera de algunos de los que hay por acá que, sin embargo de dárselas, en prosa y en verso, del izquierdismo más avanzado, serían capaces de asesinar a su propio padre si no les pagara puntualmente el arriendo de la casa que poseen por capellanía o herencia. Pacheco no es de éstos. No incurre en el defecto de desmentir sus ideas con sus actos. La prueba de ello es su comportamiento en la guerra donde ha permanecido tres años en primera línea hasta salir herido de la contienda.

Y si no ha podido aun repartir su condado de Otavi — lo que ya lo hará cuando triunfe nuestra causa, quiero decir la causa de los pobres, de los que no tenemos tierras y vivimos ignorando de quien es la tierra que pisamos — ahora está realizando otra labor, si no tan meritoria como la de repartir tierras, tan ardua como ésa: está repartiendo el pan espiritual entre los hombres, sobre todo entre los potosinos, (que son los que más necesitan). Y si empleo este lenguaje bíblico es porque se trata de una misión realmen-

te evangélica: la lucha del espíritu contra los FILISTEOS. Ha fundado la editorial "Potosí"<sup>(1)</sup> que ha lanzado hasta la fecha ya dos libros: el que comento y "Camino Soleado" del poeta Viaña. Parece poco. Enorme empresa! No tan enorme, por supuesto, como la de la "Empresa Unificada" de don Mauricio, el israelita, pero sí tan férvida como la de los Compañeros de Emaús. Hay que ver no más la cantidad de fe en el valor de la cultura con que es preciso contar para desafiar todos los inconvenientes que se presentan para editar un libro en Potosí. Este solo hecho ya delata el temple de alma de Pacheco, su espíritu emprendedor y su fe invulnerable al desaliento. Mas es tiempo ya de referirnos al libro.

"Cuentos Chaqueños" consta de doce narraciones, todas de la guerra. Juzgándolas en conjunto se ve que el autor tiene la propensión a la pintura de tipos o caracteres, pues en casi todos sus cuentos nos presenta un solo personaje del cual traza su tipología. Así, en "Sarcasmo", vemos el tipo del soldado chicheño. Ricardo Vargas vive con la obsesión de ser héroe. Es valiente, audaz, hasta temerario. Pero no logra realizar ninguna acción heroica, ni siquiera caer herido o muerto en plena batalla. Muere irrisoriamente con la más vulgar de las muertes, de cansancio e insolación en una caminata. Exacta percepción del espíritu chicheño. Como es sabido éstos han vivido siempre con la obsesión del heroísmo. El culto del coraje es una religión para ellos. Son heroicos, valientes y fanfarrones hasta cuando toman chicha a la sombra apacible de sus molles centenarios. Por eso, con acierto, se ha dicho que los Chichas son la Gazcuña de Bolivia; acertada la caracterología que Pacheco ha trazado del hombre chicheño. En cambio en "Un Héroe", — de título irónico — nos presenta a Enrique Maiclagán "cabo y héroe", el tipo del pedante fraseador y del vividor taimado que, de puro cobarde, cuando estaba desertando, por haberse extraviado en el monte, descubre las posesiones del enemigo y retorna a dar parte, al comandante, de su descubri-

miento, por donde resulta un héroe. Sin embargo, en "La muerte del héroe" Maidagún, eterna víctima de los sarcasmos de sus compañeros por su simulación, muere, en verdad, con un estoicismo admirable, el pecho destrozado, pero aun en medio de los estertores de la agonía continúa perorando sobre su tema favorito: la doctrina de Cristo: "Amaos los unos a los otros" que resulta de un patetismo irónico que estremece. Este cuento es uno de los mejor logrados del libro. En "Los Patrulladores" son 8 soldados y un comandante que reciben la orden de llegar a una picada para lo que tienen que caminar durante siete días sin más provisión de agua que dos caramañolas. Todos ellos perecen víctimas de la sed y de insolación, antes de cumplir su cometido. La sensación que deja el cuento es la de la sed, la obsesión del agua. En esta narración Pacheco se evidencia con auténticas cualidades de cuentista, pues alcanza el objetivo que persigue: transmitir al lector la sensación que se propone. El tormento de la sed! El tema es digno de un Edgar Poe o de Villiers d' Isle Adam.

En síntesis, en "Cuentos Chaqueños" se nos presentan aspectos muy típicos de la guerra del Chaco y el cariz que ella asume según la diversidad de caracteres o temperamentos. Dentro de la ya copiosa literatura del Chaco constituye un aporte valioso sobre todo por la sinceridad del autor en pintarnos la guerra con el más crudo realismo sin deformarla con vanas y ridículas declamaciones patrioterías. Esta valentía y probidad intelectual es una de las virtudes que más avaloran el libro, fuera de los méritos literarios que he puntualizado.

En el prólogo nos dice: "Este libro no es ningún intento de pintura de las miserias de la guerra con el Paraguay. Los cuentos que contiene son escenas de las menos sangrientas y penosas de la campaña". Agrega que debido a la censura no le ha sido posible mostrar la guerra al desnudo y que lo hará después. Pacheco es un hombre audaz y valiente. Y, sobre todo, de una insobornable hombría de bien, que lu-

cha — así en la acción, como con las nobles armas del arte — por el triunfo de la justicia y de la humanidad en esta tierra en que triunfa lo contrario y se vive en el reino de la inversión caótica de casi todos los valores morales. Hombres como Pacheco constituyen una excepción y por eso merecen el aplauso y el estímulo de los hombres honrados.

La Paz, enero 1936.

---

(1) Refírese a una Editorial diferente y muy anterior a la que publica el presente libro.

## MERILES O LA TERNURA

HAY PERSONALIDADES DE EXCEPCION, hombres puro espíritu, de tan prístino valor que, por eso mismo, pasan siempre inapercibidos por el gáznapiro mundo. El mundo les ignora. Sólo después de que han muerto y cuando se ha llegado a aquilatar su vida y su obra — su espíritu esencial — el mundo los admira, los ama. ¿Pero este raro espíritu, esta alma de excepción, este corazón generoso, — nos preguntamos — cómo no pudo ser conocido, admirado, amado de sus contemporáneos? Precisamente por eso: por su jerarquía ante ellos. Son hombres nacidos *para el después...* Lo que Nietzsche decía: "*Hombres póstumos*".

Tal lo ocurrido en Francia con Charles Louis Philippe. Poco menos que ignorado en vida, hoy se le admira, se le ama, se le glorifica. Se inclinan ante su memoria desde la Condesa de Noailles hasta Andre Gide, desde Romain Rolland a Valery Larbaud. El carácter sustantivo de la obra philippiana es el sentimiento de la ternura. De la ternura con los niños, sobre todo. Como que el autor de "La madre y el niño", tuvo una infancia desvalida. Hijo de mendigos y mendigo él mismo en su infancia, supo lo que es ser pobre. "Es conocer la vida" dice Philippe. — No hay petulancia en esta confesión: — "El Dante era mucho más grande que yo, pero es mi hermano".

Era un hombre pobre, enfermo y feo. Murió a los 35 años. Más, este hombre que muchas veces no tuvo con qué comprarse zapatos, nos ha dejado una obra tan rica que

es una California de bellezas, mil potosíes de bondad. Un tesoro de ternura.

Pues, el espíritu al que más se asemeja el de Valentín Meriles, — aparte de diferencias biográficas — es el del autor de "*Cuatro historias de pobre amor*". Salvando las distancias, Meriles es, no en su vida, sino en su obra, un *philippiano*. Donde se nos presenta así no es en sus dramas de crítica ético-social, "La Mala Senda" y "El Alma de la Provincia", sino en su tierno y delicado diálogo, "*Entre Cielo y Tierra*".\* Escrutador de reconditeces psicológicas, Meriles, en sus dramas, es un observador implacable, un moralista de tipo *rochefoucauldiano*, — *passé le mot* — pero en "Entre Cielo y Tierra", diálogo sencillo entre una pobre lavandera y su tierno hijo, es un sensible lleno de ternura. Constituye, pues, Meriles, dentro de nuestra enfática, engolada y almidonada literatura, una excepción: es el único que ha acertado a pintar almas de niños, a penetrar en la delicadísima psicología del niño, como lo han hecho muy pocos en Latinoamérica, quizá tal vez únicamente don Eduardo Wilde en "*Aguas Abajo*" y Eduardo Barrios en su original obra "*El niño que enloqueció de amor*". Podría ser una injusticia — entre nosotros — olvidarse de Raúl Jaimes Freyre. En su minúsculo folleto "*Evangelio Infantil*", ha escrito "versos para los niños". Pero el poeta, al hablar del niño, casi deja de serlo, para transformarse en pedagogo y moralista. no capta el alma del niño: le da buenos consejos. Consejos de buen padre de familia. Al diablo con ellos!

Meriles, en cambio, tiene una admirable "intuición" del corazón infantil. Lo que le aproxima a Charles-Louis Philippe de "La madre y el niño" y al Jules Renard de "Poil de Carote". ("Zanahoria" en la traducción castellana de Enrique Diez-Canedo). Y también a Dostoyewski, quien de-

---

\* Publicado en el número 20 de la "Revista del Circulo de Bellas Artes de Potosí". 1932. - N. de E.

cía: "Para mí toda la ciencia del mundo no vale lo que vale la lágrima de un niño".

¿Y qué importancia tiene eso? — se preguntará el vulgo errante, municipal y espeso. — ¿Acaso no se apalea a los niños en plena calle y la mejor pedagogía que conocen los padres es la pedagogía del látigo? Es lo que se cree. Y se practica. Y se cree eso porque en el ambiente boliviano reina un espíritu de crueldad hereditaria, herencia de la conquista, de lo que no nos damos cuenta siquiera.<sup>(1)</sup> Por eso, esa falta de humanidad, de tolerancia y cordialidad, de comprensión e inteligencia, en nuestro ambiente, desde el trato social entre amigos, hasta en la vida del hogar, en la relación de padres a hijos, de hermanos a hermanas, de marido a esposa. Estos, — cónyuges en brega, — viven eternamente, en "la soledad de dos en compañía". O, lo que es peor, "*quitándose la soledad y sin darse la compañía*". No hay hogar en Bolivia. Y no lo hay, porque aun no conocemos el respeto al niño. En ese respeto finca el porvenir de la Patria. Tal como sea el alma del niño de hoy, será la Bolivia de mañana.

Meriles, con su obra, no sólo realiza una alta labor estética, sino, lo que vale más, humana.

Eso es lo que nos hace falta. Humanizarnos. Es necesario que los bolivianos dejemos de ser tan bárbaros como nuestros antepasados, los conquistadores, de quienes dice Oliveira Martins, "que más que humanos muchas veces, parecían hombres nacidos para luchar con las fieras". Muchos padres creen que estas fieras son sus hijos. Humanizémoslos.

Hace algunos días que Meriles se encuentra en La Paz. Hombre todo interior, sin nada de fachada, ha pasado inadvertido. Tenía que ser. Es de los que llamaba Rodó: "*Los que callan*".

Es un categórico imperativo para quienes conocemos en la intimidad al hombre y la obra; ponderemos lo que valen el uno y la otra. El autor de "El Alma de la Provincia" es uno de los más puros y altos valores de la "espiritualidad"

potosina. Uno de los últimos representantes de aquella estirpe de patricios que tuvieron el sentimiento hidalgo de la vida. Sentimiento de la hidalguía del que en la tierra de Linares van quedando pocos ejemplares...

La Paz, 1º de diciembre 1936.

---

(1) A propósito de la diferencia entre el genio lusitano y el castellano, escribe el gran historiador Oliveira Martins: "Ha no genio portuguez o quer que e de vago e fugitivo que contrasta con a terminante afirmativa do castelhano; ha no heroísmo lusitano una nobleza que differe da furia dos nossos vizinhos; ha nas letras e nosso pensamento una nota profunda ou sentimental, ironica ou meiga que en vao se buscaria na historia da civilisacao castelhana, violentas em profundidade, apaixonada mas sem estranhas, capaz de invectivas, mas alheia a toda ironia, amante sem meiguice, magnanima sem caridade, mais que humana muitas vezes, outras abaixo de craveira de homen a entestar con as feras".

Oliveira Martins. (Historia de Portugal).

## A PROPOSITO DE "EVENTO" DE JUAN CAPRILES

EL CASO ES QUE, desde hace algún tiempo, hay un hombre temible en La Paz: ese monstruo — no tengo reparo en decirlo — se llama Nicolás Ortiz Pacheco: es un peligro social. Es un hombre inteligente.

En cierta ocasión, por halagarme, un buen amigo me dijo: — Usted es el hombre más mala lengua que hay en Bolivia. — Yo rehusé ese elogio. No por modestia, sino por justicia: No, — le repuse — yo no soy aún digno de tan elevada jerarquía, ni me creo tan inteligente para aspirarlo: el que lo merece es don Nicolás Ortiz Pacheco: ese sí es un talento!

Siempre he pensado lo mismo y, por eso, cuando me encuentro delante de él, involuntaria y repentinamente, me vuelvo un zonzo, tan zonzo como don Alcides Arguedas, cuando como Delegado Oficial de Bolivia al Congreso Internacional de los P. E. N. Club reunido en Buenos Aires en setiembre de 1936, se vio delante de hombres tan eminentes como Jacques Maritain o de mujeres tan inteligentes como Sophia Wadia, — Delegada de la India — o de damas tan distinguidas como doña Victoria Ocampo, Vice-Presidenta del Congreso.

Me viene, pues, como a don Alcides, un ataque de afasia y me callo, no en siete idiomas, como Sanín Cano, a quien en su patria, — Colombia — por lo de pocas palabras

que es, le llamaban *el septimudo*. Y, en realidad, el gran crítico colombiano, ese sí, calla "en siete idiomas", porque a más de saber, como es de ley en todo colombiano, griego y latín, sabe hasta danés. No, delante de don Nicolás, yo no me callo en latín, porque no sé. Me callo en aymara, que es la mejor manera de callar: idioma de eternos oprimidos.

No me callo, pues, inteligentemente, como Sanín Cano, sino como el autor de "*Raza de Bronce*": bronceíamente... Así no vale don Alcides: usted es bueno para decirnos zamba canuta a sus pobres paisanos, pero no fue usted guapo para abrir la boca en Buenos Aires cuando se vio en medio de tanto gringo y sobre todo de ese tipo de Marinetti, el *huasipongo* de Mussolini.<sup>(1)</sup>

Volviendo al monstruo de Ortiz Pacheco, lo peor es que a más de ser muy inteligente, lo que es una imperdonable monstruosidad en este país, es una persona muy ilustrada, pues ha leído mucho, sobre todo la hermosa colección de novelas pornográficas que tienen en su convento los Padres Jesuitas en Sucre y, además, se ha tragado los tres tomos de la "Arquitectura de las Lenguas" de don Eduardo Benot, el tratado de "Prosodia Castellana y Versificación" y se sabe de memoria el "Diccionario de Ideas Afines". Es un peligro social!

Como decía Buda: "el hombre se transforma en lo que lee". Lo que más ha leído nuestro héroe es el libro de Benot "Los duendes del lenguaje": es, pues, un gnomo capaz de sembrar el pánico entre la chiquillería ignorante: ¡ay! del día en que caiga sobre la revista "Educación" que ha sacado recientemente a la vergüenza pública, sin el menor reparo, el valiente Director de esas copias de escolinos, don Saturnino Rodrigo.

Si yo fuera Presidente de la Junta Militar, ya lo hubiera confinado a Ortiz Pacheco al Guanay, para que allí muera con beri-beri. Pero parece que el Coronel Toro tiene alguna debilidad para con los poetas: les tolera. Lo que es otros presidentes, no los podían ver ni en pintura, ni en fo-

tograbado. Así, don Bautista Saavedra, que si lo atrapó a Jaimes Freyre melena y todo, era porque don Ricardo, más que poeta, era un erudito en "*mundología*", y don Bautista, para no sufrir muchas "planchas", cuando el Centenario de la batalla de Ayacucho, lo llevó a Lima para que el mundano de don Ricardo, le soplara al oído, en los momentos catastróficos, aquellas normas de cortesana "mundanidad" que don Bautista, engolfado desde su adolescencia en sus tratados de "Criminología" y otras "inmundidades", no tuvo tiempo de aprender. Se ve que Saavedra conservó su inteligencia aun después de haber pasado por la Universidad, y hasta de haber sido abogado. Hay plumajes que pasan por el fango y no se manchan.

El hecho de que Ortiz Pacheco sea un hombre fuerte en prosodia y versificación hace que, como todos los que poseen alguna fuerza, abuse de ella. ¿A qué viene, en efecto, traer a colación aquello de que nuestros poetas no conocen las leyes de la prosodia y para hacer sus versos se atienen al oído, en un pueblo donde todos tenemos *oídos de mercader*? No hay que mentar la sogá en casa del ahorcado, don Nicolás, porque ahí mismo, en la casa periodística donde ahora usted escribe, — "Última Hora" — el ex-jefe de Redacción, aquél que traduce libros de gimnasia del francés en mal castellano, podría darse por aludido.

Todo esto viene a cuento porque a raíz de la publicación de "*Evento*", primer libro de don Juan Capriles, se le ha ocurrido a don Nicolás, sacar a relucir su alcibiádico bizantinismo prosodista y decir que don Juan "poeta", peca, "como casi todos nosotros, por atenerse al oído, antes que a las leyes prosódicas, al componer sus versos; lo que constituye un grave error, del que provienen algunas cojeras que no merecen misericordia".<sup>(2)</sup>

Esta acusación asumiría cierta gravedad, por tratarse de uno de nuestros mejores poetas y muy cuidadoso de la forma; pero como no podemos creer a don Nicolás solamente bajo su palabra de honor, es de rigor le exijamos pre-

sente las pruebas del delito.

Y aun vamos más allá: nos habla de "leyes prosódicas": ¿Cuáles son esas leyes? Creemos que ni Bello, el mejor gramatólogo del idioma, ha llegado a fijarlas de una manera definitiva en su tratado de "Ortología y Métrica", ni los lingüistas de la moderna escuela de don Ramón Menéndez Pidal. Más aún: ¿es posible encontrar esas leyes y ellas tengan validez para todos los países donde se habla castellano, y para todos los tiempos, cuando sabemos que en cada época se lo ha pronunciado de distinta manera y, lo que es peor, de la misma España nos viene el mal ejemplo, con indesarraigables inflexiones regionales?

Se argüirá que tenemos que regirnos a lo prescrito por la Academia. — Pues los mismos académicos no están de acuerdo. — De ahí que en castellano haya tantísimas palabras de *doble prosodia*.<sup>(3)</sup> Podríamos citar abundantes ejemplos.

Y aun en el caso de que Capriles hubiese incurrido en evidentes yerros prosódicos o fallado en la acentuación rítmica de los versos, pensamos que no se trata de "un grave error", sino, simplemente, de un pecado venial, pues desde la cumbre del Parnaso, se lo perdonarán Lope y Góngora y, dentro de los que ya son nuestros "clásicos americanos", le sonreirá Rubén Darío, que, cuando así le convenía, hacía agudas hasta las palabras más rematadamente esdrújulas, como en este alejandrino:

"Ojos de *viborás* de luces fascinantes".

Para Ortiz Pacheco, este verso del maestro de "Prosas Profanas", sería decididamente antirrítmico, vulgar, cojo.

¿Qué piensa Ortiz Pacheco de este verso que Darío lo da como *endecasílabo yámbico*?:

"*Francisco Sánchez, acompáñame*".

Para que el endecasílabo yambo resulte, en este verso,

habría que convertir el esdrújulo "acompañame" en palabra aguda.

Cuanto a los nacionales, excepción de Ricardo Jaimes, Reynolds y Ortiz Pacheco, el resto allí nos las habemos con nuestra criolla promiscuidad en punto a prosodia y sintaxis, — desde Tamayo, que falla lamentablemente en muchos de sus endecasílabos sáfico-adónicos hasta el mismo Claudio Peñaranda, buen versificador, sin embargo, y excelente profesor de Métrica, — pero que también cojeaba por donde cojeamos todos, pues en muchas de sus poesías se encuentra el vocablo "cruel" considerado como monosílabo.

No faltará quien piense que estas minucias de técnica son charlas ociosas que, dado el cariz de los tiempos, asumen cierto carácter bizantino, muy fuera de ambiente y de época. Sin embargo, reconocemos la competencia de Ortiz Pacheco para esta tarea, la de "Fiscal de las Buenas Letras", cargo que sería del caso lo instituya en su persona el Supremo Gobierno, como en la península ibérica se creó para Valle Inclán el de "Inspector General de Vitrinas Góticas del Reyno de España". Entonces su magisterio sería de indudable eficacia, pues tendría que empezar por sanear la moral de la casa primero, vigilar los decretos gubernativos, para que ellos no se expidan plagados de horriblos galicismos y horripilantes gerundios y que las Revistas de Educación, oficiales, no se publiquen en ese chapuceo castellanoide criollo que es de uso habitual en ellas.

Múltiples consideraciones sugiere el libro "Evento". Las haremos otro día. La más acertada la ha formulado Ortiz Pacheco, cuando dice de Capriles que "es poeta, tanto lo es, que casi da pena que así lo sea". Y la prueba de ello es tan así que no obstante de que cuando Capriles estuvo en su época de más abundante producción, ella coincidió con el tiempo en que se propagó la moda de los Juegos Florales; pero Capriles jamás cayó en aquellas mascaradas de arte donde se subalternizó la poesía en homenaje a la vani-

dad de la burguesía acomodada. Eso prueba que se trata de un poeta puro. No de un cortesano.<sup>(1)</sup>

En Capriles no se ha dado la anomalía, tan frecuente entre nosotros, de que el hombre contradiga la obra: él ha puesto toda su vida en su arte. Lo que es en su arte, lo es en su vida: poeta. Por eso es doliente y profundo. Porque, como dijo Verlaine, "ser feliz y artista, no lo permite Dios". Mejor así. La felicidad es siempre mediocre, sólo el dolor es grande y fecundo. — Eso lo sabe bien, porque lo ha vivido y hoy lo expresa bellamente el autor de "Evento".

La Paz, 1938.

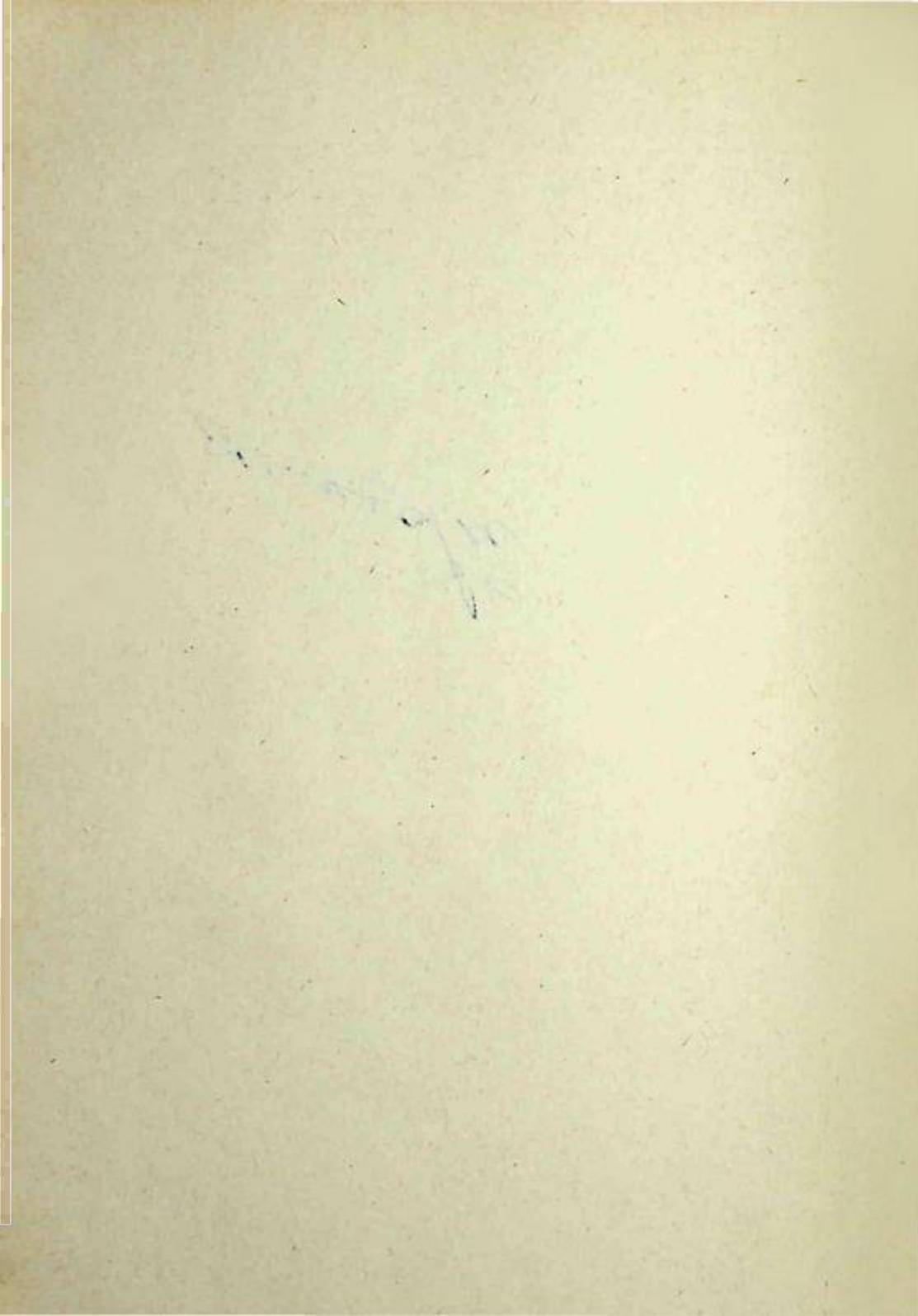
---

(1) Véase el libro de Actas del "XIV CONGRESO INTERNACIONAL DE LOS P. E. N. CLUB", celebrado en Buenos Aires del 5 al 15 de Setiembre de 1936. (Talleres Gráficos "La Bonaerense" de Jerónimo J. Pesce y Cia. Buenos Aires, Diciembre de 1937.) Leyendo este libro que me obsequiaron en la Cancillería, — Dios se los pague! — se llega a constatar que la Delegación del P. E. N. de Bolivia, don Juan Francisco Bedregal y don Alcides Arguedas, hizo un desairadísimo papel. Bedregal, constreñido por las circunstancias, cuando se trató de la guerra del Chaco, para justificarse de la nulidad de su acción cuando el conflicto bélico, dijo cuatro palabras insignificantes. Don Alcides Arguedas se cuidó de guardar un silencio esfíngico, digno de su colega, el ilustre Pacheco de Eca de Queiroz.

- (2) Posteriormente a este artículo, publicado en mayo de 1937, en el periódico "La Calle", de La Paz, he leído este pensamiento de Anatole France, que viene al caso: "Puede asegurarse — dice el autor de "Les Opinions de M. Jérôme Coignard" — que la mayoría de los poetas no conocen las leyes científicas a que obedecen cuando escriben versos excelentes. En materia de prosodia atiéndense al más elemental empirismo. Poco inteligente sería censurarlos. En arte, como en amor, basta el instinto, y la ciencia sólo puede aportarles una claridad importuna".
- "Cierto es que la belleza — agrega — arguye geometría, pero sólo por el sentimiento es posible apoderarse de sus formas delicadas. Los poetas son felices: parte de su fuerza está en su ignorancia misma. Pero es necesario que no disputen con mucha viveza sobre las leyes de su arte: entonces pierden su gracia y su inocencia, y, como los peces fuera del agua, se debaten vanamente en las áridas regiones de la teoría. (Nota de XXII. - I - 1937).
- (3) Juan B. Selva, erudito lingüista y gramatólogo argentino, en su interesante libro "Guía del Buen Decir". — Estudio de las transgresiones gramaticales más comunes — en los capítulos XI. Errores de Acentuación; XII, Acento de los nombres propios; XIII, Prosodia verbal; XIV, Evolución del acento y XV, Evolución ortográfica, estudia a fondo la materia que tratamos.
- (4) Es de justicia eximir de este reproche a Gregorio Reynolds. Nunca un temperamento fue menos "floralesco" que el suyo. La paradoja del ambiente, a pesar suyo, lo sometió a cruzar por esa prueba de fuego, de donde, por virtud de su arte pristino, ha salido puro como Parsifal del eden demoníaco de Klingsor.

H E R E J I A S

Handwritten signature or name in cursive script, possibly reading "H. J. A. S." or similar, enclosed in a light gray box.



# CON MOTIVO DE LA MUERTE DE UN PROFESOR

DOLOROSAMENTE HA REPERCUTIDO en todos los sectores de nuestro ambiente social la muerte súbita del Dr. Gregorio Barriga, como no podía ser menos, ya que se trataba de un hombre íntegramente consagrado al magisterio y cuyas cualidades de competencia y esfuerzo pudieron ser valorizadas a lo largo de veinticinco años de asiduo trabajo.

Muchas generaciones han sido educadas por él y muchos que hoy ocupan situaciones espectables, o han sido sus condiscípulos o han sido sus alumnos, mientras que él, permaneciendo amarrado a su banco de trabajo, como Prometeo a su roca, veía desde su humilde cátedra el aberrante correr de los días.

La vida del doctor Barriga es un símbolo. No se trata, en el caso presente, simplemente de considerar la miserable situación a que se ven sujetos los maestros, abrumados por un cúmulo de injusticias. El caso es más doloroso y pone en mayor relieve la situación de Bolivia. Nos referimos al hecho de que el país, por inepticia, no sabe aprovechar del talento de sus hijos. Por eso decíamos que la vida del Dr. Barriga es un símbolo. Y vamos a explicar por qué.

Cuando el Dr. Barriga se encontraba de estudiante y era compañero de hombres que después han figurado, como Carlos Romero y otros, descollaba tanto por su competencia intelectual, como por su espíritu de disciplina y asi-

duidad en el trabajo. Sus maestros previeron su triunfo en la vida práctica e intelectual: era uno de aquellos "consagrados de aulas" a quienes se les augura una existencia fecunda en obras y éxitos. Eso era de esperar de aquel alumno predilecto de sus profesores. Pero no pensaron éstos que para triunfar en la vida boliviana, no sólo se necesita tener talento y una conducta ejemplar, sino contar con otras condiciones externas, sin las cuales "el saber no vale", como reza el proverbio español. Nos consta, por habérselo referido él mismo, que su vocación no le estimulaba al magisterio, no; él se reconocía con aptitudes para la ciencia. Quiso estudiar Medicina, mas, como no contó para ello con los recursos económicos de rigor, contrariando su inclinación intelectual, tuvo que desempeñar una cátedra; y, ni siquiera, le dieron la que le habría gustado regentar, Geografía, sino otra con la que no simpatizaba, Gramática. Por seguir alguna carrera, estudió Derecho. Como no se avenía con su temperamento, lo hizo a la buena de Dios. Y, así, fué pasando el tiempo.

El Magisterio, en nuestro país, anula al hombre. Desde el momento en que se dedica a la docencia, debe renunciar a la esperanza. Y pensar "que nunca será nada". Es decir, que será "maestro, no más". Es una carrera donde no hay posibilidades de progreso, en ningún orden, ni en el económico, ni en el intelectual, ni en el social, ni en el de nada. No hay tradición de que dentro de esta "carrera" se ascienda en rango o consideración. Si un maestro es bueno, es lo mismo que ser malo. A ambos se les paga lo mismo; con ambos se comete las mismas injusticias: los políticos, los desprecian; la sociedad, los compadece; los alumnos se le burlan y los padres los censuran porque no obran milagros con sus hijos. Y el maestro tiene que seguir tirando del carro, sujeto a todas las privaciones en lo económico, subalternizado en lo social, ultrajado en lo político y siempre triste y huraño.

Y, cuando después de haber llevado una existencia mi-

serable, al fin revienta un mal día de esos, sólo entonces se acuerda la sociedad de nuestro hombre y, compungida y caritativa, le envía los socorros necesarios para el entierro, último ultraje con que el mundo despide a estos héroes anónimos de la cultura, a estos mártires silenciosos de la injusticia humana.

Pero, a más de ésto, queremos puntualizar este otro hecho, por lo que concretamente nos referimos al Dr. Barriga: era inteligente, estudioso y disciplinado. Con estas cualidades, que no son comunes en los maestros, ¿por qué no salió nunca de una honesta medianía? El hecho no puede ser íntegramente imputado a un carácter tímido, reconcentrado y modesto, sino a condiciones externas, sobre todo. El primer factor que interviene es siempre, el económico: cuando uno es pobre, no puede ser lo que quiere; sobre todo, no puede estudiar y consagrarse a aquello para lo que es apto. Tiene que resignarse a lo que venga. Además de eso, se necesita contar con buenas relaciones familiares y sociales. De no ser así, nada vale lo otro.

Y es que Bolivia no sabe utilizar de la inteligencia de sus hijos. Pierde un capital social inapreciable. Cuando en una sociedad aparece una generación que cuenta con cinco o diez hombres de talento que, a ser convenientemente educados, rendirían luego o a la larga, un brillante resultado, útil para la sociedad; ésta, incomprensiva, les hostiliza, les nulifica y los malogra. La sociedad es la que pierde: carente de valores efectivos, echa mano de los falsos, encumbra a los simuladores y a los audaces. Y de ahí esa anomalía: mientras el hombre inteligente, honrado y digno, lleva una vida subalterna y oscura, sin influir en nada en el comando directivo de la energía social, éste se halla en manos de los inescrupulosos que creen que la patria es su finca. Así anda ella en manos de estos "triunfadores".

Una de las cosas más dolorosas es ver lo que uno hubiera podido ser y haber dado y que por azares de la mala suerte o un medio social incapaz, no alcanzó a ser. El Dr.

Barriga tuvo aptitudes para haber sobrepasado su lastimosa medianía. Sólo miserables condiciones externas no se lo permitieron.

Compañeros artistas e intelectuales, maestros y estudiantes: que la vida del profesor Barriga, nos sirva de enseñanza. Enseñanza para que reaccionemos contra un estado cosas que no debe prolongarse más; es necesario que nuestras sociedades mestizas y amestizadas comprendan que nosotros representamos lo que hay de más espiritual, de más puro y noble, porque de nosotros emanan las ideas, que son la luz, la luz que alumbra el camino por donde marchan las sociedades.

Se nos debe reconocer y respetar, porque nosotros, por ser pobres, no valemos menos que un judío enriquecido con la explotación de los trabajadores mineros o un político que triunfa explotando la buena fe de las masas.

Y si la sociedad no nos respeta, entonces hagámosle la guerra y azotemos con el látigo de la verdad la cara de todos los escribas y fariseos. Amemos la verdad y la justicia. Ellas nos darán fuerza para todo.

Potosí, 15 de marzo 1928.

# CAMINO DE PERFECCION

— Discurso fúnebre leído por el autor el 6 de Junio de 1929, lamentando "El Día del Maestro", en un día árido de campo, en "tierras del Potosí".

Señores profesores:

TODO HOMBRE TIENE QUE ENFRENTARSE en la vida ante estos dos terribles problemas: el amor y el dinero. Ya así lo expresó en forma insuperable el Arcipreste de Hita:

*"Como dixo Aristóteles, cosa es verdadera :  
El home por dos cosas trabaxa: la primera,  
Por haber mantenenencia, la segunda cosa era,  
Por haber juntamiento con fembra placentera".*

Estas son las dos cuestiones que nos persiguen a todas horas del día y de la noche, a sol y a sombra: con estos fantasmas nos tropezamos a cada momento: nadie está libre de caer en tentación y enamorarse de una costurera ni de encontrarse con su acreedor. Es una calamidad.

Ahora bien, hoy, que es el "Día del Maestro" y debemos recordar lo que hemos sido, lo que somos y pensamos ser, es necesario que nos preguntemos: ¿cómo hemos resuelto estos problemas los maestros? ¿Cómo hemos resuelto el problema del dinero?

Porque el problema del amor lo soluciona cada quisque

de acuerdo a su situación económica. Lo fundamental siempre es lo primero, el "haber mantención", y, después, viene... lo segundo. Qué diablos, la cuestión es de puchero y de alcoba...

Dos formas hay, principales, de encarar el problema: una, elegir el camino de la virtud, y ser pobres; otra, elegir el camino de la iniquidad y ser ricos.

De los maestros no se puede afirmar que hubiéramos escogido esta última senda, porque entonces no se dijera el "apostolado del magisterio", que si es "apostolado" es porque ahí no interviene el dinero.

El dinero no es una substancia fabricada sólo en Londres, como comunmente se cree y acumulada en los bancos, sino una materia hecha en los infiernos con el cobre de los calderos donde hierven las malas pasiones, y arrojado al mundo por Satanás. Los monederos de Londres y los banqueros de Nueva York son los agentes del diablo en este mundo. Donde se mezcla el dinero no hay cosa que permanezca pura: por el dinero se traiciona a la patria y se mete uno a político, lo que es lo mismo; por el dinero las doncellas púdicas se venden, y los sacerdotes perdonan todos los pecados; por el dinero el marido prorratea a su esposa y un hijo es capaz de asesinar a su padre, o, por lo menos, hace lo posible por que se muera pronto, para heredarle, si el padre es rico. Todo esto, por sabido, se calla.

Todos los hombres somos así. Y las mujeres, son tres veces peores. Por eso los hombres se meten a comerciantes, a turcos, a conferencistas, a parlamentarios, a martilleros, a políticos, a coroneles, a jueces, a doctores, a sacerdotes, en fin, a todas las profesiones lucrativas.

Los únicos que aun teniendo buenas ganas de apropiarnos de lo ajeno y de vivir a costa del indio, como los latifundistas, no podemos hacer nada de eso, porque no hay de dónde, somos los maestros; los maestros somos los hombres más inútiles para la vida: por eso somos maestros.

En compensación a haber aceptado, resignadamente,

el último puesto en el "banquete de la vida", porque siempre llegamos a él, tarde y mal, nos contentamos con decir que nuestra profesión es "noble" y es un "apostolado".

Aunque esta compensación es bastante ridícula, pues por ella tenemos que pasar muchos días sin pan y muchas noches sin té (*con té*) y andamos por los suburbios de la vida social con las mangas raídas y el espíritu derrotado, cargando a costas nuestra desventura profesional, siendo el estropajo de todo el mundo y hasta de las autoridades superiores como el excelentísimo Ministro de Instrucción y el no menos excelente Rector que nos desprecia, lo mismo que el Consejo Nacional de la antieducación; siendo, como somos, motivo de la burla y el odio de nuestros propios alumnos, — en lo que hacen muy bien, — de la crítica y censura de los honorables padres de familia y el fácil instrumento de los políticos — qué será en lo que consiste nuestro apostolado — con todo, decimos que hemos elegido aquel "camino de perfección" que hace más de setecientos años siguió el Santo de la Umbría.

San Francisco de Asís debe ser, pues, nuestro santo patrono, y la virgen de nuestra devoción Santa Rita, abogada de imposibles.

Tengamos el valor de declarar que nuestro amor a la pobreza es una cosa tan repugnante que se aproxima a la santidad y al culto morboso del martirio. Y, si hemos renunciado a los bienes terrenos, para solamente aspirar a los bienes espirituales y contentarnos con las "ideas puras", hasta convertirnos en cuerpos gloriosos, de naturaleza angélica, lo mejor que podemos hacer y es la única manera de hallarnos al amparo de la desnudez y el hambre, es constituirnos en una orden o comunidad parecida a la de los franciscanos o mercedarios. Así podríamos desentendernos de las bajas preocupaciones económicas y entregarnos de lleno a la práctica de nuestro sagrado ministerio; sólo así realizaríamos una obra digna del "apostolado" de la maestra, maestrescuela o magisterio.

Organizados en una orden o cofradía laica, que podría llamarse la de los "Hermanos Templarios", o, "Destemplados", mejor, pediríamos del Supremo Gobierno lo siguiente: ya que en los tiempos que corren casi nadie cree en Dios y los que menos creen en él son los frailes y clérigos, ordene la expropiación de los conventos y monasterios, los cuales se nos cedería en propiedad enfitéutica a las comunidades de maestros. Cuanto a los pocos frailes que quedan, como ellos son de buena raza y se encuentran bien alimentados, sería muy bueno mandarlos al Chaco para que allí vayan a cumplir la fórmula política de Alberdi: "gobernar es poblar". Sería una buena acción y de esa clase de cruza ya han dado brillantes resultados las misiones católicas de Parapetí y Covendo, según nos lo cuenta el Padre Nino en su "*Etnografía Chiriguana*".

Acerca de las monjitas que aún quedan, como ellas, en lo social, corresponden a lo que en lo zoológico son los hipopótamos, es decir, especies destinadas a desaparecer, no habría que preocuparse mucho de ellas. A fin de precipitar su extinción, convendría invitar a algunos médicos de la localidad, que tienen aptitud para eso, comiencen a practicar con ellas las bondades de la *Eutanasia*.

Suprimidos los monasterios religiosos, se fundarían ahí los *monasterios pedagógicos*.

Como la organización de la Iglesia es buena, habría que tomar la forma de ella, no el fondo. Estaríamos, por ende, sujetos a las mismas prácticas y mandamientos.

Para ingresar a la Seráfica Orden de la Pedagogía Franciscana o Cofradía de los Hermanos Metodólogos, habría que hacer voto solemne de pobreza y castidad.

La castidad, como la pobreza, no es menos necesaria para la religión, que para la Pedagogía. La Iglesia, al exigir el celibato forzoso, y desesperante, procedió con una sabia cordura. Aunque al instituirlo no paró mientes en la "psicopatología de la vida cotidiana" que acrecienta la castidad melancólica y, aun, eran ignorados los descubrimientos de

Freud sobre la "libido", sabemos hoy que quien no emplea sus energías vitales en propagar la especie, como don José Ballivián y otros, destina el sobrante de esa energía preciosa, si es *persona decente*, a una actividad superior; el arte, la ciencia o la metafísica.

No siendo casados los frailes y manteniéndose alejados de "la materia", porque "la materia" es la mujer, la materia prima importada, como el hombre es "la forma", *kantianamente* hablando, el hombre refina su espíritu y sutaliza su mente hasta un grado tal que llega a convertirse en una cosa abstracta, en algo así como el arquetipo de Platón.

Nosotros haríamos lo mismo: renunciando a ser padres de nuestros propios hijos, lo que por otra parte, siempre es hipotético, llegaríamos a ser padres de los hijos ajenos, lo que siempre es más seguro. Es decir, seríamos los verdaderos maestros, los segundos o terceros... padres.

Entonces, todos los bolivianos, a excepción de los maestros, podrían, con más confianza que ahora, arrojar al arroyo cuantos "enchalecados" puedan. Nosotros, pedagógicamente, los recogeríamos y los educaríamos con todo cariño y hasta con ese mimo con que en los matrimonios sin hijos se dan las mujeres machorras a acariciar perros y gatos. ¡Ved lo que saldría ganando la patria!

Pero, para eso — repito — sería necesario mantenerse en absoluto celibato. Los Hermanos Pedagógicos estaríamos prohibidos hasta de tener esa hermana que siempre concluyen por encontrar los párrocos de aldea.

A cambio de esta renuncia, a más de que ganaría la patria, progresaría maravillosamente la educación pública, lo mismo que las letras, las ciencias y las artes y los "asuntos" indígenas, quiero decir indigenales. Habría un fabuloso acrecentamiento de la inteligencia maestreescuelística, tan tosca hoy por hoy. Unos, los literatos, nos daríamos a componer estudios de bibliografía o exegesis; los poetas nos brindarían esos poemas llameantes de un divino erotismo contrariado como los jadeantes versos de Santa Teresa o

San Juan de la Cruz. Los músicos compondrían sus sinfonías con ese inefable acorde del amor desventurado y esa desesperación, metódica y sublime, como el "Claro de Luna" de Beethoven, que murió virgen y mártir.

Los matemáticos, de abstracción en abstracción, llegarían a descubrir el número único como *Pitágoras*, o la curva absoluta, la curva del seno de Afrodita, como Praxiteles.

Como San Francisco de Asís caía en éxtasis ante las lagas de Cristo, los profesores de Física y de Química, caerían de rodillas ante las ventajas del "método inductivo" y huirían como del demonio, de las falacias de la "deducción", y, en fin, los psicólogos, los paidólogos, los psiquiatras, los antropólogos y todos los caballos con anteojeras, o sea "los especialistas", seríamos unas eminencias científicas y grises, como son en el "confesonario" los padres jesuitas. Pero todo esto se conseguiría a condición de huír de la "materia" y conservándose en la "forma pura", es decir, lejos de la mujer, pues, como es sabido, la mujer, con el demonio, son viejos aliados para labrar la ruina del hombre. Por eso, como se resolvió en el concilio de Macón, la mujer, y especialmente, las llamadas norma...listas, no tienen alma. Y, como dijo *Tertuliano*: "Ver a las mujeres, es malo; oír las, es peor; tocarlas, es horrible".

La mujer estaría proscrita de nuestra orden. Y si alguna vez nos viéramos obligados a rozarnos con ellas, sólo estarían permitidos los rozamientos estrictamente pedagógicos, por el método Decroly, o sea el sistema de concentración o, mejor, por ese sistema que los judíos han implantado ahora último en el ingenio minero de Velarde, por medio de ácidos, o sea por sistema de "flotación".

Pero, cuanto a las mujeres que han tenido la ocurrencia de renunciar al lavado y la costura y, se han profesionalizado como pedagogas, ¿qué haríamos con ellas? Como ellas, por el hecho de haberse consagrado, en contra de su sexo, a una profesión intelectual, como es el magisterio, se supone que han renunciado, o renegado, mejor dicho, de su

feminidad o, hablando en términos *kantianos*, son la "materia" que trata de convertirse en "forma", fácilmente renunciarían a las molestias de la maternidad por cuenta propia, para ser madres por cuenta ajena, es decir, madres abstractas o platónicas de los hijos del prójimo. Entonces alcanzarían el grado de María Santísima. Siendo madres, seguirían siendo vírgenes.

Una vez desaparecidas las monjitas, ellas vendrían a sustituírlas. Como la educación de los niños es un verdadero sacerdocio y equivale en lo moderno, a lo que en lo antiguo fue la misión de cuidar del fuego sagrado, sería bueno que resucitemos la institución de las Vestales romanas o de las vírgenes cristianas. Nuestras normalistas constituirían el colegio de las "Vírgenes Pedagógicas".

Sus obligaciones serían las siguientes:

San Vicente de Paul ha trazado así la vida de las hermanas de caridad: "Sólo tendrían por monasterio la casa de los enfermos; por celda, un cuarto alquilado; por capilla, la iglesia de su parroquia; por claustro, las calles de la ciudad o las salas de los hospitales; por clausura, la obediencia; por rejas, el temor de Dios; por velo, la modestia".

A semejanza de ellas, también nuestras hermanas en la "Creación de la Pedagogía Nacional", tendrían por local escolar, la casa de los idiotas o sea los retrasados mentales; por salón de conferencias, la "Unión Obrera"; por campo de experimentaciones psiconeuropatológicas, los cines baratos y oscuros; por sueldo, la resignación; por método, el temor y amor del Supremo Gobierno y por Justo Juez, la Contraloría Fiscal Permanente.

Sí, por ejemplo, se da el caso de que una vestal pedagógica, abandona el fuego sagrado, es decir, desatiende a un desarrapado mugriento de esos, el hijo de algún honrado republicano saavedrista, por estar charlando con un amigo íntimo, entonces la someteríamos a la pena de clausura, a pan y agua, en una celda húmeda y lóbrega, y si se escapa con su *pololo*, sufriría la pena del garrote. Y, si se escapa con

un militar, entonces, sería enterrada en viva. Esto se comprende por qué: los militares, como las mujeres, son una ya "arcaica" e involucionada especie antropológica con mucha "materia" y casi nada de "forma", es decir, de espíritu. Son nuestros naturales enemigos.

Cuanto al régimen interno, la alimentación sería medida, por aquello de que "el hambre aguza el ingenio". Cier-to es que esta regla ya no nos sería muy dura, pues, hace muchos años que venimos practicando el noviciado ayunatorio. En lo referente al hábito, las hermanas pedagógicas, estarían obligadas a llevar zapatos de resorte, de becerro y con doble suela, lo más tosco y pedagógico, es decir, económico, que se pueda; su traje talar sería una falda sobria y severa de merino negro. Los hombres iríamos de chiripí como los gauchos, pues tenemos que educar a los hijos de nuestros paisanos y para desbravar a éstos no se necesita menos maña y fuerza que para domar potros en la pampa. Usaríamos espuelas roncadoras, botas granaderas; en lugar de sable, un látigo de siete cuerdas como el que se emplea en Inglaterra para castigar a los rateros, poncho *quivincheño* o policolor y, en vez de cuello y corbata, un pañuelo rosado o una chalina de *caito* verde.

En vez de cruz nuestro símbolo sería un talero de cuero de anta, instrumento de suplicio que debemos pedagogizar, como beatificaron la cruz los cristianos, para significar con ello que si no es a palos, los bolivianos no andamos. O andamos abolidos. Es decir desvitaminizados.

Al despertar, en vez de tocar la campana de maitines, tocaríamos la campanilla, y en lugar de llamar a misa, llamaríamos a clases. En vez de rezar el Credo, musitaríamos los aforismos de Pestalozzi y en lugar de andar leyendo el breviario o el cotidiano, nosotros caminaríamos leyendo el diccionario pedagógico o un tratado de Metodología.

El director se llamaría padre guardián, el rector asumiría la alta dignidad de inquisidor mayor y tendría los mismos poderes sanguinarios y luciferinos de Torquemada.

En cualquier "auto de fe", él sería el primero, aunque se trate de su propio hijo, como decía Felipe II, de llevar la leña a la hoguera donde debería tostarse al hereje. Los herejes, para nosotros, serían los analfabetos inveterados. De suerte que poseos de una ira santa, de un furor ya no religioso, sino educativo, ya no con la locura de la cruz, sino del alfabeto, quemaríamos a media Bolivia o ¡quién sabe a más! ¿No os estremecen las carnes de neroniana voluptuosidad al pensar en los miles de gargantas de aristocráticas damas y nobles caballeros que deberemos pasar a cuchillo, embriagándonos con ese vaho caliente y sabroso de esa sangre de herejes?

Tenemos que darnos a la matanza y la degollina, como los mazorqueros de Rosas degollaban a los unitarios.

Y, una vez exterminados todos los analfabetos, ¿no vamos a lograr entonces, sólo entonces, que nazca el sentimiento nacional, la verdadera patria nacionalista, pues todos seremos iguales en el Reino de la Cultura, es decir, todos sabremos leer?

Bolivia unificada así, castellanizada y alfabetizada, sólo entonces podrá ingresar en un período de civilización y progreso. Será nuestro *el siglo de las luces*.

Sí, señores: ¡guerra a muerte al analfabetismo y la ignorancia! Que la sangre de los analfabetos corra por las calles de la ciudad como cuando sacrificaron a los sarracenos los soldados de *Godofredo*, corría la sangre por las calles de Jerusalén.

Así nos vengaremos de esta tierra desgraciada que mira con tanto desprecio a los maestros.

# IGNACIO PRUDENCIO BUSTILLO Y SU LIBRO

HACE COSA DE DOS MESES, se publicó en Sucre el libro "Ensayo de una Filosofía Jurídica" por Ignacio Prudencio Bustillo. Quería yo escribir unas palabras acerca del autor, pero no tenía ningún periódico desde donde decir algo y tenía miedo de meterme en honduras. Pensando maduramente (esto de "maduro" es una hipérbole) decidí estarme callado. Cosa que ha debido pasarle también a la prensa potosina que ha recibido el ejemplar del libro. ¿O será que le ha sucedido lo que a mí: "que ha tenido demasiados expedientes"?; porque es lo que suelo contestar cuando alguien me echa en cara mi negligencia para cumplir compromisos. "Pero, qué quiere Ud. hombre — exclamo — si no tengo tiempo para revisar tantos expedientes y estoy batido con los tales recursos de nulidad en las contenciones mineras..."

Ahora yo no sé si la prensa potosina adolece de los mismos achaques. Otro recurso hábil es aquel de prometer engoladamente: "sobre tan importante libro emitiremos nuestra opinión en breve". Y, la tal opinión sale a los pocos días, limitándose a una transcripción de un capítulo del libro y unas triviales palabras de elogio que lo mismo pueden aplicarse a la "*Crítica de la Razón pura*" de Kant que al "*Honorable Poroto*" de Nolo Beaz.

En vista de la imposibilidad de comentar el libro, le escribí al autor, diciéndole de pasada, que por lo pronto era un libro de pensamiento que sugería muchas ideas. El me contestó. Ahí quedó la cosa. Creí que continuaría lo mismo. Pero sucedió que, ayer tarde, el Director de este periódico, apareció en mi oficina, con su barba antigua, asiria o caldea, y con voz moderna, me pidió que le diera algún "verso mío" para el número de gala de "El Nacional".

Aquello del "verso mío", dicho así, descaradamente, por un hombre de barba y gafas, a las tres de la tarde, en una oficina pública, a la vista de todo el mundo, me llenó de vergüenza y pavor. Murmuré confuso, atónito y disperso: "Yo le juro, le prometo, le garantizo, le certifico, le compruebo que jamás, nunca, ¡nunca! he cometido ningún verso. ¡Soy persona honrada!

Después, lo llevé aparte y le supliqué:

—Compañero, compañerito, no me comprometa! aquí nadie sospecha que he hecho versos; ¡no me descubra! Si me descubren, mañana mismo caigo en poder de la Santa Inquisición del Sentido Común y me tuestan como a un hereje. Eso de los versos, la poesía, el sentimiento, la Belleza, el Bien, la Verdad y la Justicia, todas esas idealizaciones funestas, están bien a deshoras de la noche, cuando en aquellos barrios que están más allá del Bien y del Mal, uno se encuentra decididamente entre gente noctámbula y alegre y puede dar expansión a sus más bajas pasiones. Pero en una oficina pública! Usted sabe mejor que muchos el odio que se tiene al que hace versos, al que tiene el humillante destino de hacer versos. El otro día no más, aquí, el señor Arévalo encontró al compañero Alba, leyendo un libro sacrílego que, en letras rojas, en la carátula, decía: "Parnaso Brasileño". No bien vio el Administrador Arévalo el libro, se encaró brutal, siniestro, desalmado a Armando, y, con una crueldad inútil, le dijo: "—Usted siempre leyendo versos. Los poetas no sirven para nada, deberían morirse". Al escuchar aquello, me indigné terrible-

mente y si no hubiera estado escribiendo un auto de caducidad le hubiera arrojado del templo. Inmediatamente me puse a pensar en una serie de atrocidades acerca de él y me decía: — los que deben morirse, son estos y aquellos otros. En verdad, yo no concebía aquello de que no sirvo para nada, porque ¡claro! yo recogí la destemplanza del “gallego”, y me decía para mi capote: — ¡cómo no quisiera que este incapaz Tesorero tuviera algún asunto de minas; entonces vería si nosotros, a los que nos dicen “poetas”, no servimos para nada. Ahora me repito: después de todo, eso ha dicho por ignorante, el no tiene la culpa. Empero, de todas maneras, aun no le he perdonado del todo y pienso asesinarlo en el Tercer Acto del primer drama que escriba. ¡No faltaba más!

Bueno, este desahogo, amigo Wálter, viene a parar en que no puedo colaborarle ahora con un verso, no por no indignar a los *filisteos*, sino porque la Poesía, para mí, por ahora, está enterrada debajo de un rintero de expedientes de minas y prefiero darle una información bibliográfica sobre el libro de Prudencio Bustillo, que me voy a poner a escribir a la zumba, sólo que no ha de extrañar Ud., salga el artículo muy largo, porque ya no hay tiempo de hacerlo corto.

Respecto del libro este, no se ha dicho nada en Potosí. Eso es injusto. El aparecimiento de un libro en Bolivia, por defectuoso que sea, es siempre una lucecita más que se enciende en la ardua noche de la conciencia nacional. Y si este libro es de un *estudioso* (*estudioso* es término más propio que *intelectual*, según Unamuno) como Prudencio Bustillo, tan enterado de cosas nuevas y curiosas y de una consagración tan austera a las más serias disciplinas del intelecto, la cosa sube de punto. Yo, carezco de preparación para juzgar la obra. No haré más que un comentario, pero después; esto va sólo como información bibliográfica.

Prudencio Bustillo goza en Sucre y otras capitales, del más sólido prestigio; se le tiene como al escritor que

supera en potencia intelectual a la mayoría de los jóvenes de su generación.

Su cultura amplia y metódica, su conocimiento de las lenguas extranjeras, su estancia en Europa, fuera de sus cualidades intrínsecas, le hacen una figura sumamente curiosa, destacan su personalidad. Estudios como los dedicados a "los documentos inéditos de Gabriel René-Moreno", la biografía de Daniel Calvo, etc., evidencian que en Prudencio existe el temperamento crítico educado en la escuela de Sainte-Beauve y Taine. Posee una claridad de juicio y un reposo espiritual que le capacitan cabalmente para interpretar, comprender y valorar la obra ajena del modo más justo e imparcial. Dones rarísimos de encontrar en los escritores nacionales, quienes denuncian a la legua el dogmatismo pasional de la raza. Me parece que Prudencio Bustillo es, hoy por hoy, quien tiene derecho de reclamar para sí el magisterio de la crítica.

Una de las cualidades del espíritu crítico es, seguramente, fuera del poder de síntesis y análisis, la de saber exponer con claridad. Es quizá esta cualidad del crítico que ha tenido que aprovechar más en este "Ensayo de una Filosofía Jurídica", mayormente si tenemos en cuenta que es libro dedicado a la enseñanza. El propósito primordial del autor fue el de escribir una obra fundamental, pero después, redujo las proporciones y la índole del libro. "Se trata" — me dice en su carta — *de una obra didáctica escrita para los estudiantes que se inician en las facultades de Derecho*".

Como he dicho, me reservo el comentario de este libro para después, limitándome ahora a consignar que el esfuerzo realizado por el autor de "Ensayo de una Filosofía Jurídica", salva el prestigio un poco decaído de algunos años a esta parte, de la cultura chuquisaqueña, y es justo apuntar que Prudencio Bustillo, gracias a su valor moral y a su capacidad intelectual, ha sabido alzarse sobre la rutina del ambiente y la atonía del momento actual boliviano, para

dar a su patria la ofrenda más valiosa que se le puede ofrecer: la expresión sincera de su pensamiento, cosa que hasta hoy sólo han hecho en Bolivia Gabriel René-Moreno, Alcides Arguedas y unos dos o tres más.

Potosí. 1923.

(Publicado el 28 de mayo en "El Nacional").

# INDEX



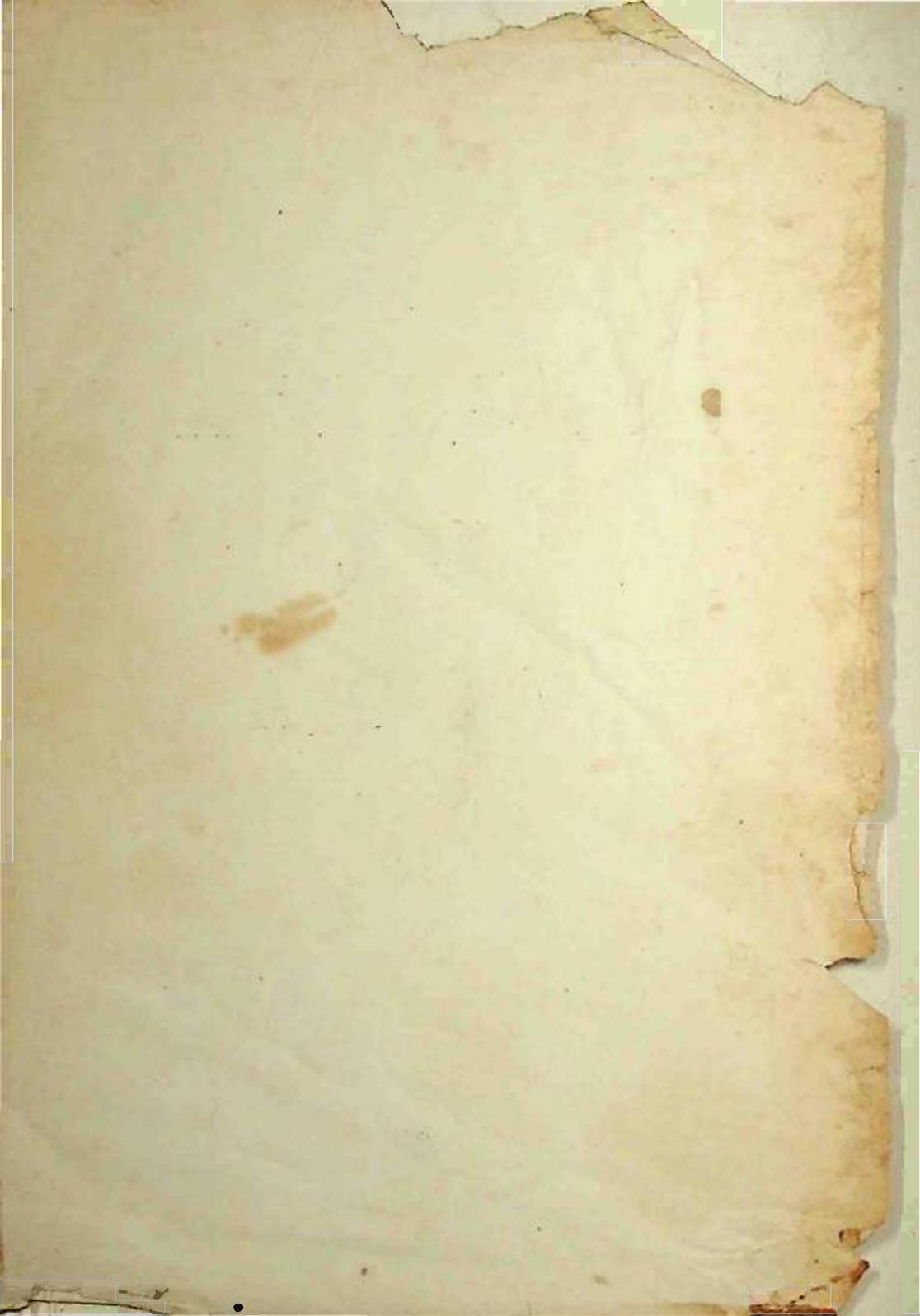
*Carlo Medusacci*

---

P A G I N A S

D E

V I D A



Prólogo de Armando Alba ..... XIII

## LA LUCHA POR LA CULTURA

|  |    |
|--|----|
| Cultura y ambiente .....                               | 3  |
| Un ejemplo "Figaro y su tiempo" .....                  | 7  |
| Formación de ambiente .....                            | 10 |
| Tradicición y renovación .....                         | 12 |
| Celestino López y su ambiente .....                    | 16 |
| Nuestra generación .....                               | 30 |
| De Potosí a Tupiza o los dos paisajes .....            | 35 |
| Crónica del otoño .....                                | 41 |
| Las tierras fértiles, abandonadas .....                | 43 |
| La ciudad está tranquila, pero triste y afligida ..... | 46 |
| Pueblos terrosos, vidas derrotadas .....               | 53 |
| Los árboles melancólicos .....                         | 61 |
| El patíbulo moral .....                                | 64 |
| Una brillante idea .....                               | 72 |
| Baptista, el rruiseñor de la democracia .....          | 75 |
| El centenario del General Camacho .....                | 78 |
| Bolívar o la fuerza de la naturaleza .....             | 84 |

## C R I T I C U L A S

|  |     |
|--|-----|
| Don Ramiro y la chiquilla afrodisíaca .....    | 89  |
| Aguafuertes de Roberto Leytón .....            | 97  |
| La técnica y la moralidad de Aguafuertes ..... | 101 |
| Ciro Torres López en Potosí .....              | 106 |
| Bolivia vista desde el Oriente .....           | 109 |
| La ignominia cometida con un intelectual ..... | 114 |
| El deber de la inteligencia .....              | 118 |
| El centenario de Daniel Campos .....           | 121 |
| Rafael Barret, un americano de España .....    | 125 |

# LA CUESTION MORENO

Pág.

|  |     |
|--|-----|
| En torno a la cuestión Moreno .....                    | 133 |
| La edición de las obras completas de René-Moreno ..... | 138 |
| Criterio de selección .....                            | 142 |
| La verdad no es difamación .....                       | 146 |

## COMENTARIOS DISPERSOS

|  |     |
|--|-----|
| Los trabajos en prosa de la "Revista del Círculo de Bellas<br>Artes de Potosí" ..... | 153 |
| Un caballero andante de la historiografía .....                                      | 158 |
| Revisemos nuestro pasado .....   | 161 |
| Panorama de la literatura nacional de 1935. - Preámbulo<br>melancólico .....         | 165 |
| Meriles o la ternura .....   | 180 |
| A propósito de "Evento" de Juan Capriles .....                                       | 184 |

## H E R E J I A S

|  |     |
|--|-----|
| Con motivo de la muerte de un profesor ..... | 193 |
| Camino de perfección .....                   | 197 |
| Ignacio Prudencio Bustillo y su libro .....  | 206 |

La  
Edición  
estuvo bajo  
la dirección de  
Armando Alba, con  
el siguiente personal:  
Corrector: Mariano Subie-  
ta; Linotipista: José Zalazar  
Claire; Prensista: José Domingo  
Cortés R.; Compaginadora: Rosa Solares  
C.; Cosedor-encuadernador: Wálter Avenda-  
ño C.; Ayudante de Linotipista: Raúl Salinas.

Este libro ha sido hecho en los talleres de la Editorial "POTOSI", dependiente de la Sociedad Geográfica y de Historia, en la Casa Nacional de Moneda. Se concluyó la impresión el día 30 de junio de 1955 años.





## EDITORIAL "POTOSI"

### COLECCION DE LA CULTURA BOLIVIANA

#### COLECCION PRIMERA: ESCRITORES DE LA COLONIA:

- Nº 1. — GUIA DE LA PROVINCIA DE POTOSI, 1787. Monumental libro de la historia de la Villa Imperial, escrito por don Pedro Vicente Cañete y Domínguez. Esmerada edición del texto completo cotejado en manuscritos de Potosí y del Archivo de Sevilla. 900 páginas, formato mayor. 1952.

#### COLECCION SEGUNDA: ESCRITORES DEL SIGLO XIX:

- Nº 1. — MATANZAS DE YAÑEZ, (Anales de la Prensa Boliviana), por don Gabriel René-Moreno. Edición de 480 páginas. 1954.

#### COLECCION TERCERA: ESCRITORES MODERNOS:

- Nº 1. — ANECDOTARIO DE DON RICARDO JAIMES FREYRE, por su hermano don Raúl Jaimes Freyre. Edición especial de 190 páginas. Cuarto menor. 1953.
- Nº 2. — PAGINAS DE VIDA, por Carlos Medinaceli. Obra póstuma en la que se reúnen notas, comentarios, críticas y páginas de prensa del malogrado ilustre novelista. 200 páginas. 1955.

#### Cuadernos de la Colección de la Cultura Boliviana:

- CELICHA, poema laureado de don Daniel Campos. Prólogo de A. Alba. 1954.
- GUERRA CIVIL ENTRE VASCONGADOS Y OTRAS NACIONES DE POTOSI, (Documentos del Archivo Nacional de Bolivia) con un estudio de don Gunnar Mendoza L. - 1954
- TESTAMENTO DE POTOSI, romance anónimo del siglo XIX, con notas y comentarios del poeta don José Enrique Viaña R. 1954.
- EL BARROCO EN LA VILLA IMPERIAL DE POTOSI, estudio de estética arquitectónica e historia por el Prof. don Enrique Marco Dorta, de la Universidad de Sevilla. 1954.
- CALIDOSCOPIO DE POTOSI, notas de arte e historia de la Villa, por Armando Alba. 1955.

#### En prensa:

- ESTUDIOS DE LITERATURA BOLIVIANA, por don Gabriel René-Moreno, con prólogo de Humberto Vázquez Machicado. Edición antológica de ensayos y críticas del ilustre polígrafo.

## OTRAS PUBLICACIONES

- CRONICAS POTOSINAS, por Vicente G. Quesada. Edición de lujo en dos volúmenes. 790 páginas. Año 1951.
- DERECHO PENAL, por el Catedrático Dr. José Medrano Ossio. Un volumen de 525 páginas en formato mayor, papel fino. Edición hecha a encargo de la Universidad "Tomás Frías". Año 1951.
- FERVOR, poesías de Mery Flores S. "Ediciones Estímulo" .1952.
- BOLETIN DE LA SOCIEDAD GEOGRAFICA Y DE HISTORIA "POTOSI", Nos. 11 y 12. Corresponden a los años 1952 y 53.
- SURCO, Revista de Pedagogía Rural, dirigida por el Prof. Roberto Leytón. Nos. 1, 2 y 3. Corresponden a los años 1952-53.
- NUEVA LUZ, revista ilustrada para niños, dirigida por el Maestro V. Montoya M. Nos. 1 y 2. Año 1953.
- GUIA DEL PROCEDIMIENTO CRIMINAL, por el Dr. Arturo Araujo Villegas, Presidente de la Corte Superior de Justicia del Distrito de Potosí. Año 1954.
- GRITO DE PIEDRA, cuentos mineros de Luis E. Heredia. Abril de 1954.
- TRES CLAVELES y UNA ESTRELLA, poesías de Jean Russe. "Ediciones Estímulo". Año 1954.
- GUIA DE LECTURA PARA NIÑOS, por el Prof. Benicio Montero Mallo. Año 1954.
- SUR, N° 2 Revista de arte e historia, bajo la dirección de Armando Alba. Año 1955.

### EN PREPARACION:

Obras de Santiago Vaca-Guzmán, Antonio Quijarro, Alberto Gutiérrez, Pedro B. Calderón, Sotomayor Valdés, Juan Ramón Muñoz Cabrera, José de Mesa y Teresa Gisbert de Mesa y otros.

# OBRAS DE CARLOS MEDINACELI

## PUBLICADAS:

La educación del Gusto Estético.  
La Chaskañahui.  
Páginas de Vida.

## EN PRENSA:

El Misticismo Dionisiaco de Federico Nietzsche.  
Adela.

## DE PROXIMA PUBLICACION:

Cuentos y Diálogos de mi paisaje.  
Literatura Boliviana.  
Los Prosistas Novecentistas en Bolivia.  
Los Poetas Modernistas en Bolivia.  
Antología de Poetas de las tres Américas.  
Conferencias y Polémicas.

